HOJAS

DE UN

DIARIO DE VIAJE

A LAS SEÑORAS

D.ª JUANA ROSS DE EDWARDS

Y

D.ª CELIA HUREL DE HUREL

COOPERADORAS SALESIANAS

É INSIGNES BIENHECHORAS

DE LA

OBRA DEL VENERABLE D. BOSCO

COMO TRIBUTO DE GRATITUD Y ESTIMA

ESTAS "HOJAS"

RECOGIDAS Á LO LARGO DEL CAMINO

DEDICA

BERNARDO GENTILINI.

HOJAS

DE UN

DIARIO DE VIAJE

Al través de Chile, Argentina,
Uruguay, Brasil,
Islas Canarias, Italia, Francia, España.

Por el Autor
del
DIARIO DEL ALMA

CONCEPCION
Lito. é Imp. "Concepcion", Soulodre, Juanchute y Cía.
1908

Con permiso de la Autoridad Diocesana.

ES PROPIEDAD.

HOJAS
DE UN DIARIO DE VIAJE.

Iba á emprender un largo viaje. Intimos amigos me instaron les enviase desde las tierras que iba á visitar unas palabras que tuviesen — decían — la frescura de las brisas de los mares, el verdor de las hojas de los bosques, el perfume del incienso de los templos...

A pesar mío, me decidí á complacerlos, y dediqué cada noche unos minutos á trazar en el papel unas palabras — que no tienen por cierto ni frescura, ni verdor, ni perfume...

*

Pero resonaban aún en mis oídos, como eco en lontananza, esas graciosas estrofas que había leído un tiempo en el Poema del Cid:

Yo soy como el arroyo:
desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota:
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

Yo soy como la hormiga:
do quier recoge
el granillo y la espiga
para su troje:
y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales:
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

A la par una voz prepotente veníame gritando que yo debía

dejar gotas del alma
por mi camino.

Y otras voces dulces como arrullos de paloma — tal vez voces de ángeles — veníanme susurrando al oído que mi alma debía ser como la abeja que

del dulce de las flores
va siempre llena;

que debía ser como un vaso

que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

*

He aquí el por qué de este *Diario de viaje.*

Son páginas que lego, como tributo, á la amistad.

He querido imprimir en ellas las impresiones que mi alma ha recibido al pasar, algunas de esas notas perdidas que ha recogido en los santuarios de la piedad y del arte, y algunos de los ecos de esas armonías indefinidas que pueblan los campos y las ciudades.....

B. G.

Concepción de Chile, Enero 10 de 1908.

No se podía comenzar mejor el viaje que con las palabras litúrgicas de la Iglesia:

« Que Dios Todopoderoso nos dirija en el camino de la paz y de la prosperidad, y que el arcángel Rafael nos acompañe en el camino para que con paz, salud y gozo podamos volver entre los nuestros. »

Siguen versículos de oportunidad y encantadora belleza.

— *Salva, Señor, á tus siervos,*
A los que esperan en Tí.
— *Seas para nosotros una torre de fortaleza,*
Que nos defienda contra los enemigos.
— *Ojalá dirigiésemos nuestro camino,*
Al conocimiento de tu santa ley.

En seguida se rezan cuatro cortas oraciones que despiden fragancia de aromos:

« Señor, seas para nosotros consuelo en el camino, sombra en los rigores del sol, amparo contra la lluvia y el frío, aliento en el cansancio, fortaleza en la adversidad, apoyo en las pendientes resbaladizas, puerto en el naufragio... para que, recorriendo el camino de la salvación, lleguemos hasta Jesucristo, Señor Nuestro. »

¡ Gran viaje, en verdad, es este: llegar hasta Jesucristo!

En viaje, Enero 11.

La locomotora empieza á moverse pesadamente con hondos resoplidos y se lanza después á carrera vertiginosa.

Imagen de la vida que corre hacia su fin.

¡ Cuán bien expresaban esta idea nuestros padres cuando hablaban del *curriculum vitæ!*

Me arrellano en el asiento y dejo vagar mi fantasía.

Los pensamientos se suceden en mi mente, estaba por decir, con la misma rapidez con que se persiguen afuera los árboles del camino.

Pero sobre un mar de recuerdos flota el último adiós...

.. ..

Instintivamente me vuelvo atrás para mirar á Concepción al través de una lágrima...

*

El tren sigue corriendo desenfrenadamente; mientras el sol cae al ocaso, y la brisa de la tarde acaricia blandamente las copas de los árboles.

Cordillera, Enero 14.

A las 5.15 A. M. el ferrocarril trasandino emprendía penosamente su marcha forzada á través de la Cordillera. Y á medida que, rugiendo como toro herido, se avanzaba, los más encantadores panoramas se extendían ante nuestros ojos.

Eran valles exuberantes de vida, praderas esmaltadas con el rocío de la mañana, arbustos silvestres que se mecían acariciados por el céfiro, bandadas de jilgueros que piaban alegremente saludando los primeros albores...

Eran cerros y montañas que intentaban cerrarnos el paso, eran picos elevados que desafiaban las alturas como para indicar á nuestras almas el camino del cielo; eran ríos plateados que serpenteando bajaban de lo alto formando caprichosas cascadas, como lluvia de perlas y esmeraldas; eran barrancos insondables que abrían sus fauces á nuestros pies, oscuras y amenazadoras...

Y la locomotora, á cremallera, iba subiendo, subiendo lentamente con el empuje de los titanes de la fábula, arrastrando la mole de los carros.

El tren ya costeaba las laderas del monte, ya serpenteaba por en medio de angostas gargantas, ya se abría paso entre los peñascos; unas veces se torcía en espiral como un desmesurado culebrón, otras desaparecía tras los recodos de la montaña...

Y allá en el oriente aparecía la aurora tiñendo todo el horizonte con color de oro y púrpura; y después se destacaba el disco del sol que derramaba con profusión haces de luz, bañando con sus tibios rayos los arbustos y las peñas y dorando con franjas de oro las nubes cenicientas que flotaban en el horizonte.

A medida que subíamos, mi alma parecía cernerse en las alturas... y acudían á mis labios las palabras del profeta:

Quam magnificata sunt opera tua, Domine!

¡Cuán grandes, oh Señor, son tus obras!

Esta mañana no tuve otro libro para mi meditación que el gran libro de la naturaleza.

En la Cordillera de los Andes Dios ha dejado una huella de su grandeza y de su poder.

A las 8.15 A. M. habíamos llegado á Juncal, última estación del ferrocarril, y se debía emprender en coche el paso de la cumbre.

Una nota cómica vino á despertar mucha hilaridad entre todos los pasajeros.

Era nuestro compañero de viaje un hombre corpulento, tosco, barrigudo. Alguien dijo que pesaría — peso *bruto* — dos quintales métricos.

Sus piernas se doblaban bajo tanto peso, y avanzaban temblequeando. Ese hombrazo sudaba al caminar, como si hubiese cargado sobre sus hombros un mundo. La gordura amenazaba salir de madre y romper por todas partes el dique del pellejo.

Al ver este fenómeno monstruo los cocheros se encogieron de hombros y se sonrieron maliciosamente. Nadie de ellos hubiera querido cargar con aquel peso, por miedo de aplastar el coche ó no llegar á la cumbre.

El pobre hombre — que al fin y al cabo había pagado su pasaje — se vió perdido, y apelando á un recurso siempre eficaz, púsose á gritar con toda la fuerza de sus pulmones, desde una altura:

— Tres pesos de gratificación á quien me lleve: tres pesos, tres pesos...

Sólo entonces se conmovieron las entrañas de un cochero, que ensayó arrastrar hasta la cumbre la mole de ese cuerpo desgraciado.

*

Juncal se encuentra á una altura de 2,222 metros sobre el nivel del mar. Ráfagas de aire finísimo acariciaban nuestras mejillas y ensanchaban nuestro pecho.

El sol iba subiendo en el horizonte, con la majestad de un gigante, según la expresión de los libros sagrados, el cual va devorando el camino.

Nos ponemos en marcha, arrellanados en un coche, no sin antes haber hecho la señal de la cruz.

In nomine Domini!

Sentíamos, antes de emprender la azarosa subida, la necesidad de ponernos bajo la protección de Dios y de invocar al buen Angel de la guarda.

Cada coche era tirado por cuatro caballos, que sudorosos subían, subían tascando el freno .. Los automedontes, — algunos con gafas de color verde, todos con su poncho, — hacían resonar en esas alturas los ecos de su voz y los chasquidos de sus látigos, que se multiplicaban y extinguían á lo lejos.

El camino serpentea y sube en espiral: los coches, — debían de ser una docena, — se persiguen, se alcanzan, se alejan.. .. Algunos, — entre los cuales aquel que llevaba al hombre monstruo, — se detienen, porque los caballos jadeantes y fatigados ya no pueden arrastrar tanto peso.

Los aurigas invocan el auxilio de los postillones que desalados suben y bajan para hacer avanzar á los rezagados.

Antes de subir á la cima más elevada de la cumbre, se cambian los caballos. La subida es escarpada. El panorama imponente. Miro á mi alrededor.

Hilos de plata bajan de lo alto, y parecen ser las venas de esas montañas.

Las pendientes están marcadas con nudosas elevaciones de tierra, que parecen ser los músculos de monstruosos gigantes.

Las nieves, de una albura esplendorosa, coronan las cimas.

El sol derrama sobre estas alturas luz esplendorosa, como si sobre ellas esparciese un manto de oro finísimo; y algunos haces, cayendo perpendiculares, van á romperse siniestramente contra una roca ó á iluminar la sima de algún barranco.

El silencio de la naturaleza es imponente. Sólo es interrumpido por el lejano estallido de la dinamita que rompe los peñascos para abrir camino á la locomotora que dentro de poco ha de sustituír á los coches y á las mulas.

— Estos prolongados y repetidos estallidos, — dijo alguien, — son ayes lastimeros de estos gigantes que se contuercen al sentir rotas sus entrañas.

La Cumbre, Enero 14.

A medida que subíamos, sentíamos frío en el cuerpo y misteriosos estremecimientos en el espíritu.

Nos hablaba al alma el silencio y la imponente majestad de la Cordillera.

Se nos ocurrían en tropel las imágenes brillantes con que David saludaba á los montes:

« He elevado mis ojos á los montes, de donde espero auxilio...

« Mi auxilio de aquel Dios que hizo el cielo y la tierra.»

Y en la contemplación del Creador quedaba muda nuestra alma.

« Dios mira á los montes y los hace temblar: los toca con su dedo y ellos humean delante de El... »

Las nubes vaporosas que coronaban los montes, se presentaron á mis ojos como el humo de esos inmensos incensarios que se balancean ante la presencia del Todopoderoso.

.....

*

Es más para imaginado que para descrito la impresión profunda que nos causó el encontrarnos de repente ante la colosal estatua de Cristo Redentor, que se yergue majestuosa en la cumbre de Los Andes.

Esa estatua que de pie parece dominar el continente americano; esa mano levantada en actitud de bendecir á dos Repúblicas; esa alta cruz que el Cristo sostiene con la izquierda y que tiene por fondo lo azul del cielo, causaba una especie de enajenación en el alma.

Me sentia sugestionado; y á no estar en el coche me habría arrodillado ante ese Cristo que evocaba ante mi mente las más bellas escenas del Evangelio...

Detuvimos el coche y pudimos contemplar más de cerca las hermosas facciones del Cristo, la belleza de su forma, los anchurosos pliegues de su túnica... y en el pedestal, en artístico bajo-relieve, dos ángeles en actitud de abrazarse.

Representan las Repúblicas de Chile y Argentina, que después de muchos años de divergencias por razón de límites, se juntan no ha mucho en fraternal abrazo, sellando la paz con ese monumento elevado en la cumbre de los Andes á Aquel que es llamado en las Sagradas Páginas *el Príncipe de la Paz.*

Nosotros que habíamos asistido á las amenazas de guerra que sordamente se iban condensando sobre nuestras cabezas, y que estupefactos esperábamos de día en día que se desencadenase la tempestad, comprendimos todo el significado de ese emblema, bajo el cual habrían cuadrado perfectamente las palabras del Profeta:

Misericordia et Veritas obviaverunt sibi,
Justitia et Pax osculatæ sunt.

Misericordia y Verdad
Felizmente se encontraron;
Con ósculo de amistad
Justicia y Paz se besaron.

Y esas otras:

CHRISTUS VINCIT
CHRISTUS REGNAT
CHRISTUS IMPERAT.

Ninguna otra palabra habría encarnado mejor la idea que domina al alma en esas alturas.

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Su realeza es eterna: así vive hoy como ayer, y reinará por los siglos de los siglos.

Su nombre ha pasado por este mundo como ondas de incienso, y será repetido como himno de victoria por pueblos y naciones.

El torrente de los siglos ha pasado ante El, arrasando todo á su paso; pero el trono de Cristo ha quedado inconmovible como una roca en medio del océano.

Y sobre este trono, en medio de ruinas, ha permanecido, siempre fija y brillante, la Cruz redentora: *Stat Crux dum volvitur orbis.*

Pronunciamos y volvimos á repetir con adoración profunda esas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

Y nos descubrimos la cabeza.

Estábamos á 4,000 metros de altura.

*

Una última mirada al Cristo de las nieves y á la cresta de los Andes...

Eran las 12.15 P. M.

Arriba, el sol en el cenit; abajo, otras cadenas de montes áridos; y más allá, vegas con verdor y frescura; y á lo lejos, sepultado en una hondura, el caserío de las Cuevas.

La bajada fué vertiginosa.

A cada torcer del camino, creíamos rodar á lo más profundo de los barrancos. Padecíamos vértigos. Nos envolvían nubes de polvo. Sudábamos de miedo y espante.

Como Dios quiso, llegamos á la frontera argentina... y seguimos en derechura hacia Mendoza.

En tren se comentaban los peligros de la travesía, y había, en verdad, mucho que comentar...

Un buen español, entre chistes y agudezas, contaba que se volvía de Chile para su patria sin un ochavo.

— Había prometido á mi familia, que dejé en España, — decía él con acento catalán, — enviarle muchos, muchos dineros, y hasta la fecha no pude enviarle sino muchos, eso sí, muchos... recuerdos.

¡ Sarcasmos de la suerte !

*

El tren volaba en las faldas de la Cordillera, al través de áridos terrenos. Volaba... y muchos sintieron escalofríos al divisar el lugar de un desastre que había acontecido pocos días antes. La locomotora se había descarrilado y había ido á parar destrozada con varios coches en una hondura. Y la imaginación veía aún hacinamientos de cadáveres y destrozos de coches ..

Sin percances se llegó á Mendoza á las 9 P. M.

Hacia Buenos Aires, Enero 15.

Se ha viajado todo el día, al través de interminables llanuras y verdes praderas, que nos enviaban al pasar, ráfagas de aromas silvestres.

La locomotora devora las distancias, y llega jadeante y tosiendo con sus pulmones de hierro á las pocas estaciones que se encuentran en el camino, donde descansa un momento goteando, sudorosa, para emprender de nuevo la carrera, al parecer desatentada.

Una fuerte canícula nos abrasa ; el polvo entra por todos los resquicios, y, huésped importuno, invade todos los asientos y penetra todos los vestidos; el humo del carbón flota en el ambiente y tizna caprichosamente todas las caras, pintando bigotes, formando lunares, calcando arrugas... ¡ Qué contrastes y qué *toilettes !*

He tenido todo el día la cabeza llena de resoplidos de máquina de vapor, llena de ruidos estridentes, de sensaciones apenas esbozadas, de tipos medio borrados...

Ni aun ha desaparecido de mi olfato ese olor á vapor y á humo de carbón, y á aceites quemados, y á alquitrán, de que están impregnados los almacenes de equipajes.

Hasta los viajeros olemos todos á carbón de piedra.

¡Y nosotros que creíamos encontrar en el viaje las delicias de Capua! ..

*

Eran las 6.30 P. M. cuando empezamos á divisar los encantadores panoramas que ofrecen á los ojos del *turista* los alrededores de Buenos Aires. Caseríos blancos como nidadas de palomas, *chalets* geniales con todos los caprichos del arte, quintas deliciosas medio ocultas entre el follaje, jardines sonrientes con todas las gracias de la naturaleza; y más allá chimeneas altas de un color rojizo, cuya cima arroja nubes de humo; y esbeltas torres cuyas puntas se pierden en el aire; y después en lontananza, casas medio borradas, soberbios edificios envueltos en finísimo manto de tinieblas.

— Buenos Aires, — gritaron los conductores.

El cielo se obscurecía, y mil luces comenzaban á arder en todos los alrededores. Nos envolvían ondas de aire tibio.

— Al colegio San Carlos de Almagro — gritamos al cochero. Y arrellanados en la victoria atravesamos la ciudad para llegar á ese extremo barrio.

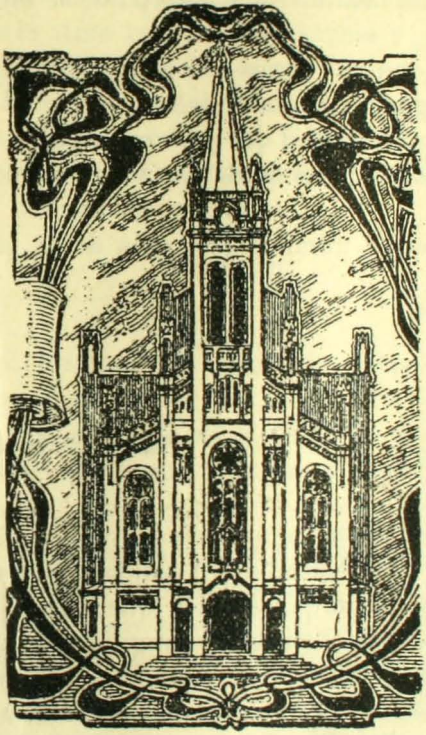
El vaivén interminable de coches; esos innumerables tranvías eléctricos que como venas y arterias de un gran cuerpo atraviesan la ciudad; ese ruido ensordecedor, propio de las grandes ciudades, que tanto molesta los oídos; ese oleaje incesante de la gran masa humana que afluye al centro, como torrente al mar; ese aparatoso lujo que deslumbra la vista... todo, todo nos estaba diciendo que Buenos Aires es una gran capital digna de rivalizar con cualquier metrópoli del mundo.

Pero estábamos cansados de tanto aspirar aires profanos; nuestra alma ansiaba librarse *in più spirabil aere.*

Buenos Aires, Enero 16.

Nos despertamos muy de madrugada para aspirar los buenos aires de la gran ciudad.

¡Buenos Aires! Tantas veces habíamos pronunciado este nombre con la fruición de quien aspira brisas de mar ó perfumes de flores.



Se nos dijo que la capital federal debe su nombre á la « Virgen Maria de los Buenos Aires », bajo cuya protección se ponían algunos marinos españoles á fin de ser felices en sus viajes, suplicando en sus oraciones á dicha Virgen les concediera vientos favorables durante la navegación.

*

Bajamos á la cripta de una magnífica iglesia de estilo románico, que acaban de levantar en honor de San Carlos los hijos del Venerable Bosco.

La semiobscuridad de la cripta, las lamparillas de varios colores que ardían ante los altares, el numeroso pueblo reunido en oración, el silencio religioso y solemne que reinaba en todo el ambiente, interrumpido sólo por el susurro de las plegarias y los suspiros de unas piadosas mujeres, despertaron en mi mente viva y palpitante la idea de las catacumbas...

Visitamos después varios colegios. Desde lo alto de la torre del colegio de Santa Catalina pudimos contemplar á vuelo de pájaro la ciudad que yace en el plano.

Los hombres mirados desde esa altura parecían casi pigmeos.

Todo se achica mirando las cosas desde las alturas del cielo.

Buenos Aires, Enero 17.

Dedicamos el día á visitar la ciudad.

Recorrimos las espléndidas Avenidas de Mayo y Alvear; estudiamos la línea arquitectónica que adorna los soberbios edificios de que con justicia se enorgullece la capital federal; contemplamos la gran plaza Victoria, la vieja Catedral, la magnífica Casa Rosada, palacio de gobierno, y la histórica pirámide que simboliza las más puras glorias del pueblo argentino.

Pasamos ante los suntuosos Bancos, templos levantados al becerro de oro; desfilaron ante nuestros ojos como una visión las estatuas de San Martín, del general Lavalle, de Alsina, y nos descubrimos como ante el genio de la patria;

llegamos hasta la Penitenciaría, el primer establecimiento en su género en la América meridional; anduvimos todo el día mezclados á la vida que circula por todas partes, codeándonos con la muchedumbre que atesta la calle, leyendo los letreros que cuajan las paredes, contemplándonos en los escaparates flamantes y de relumbrón, dejándonos atronar los oídos por los vendedores ambulantes que gritan, por los charlatanes que peroran, por los cascabeles que suenan...

Estábamos aturdidos, y buscamos la soledad.

Sólo en ésta el alma respira á sus anchas y goza de verdadera libertad.

Más tarde abrí el libro de la «Imitación de Cristo» — libro que Francisco Ducis llamaba *son livre de tous les jours*, — y leí el admirable capítulo que trata de la soledad.

¡Sentíamos la necesidad de Dios!

Enero 18.

Una visita á los muertos en sus dos mansiones de paz: *Recoleta* y *Chacaritas*.

Vastas Necrópolis, donde reina el silencio y la muerte.

Altos cipreses sombrean algunas tumbas; recordé la estrofa del poeta:

Si por mi tumba pasas un día
y amante evocas el alma mía,
verás un ave sobre un ciprés,
habla con ella, que mi alma es.

Hablé con esos cipreses, en cuyo obscuro ramaje se quebraban los rayos del sol y gemía blandamente el viento... y me pareció como si vagasen en ellos las sombras ilustres de los próceres de la patria, y se irguiesen como las ramas, pensativas y silenciosas, para imponer á las generaciones que pasan las más puras y las más nobles inspiraciones del patriotismo.

Ibamos pasando ante los mausoleos de Belgrano, Pueyrredón, Lavalle y Rivadavia, ante los monumentos del almirante Brown, Faustino Sarmiento, generales Balcarce y Mitre... y pensábamos:

«Aquí están durmiendo, en la suave almohada de la gloria muchas cabezas que con visión profética habían soñado con una patria grande, tan esplendente como la majestad de sus Andes, como la belleza de su turbio estuario, como la pintoresca margen de sus ríos...

Aquí reposan pechos que fueron como el broquel del ideal de la patria.

Aquí descansan inertes esas manos que pasearon victoriosa la bella enseña de la nación»...

El sol derramaba torrentes de luz y reflejaba sus rayos abrasadores sobre los blancos mármoles sembrados con profusión en ese funéreo campo; y los destellos que lanzaba nos hablaban de los esplendores eternales de la fe.

La cruz así dominaba los soberbios mausoleos como los humildes túmulos, y nos hablaba de esperanzas inmortales.

Y esos ángeles que con alas desplegadas y los ojos á lo alto, estaban en actitud de velar sobre las tumbas, nos sugerían palabras de consuelo.

Requiescat in pace, se leía por todas partes. Es el saludo de los vivos á los que han pasado á la eternidad.

Salimos con el corazón oprimido, considerando cuántos destrozos ha amontonado la muerte al través de las edades y repitiendo en nuestros adentros las palabras del poeta latino:

«La muerte iguala los cetros á los azadones.»

Hay tanto que meditar sobre la nada de las grandezas del hombre y sobre la grandeza de las miserias humanas.

Por eso fué tan feliz Massillon, cuando ante el féretro de Luis XIV comenzó su oración fúnebre diciendo:

—¡Dios sólo es grande, señores!

Buenos Aires, Enero 19.

Sentimos falta de aire, de sosiego, de silencio. El calor sofoca, el tráfago de la vida arrastra, los ruidos incesantes de carros que ruedan y voces que chillan, no dejan dormir.

Bossuet describiendo con pinceladas maestras el cuadro de la rapidez de la vida, dice que una fuerza invisible empuja al hombre hacia el precipicio, y una voz le grita á las espaldas: *¡ Marche !* ¡Camina!

Apenas le detienen las flores del camino ó el deleíte de los placeres, esa voz implacable grita más alto: *¡ Marche !* ¡Adelante!

Así me encuentro yo, necesitado de reposo, y sin embargo arrastrado por una fuerza irresistible al través de Buenos Aires, y como si á mis espaldas sintiese resonar esa fatídica palabra: *¡ Marche !*

Me dejo arrastrar por ese torrente humano que no conoce límites ni riberas, y ruedo en medio del gentío como un átomo de la gran ola humana.

Vamos á parar á Palermo, uno de los paseos más deliciosos de la ciudad, un *Bois de Bologne*, con sus lagos, sus céspedes, sus senderos, sus avenidas....

Ruedan un sinnúmero de *victorias, limousines, gigs, dogcarts*, en toda la anchura del camino, se persiguen, se alcanzan, corren parejas, se arrebatan el pasaje; rueda la gran masa humana abigarrada y confusa, con un movimiento monótono é incesante; y sobre ese mar humano flotan cabezas de caballos, sombreros de copa alta, látigos de cocheros, sombreros femeninos con pájaros de alas ábiertas ó museos en miniatura.

En las afueras el camino es más despejado, y vuelan por él los biciclistas sobando el aire con las piernas que ostentan sus pantorrillas, nadando en el vacío, las manos agarradas á las máquinas en que cabalgan y los pescuezos alargados.

De ambos lados de una ancha avenida flanqueada de plátanos, se suceden palacios de estilo moderno, rodeados de jardines que son obras maestras de horticultura. Sus fachadas elegantes, sus torrecillas esbeltas, sus pórticos con guirnaldas de rosales trepadores, emergen de los bosquecillos de palmas, de bambúes y de magnolias floridas.

Estamos en Palermo, y gozamos de la sombra del arbolado verde y frondoso que templa los calurosos días de verano.

Entramos en el jardín zoológico. El primer golpe de vista es espléndido. Los bonaerenses han hecho ahí un derroche de arte y de bellezas. Han querido presentar al turista, en medio de un paraje delicioso, una copia de los animales más raros que existen en el mundo.

Ahí encontramos desde el hipopótamo hasta la foca; desde la cebra contorneada hasta la girafa de largo cuello y el camello de dos jibas; desde el águila real que pone su nido en las altas rocas, hasta el cóndor de los Andes; desde el oso blanco del norte hasta el puma, el rey de nuestras selvas...

En medio del follaje multicolor, encontramos junto á los quebrachos del Gran Chaco, los algarrobos de la *Riviera*. En los bosquecillos hábilmente combinados, alternan los ramajes azulados de las jacarandas con el dorado follaje de las tipas. Y abundan ahí los pinos y las araucarias de las zonas templadas, como las palmeras y los bambúes de los trópicos.

Pasamos toda la tarde en Palermo, contemplando la multíplice variedad de la fauna y flora, extranjera y argentina, y respirando á pulmón lleno el aroma tibio y embriagador de las flores...

Buenos Aires, Enero 20.

Esta ciudad cuenta un millón de habitantes: la quinta parte de la población general.

La Argentina, que es uno de los países más extensos del mundo, fué pintada en un periódico de caricaturas bajo la figura de un hombrote con una cabeza grande como calabaza y unas piernecitas delgadas como palillos.

Porque todo afluye á la capital, como en el cuerpo animal la sangre afluye al corazón.

*

Buenos Aires aparece como una gran reina que con pompa y majestad se sienta á las orillas del gran Río de la Plata.

Este río es uno de los más grandes del mundo. Está formado por los ríos Paraná y Uruguay. Tiene 370 kilómetros de longitud. Entre Buenos Aires y la Colonia mide 50 kilómetros de ancho. Su desembocadero en el Atlántico, señalado por los cabos Santa María en la República Oriental, y San Antonio en la provincia de Buenos Aires, tiene 180 kilómetros.

Su nombre se debe á que en la expedición de Gaboto, remontando el Paraná, los españoles trocaron á los indios objetos hechos de plata por cuentas de vidrio, peines y otros artículos de escaso valor. Supuso Gaboto que aquel metal precioso abundaba en el país, y con el objeto de conseguir la confirmación de la corte española en el mando del país recorrido, resolvió mandar á España los objetos de plata cambiados á los indios.

Esa parece que fué la primera plata que tributaron las Américas á la Corona de Castilla, lo que causó tal alborozo en la corte, que se dió el nombre de *Río de la Plata* á ese río que llamaban antes *de Solís*.

*

En la tarde asistimos á la caída del sol desde el piróscafo que nos debía llevar á Montevideo.

La dársena presentaba un aspecto interesante. Ondas de luz bañaban todo el ambiente y se reflejaban en las aguas

azules. El cielo se teñía de púrpura y lanzaba rayos de oro que iban á romperse en la corona de edificios que rodean la dársena.

El horizonte se volvía después anaranjado, y poco á poco obscuro.

Arriba, en el firmamento, comenzaba á brillar alguna estrella, y abajo, en lontananza, aparecían las primeras luces...

Nos alejamos... y volviendo la mirada para saludar á la ciudad, la vimos fluctuar en un mar de luces, semejantes á enjambre de luciérnagas que nadasen en las tinieblas.

Montevideo, Enero 21.

Eran las seis de la mañana cuando subimos sobre cubierta.

Recordé lo que había leído en la historia. El vigía de la expedición Magallanes, al doblar el cabo de Santa María, divisó un cerro y exclamó: « *Monte vide eu* », veo un monte.

En verdad, yo también ví un pequeño monte, al pie del cual se levanta la ciudad, capital del Uruguay ó República Oriental, y exclamé con el alborozo de aquel vigía: *¡ Montevideo !*

El panorama es encantador. La ciudad parece formar una brillante corona al gran río de la Plata. Las aguas llegan hasta las piantas de la ciudad, como para rendirle pleito homenaje.

En esa corona se destacan muchas joyas artísticas y descuellan las esbeltas torres de la metropolitana.

Enviamos desde lejos un saludo al grande Artigas, encarnación de las glorias más puras de la República Oriental.

Ya pisamos el suelo uruguayo.

Nuevos tipos, nuevas costumbres y monedas diversas.

*

El Uruguay fué descubierto por Juan Díaz de Solís, en 1516. Pero al pisar esta tierra, los indios charrúas le mataron á flechazos.

Montevideo fué edificada por Zabala, gobernador español, el año de 1726.

Cuando sonó para la América la hora de la libertad, los Orientales, encabezados por Artigas, bajaron al campo del combate para la conquista de la independencia. Combatieron juntos Artigas y Rondeau, los Orientales y los argentinos, y obtuvieron la victoria de Cerrito.

En 1814 los españoles se rendían definitivamente y abandonaban á Montevideo, sobre la cual el 25 de Mayo de 1815 se vió flamear la primera bandera oriental, que han llamado la bandera de Artigas, y se adoptó el escudo de armas con esta inscripción: « *Con libertad, ni ofendo ni temo* ».

Artigas acabó su vida en la pobreza, lejos de su patria, pero legó su valor á los Treinta y tres, que, mandados por Lavalleja, desplegaron la bandera tricolor, en que habían escrito: « *Libertad ó muerte* », y afianzaron definitivamente contra los brasileños su libertad.

El 18 de Julio de 1830 los orientales juraron la Constitución.

Estos datos eran necesarios en homenaje á la memoria del grande Artigas y al valor de los hijos de esta República.

Montevideo, Enero 22.

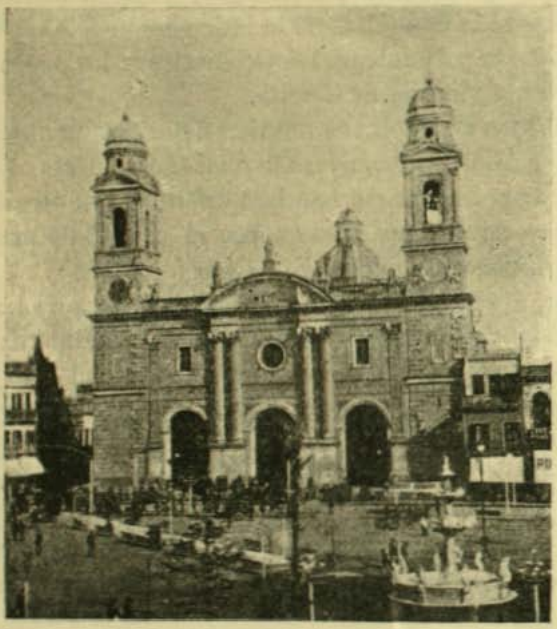
Una visita á la ciudad.

Está tendida en la falda de suaves colinas. Sus edificios, de construcción moderna, rematan todos en azotea, desde la cual las familias gozan, al caer el sol, de la frescura de la tarde y de las brisas del mar.

Las calles, onduladas y elegantes, están bordadas de plátanos y otros arbolillos de flor amarilla, como el jazmín de

Jujuy. Tanto verdor y aroma me pareció como una fresca irradiación de primavera, como una exhalación olorosa de la Perla del Plata.

El mar se allega hasta la ciudad para besar sus plantas y enviarle, envueltos en las espumas, sus besos y sus caricias.



Iglesia Metropolitana de Montevideo.

La Catedral es imponente: en ella admiramos el monumento del primer obispo de Montevideo, Monseñor Vera, el cual, de rodillas y con las manos juntas, parece aún orar por su diócesis y sus hijos.

Nos llamó la atención un monosílabo plástico — «¡che!» — que sazona aquí todos los discursos, como la sal todas las comidas. Estos buenos orientales lo repiten á trochemoche; no hacen pregunta ni dan contestación sin encajarle este

pleonasmo, que, por otra parte, es «donoso, mono, lindo en extremo».

Notamos también que todas las guardias cívicas saludan al sacerdote con el saludo militar. ¡Claro! El sacerdote es caballero de la milicia de Cristo.

Montevideo, Enero 23.

Hoy por la tarde me he sentido arrastrado al Cementerio central.

Un estremecimiento frío corrió por mis venas al pasar casi de repente del bullicio del mundo al silencio imponente de las tumbas... Creía que la muerte hubiese rozado sus alas con mi cuerpo.

Me adelanté pensando en lo de Bossuet cuando comenzaba uno de sus magníficos sermones en presencia del Rey de Francia:

«¿Podré en este día abrir una tumba delante de la corte, sin que se ofendan sus delicados ojos con un objeto tan fúnebre?»

Nos detuvimos ante el monumento elevado al poeta Carulla. Representa á un ángel en triste abandono, que llora la muerte de esa gloria nacional.

Hicimos alto ante el monumento á los héroes de Quinteros, sacrificados en aras de la patria durante la presidencia de don Gabriel Antonio Pereira.

Observamos detenidamente el monumento del italiano Giovanni Nicola. Este, llegado al Uruguay en la más escuálida miseria, con su laboriosidad alcanzó una posición envidiable. La parte inferior del monumento representa al italiano vestido pobremente, sentado sobre su carretilla de trabajo; y la superior al hombre regenerado y de posición social. Es una obra de mucho arte.

Mientras la contemplábamos, se nos ocurrían á la mente las palabras que con frecuencia repetía Jorge Stephenson,— él que había perseverado en el trabajo quince años continuos antes de darnos la primera locomotora: — Haced como he hecho yo; perseverad.

« Porque no hay hombre — escribió Owen Feltham — tan abyecto, que no pueda levantarse y subir en alto con la laboriosidad y el trabajo. »

Campean en un fondo ceniciento como el cielo y vasto como el horizonte, dos grandes crucifijos, remates de dos imponentes mausoleos. Sus dos brazos abiertos parecen cobijar, como

sotto le grand' ali del perdon di Dio,

á todas las almas náufragas en las tormentas de la vida.

Salimos del Cementerio con un frío de muerte; el hielo de las tumbas nos había llegado hasta el alma. E instintivamente nos preguntábamos con las palabras de Bossuet, el águila de Meaux: — « ¿Qué extraña debilidad es la del espíritu humano, el no acordarse nunca de la muerte, aunque se nos presente por todas partes y bajo mil formas diversas?... »

A bordo del «Sicilia», Enero 26.

Nos embarcamos muy de mañana.

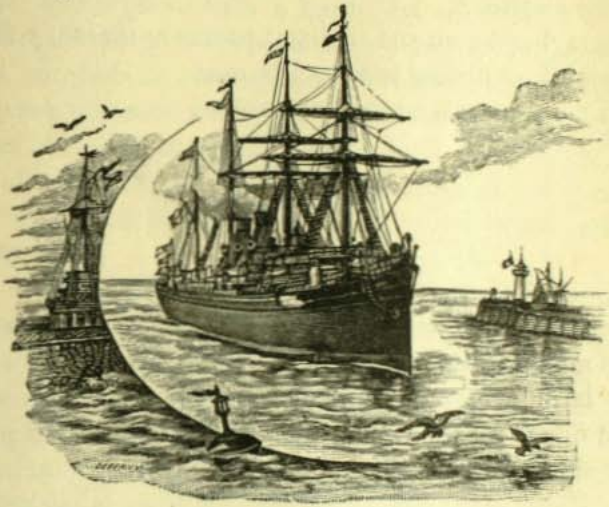
No nos saciamos de contemplar, ya el panorama de la ciudad, ya la abigarrada muchedumbre que como hormiguero se agita en el muelle, ya los cientos de mástiles que levantan al cielo sus puntas.

Las pupilas beben con avidez la luz diáfana, y los pulmones respiran á sus anchas el aire puro.

Una campanilla nos llama al desayuno.

Aquí fué Troya. Los pasajeros mostraron prácticamente que tenían buen apetito. Pero, *in cauda venenum*: la cosa traía cola.

A poco de haber comido, suena una campana y sale del enorme caño del buque, apresurada y en tropel, cual multitud aérea, una bocanada de humo espeso y negro. Se levan anclas, la máquina empieza á respirar y la hélice gira. El buque, bufando cual monstruo que se despierta, se revuelve entre grandes manchas de espuma, se mueve lentamente, toma rumbo y lanza un largo y cavernoso silbato, como grito salvaje de triunfo.



Parece un monstruo que olfatea la libertad, que sueña con los inmensos desiertos de agua limpia y azul, y que ama el sordo bramido del oleaje y de las tempestades.

Ya avanza camino en la ancha boca del Río de la Plata, tan ancha que se confunde con el Océano.

A un lado deja la isla de Flores, fresco pedazo de tierra que surge en medio de las aguas, como surge en medio del trigo la rozagante amapola.

Y atrás deja una estela que va borrándose en lontananza.

Dos largas hileras de boyas numeradas indican el estrecho canal que debe seguir el vapor. A los lados, las dragas traba-

jan sin descanso. Sus rosarios de cangilones rascan y rascan, con ruido de hierros viejos, el fondo blando y movedizo del río.

¿Y los viajeros?...

A medida que avanzamos, las olas crecen y la mar se embravece. Restos de la tempestad que debió de desencadenarse ayer en alta mar.

¿Y los viajeros?

Idlos á buscar en sus cabinas; padecen mareo, y rinden con disimulo el primer tributo á la mar.

¡Son tan prosaicos ciertos momentos!

Enero 27.

El mar está aún bastante agitado. Todos se han levantado con las mejillas mustias y rostros avinagrados.

Más tarde se asoma tímido, tímido el buen humor, y á medida que el mar se calma, él, el buen humor, va ganando terreno.

Hay una mujer que hace galas de doctrinas socialistas; habla á chorretadas y disparata á placer.

—Le falta la chaveta — decía de ella un amigo mío.

Alguien respondió á sus utopías con buenas razones, pero ella hacía oídos de mercader.

Otro le instó que diese una cualquiera definición del socialismo; era como pedir peras al olmo. La buena mujer no supo dar con el hilo de la madeja.

Entonces el interpelante repuso:

— Había, señora, dos amigos. Uno era de sanas doctrinas y el otro socialista, — pobre diablo que no tenía ni para un pitillo. Dijo el segundo al primero, á punto que éste iba á encender el único cigarro que le quedaba: — Amigo, según

mis doctrinas, debemos todos á la par gozar de los bienes de la vida; así es que te pido que fumemos á medias...

—¿Y qué?...

—Que yo fumo y tú... escupes.

Argumentos que en filosofía se llamarían *ah hominem.*

Recuerdo que esa señora, más gorda de lo que la estética permitiría, estuvo por tumbarse en el agua al bajar á la lancha que debía conducirla á bordo del «Sicilia».

Afortunadamente no cayó al mar, pero dió tan fenomenal porrazo, con toda la extensión de su humanidad, que lancha y pasajeros nos estremecimos rudamente. Debíamos compadecernos de ella, sin duda; empero no me explico cómo todos, al unísono, de improviso, soltamos el trapo á todo reír, y seguimos riendo disimulada y deliciosamente por buen trecho.

Y la señora, que no tenía malas pulgas, después de un rato de aturdimiento, se levantó, se desesperezó como para ver si tenía algún miembro dislocado, y asegurada que todo estaba en su lugar, con mucha cachaza, vuelta á nosotros, dijo: —¡Eh! cada cual se baja como quiere. También el pobre de mi abuelo — seguía diciendo ella con voz gangosa, — una vez se cayó del caballo, y vuelto á los circunstantes que se burlaban de él, les dijo con mucha frescura: Cada cual es libre de apearse como le da la gana.

Se explica como cada una de sus peroratas sobre el socialismo eran recibidas con hilaridad, porque á todos se nos figuraba que sus discursos eran otros tantos porrazos... de su razón.

*

A propósito de socialismo, acabo de leer en una estadísti ca que si se dividiese equitativamente todo el dinero del mundo entre todos sus habitantes, á cada uno de éstos no le corresponderían más que 43 francos y 50 céntimos.

Este dato creo que sería suficiente para disipar de muchas cabezas todas las utopías socialistas.

Porque muchos creen — yo lo sé de buena fuente, — que el socialismo es la isla de Jauja.

A bordo, Enero 28.

Hoy me cupo la dicha de celebrar el divino Sacrificio en alta mar.

Tenía por templo la inmensidad del océano.

Pronunciaba con voz temblorosa las palabras litúrgicas: — «¿ Por qué te conturbas, alma mía, por qué...? »

Sentía gravitar sobre mí el peso del portento que se iba á realizar.

Veía pasar ante mi imaginación el mar con su inmensidad, los céfiros de la mañana con su frescura, el cielo con su color de zafir, las aguas con sus tintes azulados, la aurora con sus matices de rosa; como si todos estos elementos pasasen en procesión ante el ara santa para rendir sus homenajes al Creador.

Y repetía con timidez: — « Entraré en el altar de Dios. »

Y escuchaba como eco de una voz divina: — « Al Dios que alegra mi juventud. »

Seguí.... y en el *Memento* de los vivos ví pasar ante mi fantasía, el rostro venerando de mi madre, el semblante risueño de amigos lejanos, las vivaces pupilas de nuestros colegiales, mil labios flotantes en la semioscuridad de mis recuerdos, labios abiertos como si reclamasen el tributo de mis plegarias.

Oré por todos; y el susurro de mi plegaria se confundía con el chasquido de las olas que iban á romperse contra el buque.

— *¡ Sursum corda !* ¡ Los corazones arriba, á Dios !

A Dios, que es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos.

Algunas notas sonoras, que van á apagarse á lo lejos, se desgranan de una campanilla.... y el sacerdote, apoyado de codos en el altar, arroja el aliento de las palabras omnipotentes sobre la hostia....

La naturaleza calla, y las almas adoran.

En la atmósfera parecen percibirse efluvios de paraíso y resonar, cual voces de ángeles, las palabras del libro de Job: « Descendieron los cielos, y El bajó. »

— *Ecce Agnus Dei:* He aquí el Cordero de Dios....

Estas palabras debieron de conmover todos los elementos y propagarse como eco infinito en todo el ámbito del Atlántico. La voz del sacerdote era como la voz del Bautista que resonaba en la inmensidad del desierto.

Y los elementos debieron estremecerse ante la presencia Eucarística del Todopoderoso: el mar debió ofrecer á la Majestad del Hombre-Dios la muelle alfombra de sus aguas, y el cielo su azulado pabellón; el viento debió replegar como un ángel sus alas, y el sol enviarle haces de luz....

Y como lo hacía David, invitaba yo á todos los elementos á alabar al Señor.

— *Domine non sum dignus:* Señor, no soy digno.... — repetía con la confusión del Centurión romano, cuando se creía indigno que el divino Maestro fuese á su casa para sanar á su hija....

Casi, casi le habría dicho lo que Simón Pedro, estupefacto ante los prodigios del Maestro:— « Aléjate de aquí, Señor, porque soy un gran pecador. »

Pero, lo confieso, yo no me atreví á ello, por miedo que el Maestro se alejase de mí.

¡ Se está también con El !

— *Benedicat vos, Omnipotens Deus:* os bendiga Dios Todopoderoso, — dice el sacerdote volviéndose al pueblo.

Me volví y bendije. Nunca me pareció que mi bendición hubiese abrazado mayor amplitud: la había lanzado desde el cielo hasta el fondo del mar, desde el continente americano hasta las costas del Africa.

Enero 29.

Comenzamos á respirar las primeras auras brasileñas que cálidas llegan acariciando nuestras mejillas.

Pero ante todo una página de historia.

Es curioso el modo cómo el Imperio del Brasil pasó á ser república.

El 15 de Noviembre de 1889 una parte de la guarnición de la capital se sublevó, capitaneada por el mariscal Deodoro, y pidió la adhesión de todas las fuerzas de tierra y de mar.

Inmediatamente se constituyó un gobierno provisorio, compuesto de un jefe, el mariscal Deodoro, y siete ministros; este gobierno declaró al Brasil república federal y comunicó el 16 á don Pedro II la orden de dejar el país dentro de 24 horas, él con toda su familia.

Y Don Pedro partió con su familia para Lisboa, haciendo votos por la grandeza y prosperidad de la nueva república, y rechazando noblemente todos los auxilios pecuniarios que el gobierno provisorio había puesto á su disposición.

El alma de Don Pedro, del temple de los héroes, que había resistido á todos los embates de los hombres y á los reveses de la fortuna, se sintió quebrantada con la muerte de la ex-emperatriz Doña Teresa Cristina María, ocurrida el 28 de Diciembre del mismo año.

Don Pedro II murió dos años después en París, el 5 de Diciembre de 1891.

Ninguno podía decir mejor que él con el profeta:

« Toda la gloria del mundo es como la flor del campo. »

¡Qué triste y amarga desilusión! Verse lanzado de repente y tan caprichosamente del trono al destierro!

Et nunc, reges, intelligite!

¡Aprended, grandes de la tierra!

Santos (Brasil), Enero 30.

Ayer hemos tenido viento en popa, y el vapor ha hecho catorce millas por hora.

¡Bendito y alabado sea Dios también por esto! Porque, en frase de David, es El que ha dado alas al viento.

Hemos llegado, pues, muy de mañana á Santos.

Indescriptibles son las bellezas naturales de este puerto y de estos parajes.

Fingios una extensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla....
Fingios una vega
que parta en cien pedazos
de un rio que la riega
el líquido cristal....
poblada de castillos,
de caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas....
Fingios este suelo
tan bello, coronado
de un hermoso cielo
de transparente azul.... (1)

(1) Libro de las Perlas.

Se diría que Don José Zorrilla ha escrito estos versos, inspirándose en estas encantadoras riberas, aspirando estos céfiros cargados de aromas,

en la estación viciosa
que abrir hace á la rosa
su pétalo gentil.

*

El vapor atraca al muelle, donde esperan impacientes unos centenares de mozos de cordel y de hotel, ávidos de hacer su agosto.

Después de tanto balanceo, sentíamos un deseo irresistible de poner pie en tierra firme.

Todos nos lanzamos á la calle como ola impetuosa que sale de madre.

A la verdad que digamos, más que la curiosidad de ver cosas nuevas, nos impelía la gana de desperezarnos á nuestras anchas.

La modesta plaza estaba engalanada con banderas: se festejaba á Bras Cubas, el fundador de Santos.

Cruzamos el corazón de la ciudad hasta Miramar: poco lujo de arte, pero en cambio mucho lujo de vegetación tropical.

Visitamos el floreciente colegio que dirigen los Maristas. El superior, buen francés, nos atendió con finura parisiense. Nos despedimos deseándole el *bon jour*.

Hicimos *hincadiente* — como decía nuestro Cicerón — en varios frutos del país, como ananas, bananos, chirimoyas. Su sabor exquisito, aún ahora — *mi fa venire l'acquolina in bocca*.

Tuvimos ocasión de chapurrear el portugués, la bella lengua de Camoens. Incalculables los *quid pro quo*. Mi compañero se consolaba repitiendo ese conocido adagio: *Errando discitur:* errando se aprende.

¡Cuánto cambian las costumbres, los usos y las palabras al variar de pueblo!

Ayer decíamos cortesmente á quien nos hacía un favor: *muchas gracias*, y hoy estamos condenados á decir *muitas graças* ú *obrigado*.

Al tranvía hay que llamarlo *bonel;* á las avenidas, *boqueirão*.

Ayer manifestábamos nuestra satisfacción por un sencillo *¡bueno!* y hoy es necesario decír: *Está bom!*

Ayer oíamos alabar á Dios en castellano y hoy en portugués: á estos buenos brasileños les parece que á Dios no se le puede hablar mejor que en su idioma.

Ayer oíamos el cavernoso sonido de la *jota* española, y hoy estamos obligados á oír el estridente sonido de la *je* portuguesa.

Antes contábamos monedas en *pesos* así chilenos, como argentinos ó uruguayos; ahora hacemos cálculos con *reis*.

Porque hay que hacer verdaderos cálculos con esta unidad monetaria tan despreciable.

Por cualquier bagatela hay que pagar doscientos, trescientos *reis;* por alquilar un coche, por cada hora se nos pedía en Santos diez mil *reis;* y así por el estilo.

De paso quede dicho que un franco vale más ó menos seiscientos *reis*.

*

Es propio de estos pueblos el uso de las palabras ampulosas.

Buffón dijo: *El estilo es el hombre*.

Se podría también decir: El lenguaje es el pueblo.

Un botón para muestra.

Contábanos un español de buena fe, que á una goleta la habían llamado *O terror dos mares*, es decir: terror de los mares.

A las pulgas — *¡pardon!* — las llaman en sentido metafórico: *as pantheras das alcovas:* las panteras de los dormitorios.

Los dientes los llaman también metafóricamente: *a tranca da porta da casa da lengua:* la tranca de la puerta de la casa de la lengua.

Las pantorrillas, — *a barriga das pernas:* la barriga de las piernas.

No cuentan sus caballerías por el número de caballos, sino por las patas de caballos; como no cuentan sus rebaños por el número de cabezas, sino por el número de patas.

Es así cómo quedan multiplicados sus ejércitos y rebaños.

*

Esto que sigue es, en verdad, cursi.

Un zapatero hizo una vez escribir en buen portugués sobre su tienda que daba á una esquina: *Aquí está la zapatería mejor del mundo.*

Al día siguiente apareció escrito en el letrero de otra zapatería vecina este aviso: *Aquí está la zapatería mejor que la de la esquina.*

Es fama que una vez un portugués trabó lucha con un bravo español; éste lo venció y lo echó á un foso profundo. Entonces el portugués que se encontraba en ese hoyo como gato encerrado, gritó muy arrogante al contendiente: — *Sácame de aquí y te perdonaré la vida.*

Relata refero.

Estos rasgos, á ser verídicos, podrían delinear toda la fisonomía moral de este pueblo.

Río Janeiro, Enero 31.

¡ Cuán encantadora es la bahía de Janeiro!

A un lado está Santa Rosa de Nicteroy en laderas de montes; al otro lado surge Janeiro, con la suntuosidad de una capital; en el medio las azules y mansas aguas de la bahía, sobre las cuales se ven flotar islotes con palacetes y casas semi-ocultas entre bosques de naranjos.

Todos los pasajeros estaban estupefactos, y muchos deliciosamente boquiabiertos.

Muchos ¡oh!!! de admiración cruzaban por el aire, y los binóculos pasaban de mano en mano.

No quisimos perder la ocasión de conocer esta ciudad. Los botes y lanchas á vapor asediaban al « Sicilia », y semejaban los pigmeos de la fábula cuando tumultuaron contra Hércules.

Contratamos uno, y, á tierra.

Lo que vimos, lo que hablamos, lo que pasó por nuestra mente, es difícil condensar en pocas palabras.

Río Janeiro es una gran ciudad: sus paseos deliciosos, sus soberbias avenidas, sus suntuosos edificios, la colocan al nivel de las capitales europeas.

En un *bonel* nos dirigimos al Jardín Botánico, cruzando la Bahía de Botafogo, la cual es un espléndido paseo bordado de gigantescas palmeras.

Ese Jardín supera toda ponderación: es necesario ver para creer. Sólo el de París puede competir con él.

Visitamos minuciosamente el Jardín Zoológico, y encontramos ahí el *guaribas*, pequeño caballito que no tendrá más de un metro de alto; el *zibús*, un monísimo bueyecito de un metro de altura; el *jacaré tinga*, serpiente monstruo; las diversas clases de *araras*, papagayos de alas tan abigarradas que parecía hubiesen robado al iris sus colores para pintarlos en sus plumas.

Nos llamó la atención la gran riqueza y variedad de la fauna y flora brasileñas. Como si el Creador hubiese querido imprimir ahí un sello de su infinito poder y de su inagotable riqueza.

Fuimos á la Catedral, y oramos largo rato. Nuestra oración fué un interminable *memento*.

Pero ¡cosa rara! estábamos de rodillas sobre el desnudo suelo del templo, y nos parecía estar en el vapor, como si la iglesia semejante á una gran nave, fuese mecida por el movimiento de las olas.

No nos dábamos cuenta: estábamos en tierra firme y sin embargo las paredes de la Catedral parecían girar.

Era el caso de repetir con Galileo: *E pur si muove.*

Así sucede cuando se han pasado varios días en el mar.

Salimos afuera para darnos cuenta de que no girábamos; pero ¡ qué calor !

El sol abrasaba con sus rayos la ciudad, y los transeuntes sudaban la gota gorda.

No sé cómo se las compondrán estos señores con estos calores insoportables. No hay que olvidar que estamos en la zona tórrida y muy cerca del ecuador.

Encontramos muchísimos negros. ¡ Qué contraste entre el color de la tez negra como carbón y el de los dientes blancos como marfil !

Estos negros eran en su mayoría esclavos. Sólo un decreto de ley del 13 de Mayo de 1888 declaró extinguida la esclavitud en el Brasil. Muchos de ellos visten ahora á lo *chic* y según los últimos figurines de la moda.

*

Hoy es el aniversario de la muerte del Venerable Bosco.

¿ Quién es Don Bosco ?

Sus obras os contestan. Ha fundado una pía Sociedad á la cual ha legado, cual otro Elías, su manto, y á la que ha transfundido su espíritu. Como el granito de mostaza del Evangelio, ella ha crecido en árbol gigantesco, bajo cuyas ramas hallan albergue hospitalario los niños desvalidos, y sombra refrigeradora los viajeros de la vida.

Don Bosco no ha muerto: vive en sus hijos. Estos perpetúan sus obras al través de los siglos, y — fieles á la consigna de su Padre, que fué la misma que dió Jesús á los apóstoles: *Id y enseñad á todas las naciones,* — llevan á todos los ámbitos del mundo el espíritu y la vida del Fundador.

Hoy nos cabe á los hijos regocijarnos, pues la muerte del justo es el principio de la vida, y el día de la muerte es el día de la libertad y del triunfo.

Hoy nos cabe apresurar el día, por medio de nuestras plegarias, en el cual veamos elevado á Don Bosco al honor de los altares.

Dios nos conserve hasta que veamos los fúlgidos albores de ese día, el más dichoso en los fastos salesianos.

Faxit Deus!

Alta mar, Febrero 4.

El mar se mantiene bonancible y refleja en su superficie lo azul del cielo.

El trasatlántico corta rápido las aguas.

Per summam levis volat aequora navis, habría dicho el poeta.

*

He asistido á la más bella salida del sol que jamás haya visto en mi vida.

Cielo tornasolado, atmófera llena de polvos de oro, rayos centelleantes que surgen más allá del horizonte.

Se me figuró en ese momento tener á la vista el artístico cuadro de la *Aurora* del célebre Guido Reni (1).

Veía á la Aurora, cual noble doncella, esparcir flores ante el carro del Sol, representado en Apolo, de dorados cabellos.

Y las Ninfas, representando las Horas, y llevando en los pliegues de sus mantos todas las gradaciones de la luz y

(1) Fresco admirable de la *Galeria Rospigliosi*, Roma.

los matices de los colores, hacen corona al dios que en su carroza triunfal sigue avanzando en el horizonte.

Eso me figuraba yo, y creía ver en la multitud de gotas que saltaban al romperse las olas unas con otras, otras tantas perlas que Apolo arrojara á los hombres.

Y llamando después en mí, á mi alma cristiana, daba gracias á Dios que *hace nacer el sol sobre justos y pecadores.*

Alta mar, Febrero 6.

El mar sigue tranquilo y azul como el cielo. De trecho en trecho encontramos grandes manchas de un verde oscuro: son algas, que flotan á flor de agua.

Nos persigue un enjambre de peces voladores que saltan fuera del agua para zambullirse de nuevo en ella.

El sol surge majestuoso en el horizonte, y derrama desde el cielo lluvia de oro.

Cada cual respira á sus anchas las brisas marítimas, goza de la bonanza del mar, y se siente como sugestionado por la pureza de la atmósfera.

Un grupo de anarquistas y socialistas, que viajan en tercera, han entonado esta tarde canciones subversivas. Se desgañitan, gritan con toda la fuerza de sus pulmones.... y en sus voces estentóreas y roncas está condensado mucho odio á la religión y al orden.

¡Pobres de ellos! Son inconscientes víctimas. Les han quitado el amor á Dios y les han legado el odio.... Les han robado la esperanza en el cielo, y les han dejado todos los apetitos de la tierra.

Es harto cierto que quien siembra vientos, recoge tempestad.

*

Se lleva á efecto una colecta por un pobre, á quien habían robado más de mil pesos argentinos, fruto de sus sudores y ahorros. Antes de embarcarse, unos estafadores se le acercaron, y tratándole como viejo amigo, le invitaron á beber una copa. Ya sea que esos bribones echasen en la copa algún polvo soporífero, ó ya que ese pobre empinara el codo más de lo necesario, el hecho es que aquél se quedó dormido en brazos de Morfeo y.... de esos malandrines que hicieron su agosto.

Ese pobre diablo se despertó horas más tarde, fué atando recuerdos y reminiscencias, y sintió un peso abrumador en su alma, y un vacío espantoso.... en sus bolsillos.

Esos pillos le habían robado el dinero.

Es de esperar que si el hecho fué lamentable, la lección debió ser provechosa.

Nunca hace buen negocio quien se entrega á la bebida.

Alta mar, Febrero 9.

Ya tanto viajar se nos hace cuesta arriba. Los minutos se nos vuelven horas, y las horas días, y los días, estábamos por decir, se vuelven siglos.

Desde nueve días no veíamos tierra. El cielo y el mar que se extendían interminables ante nuestra vista, habían perdido todos sus encantos. Se nos crispaban los nervios. Tumultuábamos...

Así debió suceder á la tripulación de Cristóbal Colón, cuando después de las peripecias de una larga travesía, veía frustradas sus esperanzas y creía encontrar muerte segura en los senos del lejano océano.

Un día empero esa tumultuante tripulación vió á flor de agua ramas de arbustos y restos vegetales, á la par que alguno que otro pájaro, piando alegremente, revoloteaba al

rededor de la embarcación, como si trajesen el saludo de ignorados moradores. Eran los primeros vestigios de tierra cercana.

Días más tarde, el grito de *¡tierra! tierra!* resonó por esos mares desconocidos, mientras todos lanzaban gritos de alegría y Colón caía de rodillas para dar gracias á su Creador.

Algo así nos sucedió á nosotros.

Alguien había gritado *¡tierra!*, y esta palabra había corrido de boca en boca con la velocidad de una chispa eléctrica, produciendo en todos los corazones explosiones de júbilo y acciones de gracias á Dios.

Era la costa de las Islas del Cabo Verde.

Alta mar, Febrero 10.

Es el suplicio de Tántalo. Vemos tierra, nos acercamos á ella, y ella parece alejarse.

*

Croniquilla:

Hoy como ayer; el mar plácido, el horizonte sereno, el buen humor chispeante.

A un italiano que no sabía jota de español, preguntan á donde se dirige.

— Pues, á mi *terra*.

— ¿Y no hace Ud. cuenta de que si el buque se va á pique...?

— Si el *buco* va á *Pique*, y Pique me gusta, me quedo en Pique.

Un pobre diablo, de tercera, se rompe, no sé cómo, la crisma. Grita, patalea, se desgañita, alarma medio mundo. Acuden muchos. Por último un curandero con vendas. El cual tratando de apaciguar al herido, dícele con mucho enfado:

— Haga el favor de callarse, porque no nos entendemos. Somos aquí unos veinte, y Ud. es el único que se queja.

¡ Tableau!

Las Palmas, Febrero 11.

Bajamos á tierra para visitar esta ciudad, una de las más importantes de las Islas Canarias.

La ciudad está algo lejos del puerto, y se va á ella por un camino bordado de casas.

Mientras en coche íbamos pasando, nos siguen unos rapazuelos descalzos, arremangados los pantalones, corriendo y cantando á voz en cuello:

¡ Muera la Franciaaaa !...

¡ Viva la Italiaaaa !...

Y añadían : — ¡ Viva la república italiana ! ..

Nos pusimos á reir á carcajadas, y seguíamos mirando con extrañeza á esos pigmeos que habían proclamado á la Italia república.

— Señor, una *perra* — gritarón desalados cuando vieron que nos contentábamos con reír.

— ¡ Ah, pícaros ! — les gritamos echándoles unas monedas de diez céntimos. — Lo que buscáis es dar un asalto á nuestra bolsa.

Nos dijo el cochero que ese estribillo de *Viva* ó *Muera* lo suelen cambiar y torcer en su provecho, según sea la nacionalidad á que pertenecen los vapores que arriban al puerto.

Recorrimos la ciudad de cabo á rabo, visitamos la Catedral y el Hospital, compramos periódicos....; y en derechura al puerto.

Estábamos satisfechos. Habíamos respirado las primeras auras españolas, nos habíamos rozado con buen número de catalanes, habíamos encontrado en el nombre de las calles y en los monumentos de la ciudad recuerdos de España.

*

Hojeamos un periódico para buscar noticias de la trágica muerte del rey Don Carlos y de su primogénito. Apenas llegados á Las Palmas, había circulado siniestramente la noticia del asesinato. Quisimos cerciorarnos y quedamos horrorizados.

Muchos prorrumpieron en justas recriminaciones contra la anarquía que con sus doctrinas subversivas va minando la base de la sociedad y sembrando en el mundo el desorden y la ruina.

Nosotros no pudimos menos que exclamar:—*Erudimini qui judicatis terram:* ¡escarmentad los que juzgáis la tierra!

Cuando no hay respeto para Dios y sus mandamientos, no lo hay por cierto para los monarcas y sus leyes.

El hacha que derriba el altar es la misma que arrasa los tronos.

He aquí como relataba más tarde este horrendo drama la tan infortunada como heroica reina Amelia.

« El rey quería á toda costa volver á Lisboa, y aunque el 1.° de Febrero, la reina María Pía hubiera puesto en su conocimiento que el mal estado de su salud le impedía ir á recibirlo al desembarcadero del Tajo, quiso, á pesar de todo, dejar su residencia de Villaviciosa. El rey parecía algo inquieto, aunque no en manera alguna triste.

« En el muelle encontramos al infante Alfonso, á varios otros personajes de la corte y á los ministros. El presidente Franco tuvo una conversación con el rey, y oí que le hacía saber que tal vez se preparaban manifestaciones hostiles á su paso, aconsejándole, como medida de prudencia, que mantuviese su landó cerrado; llegando aún hasta declararle que por su parte rehusaba tomar asiento en el carruaje de la corte. El rey se negó á acoger aquellas observaciones y ordenó que se abriesen los landoes.

« Partimos á paso no muy rápido. El infante Alfonso venía tras de nosotros en su automóvil. Repentinamente, al llegar á la plaza del Comercio, oí una detonación. Pensé que se habría producido algún alboroto en los alrededores y que la policía hacía fuego para reprimirlo; pero segundos después, cuando el carruaje iba á entrar en la calle del Arsenal, noté que un individuo corría tras de él. Me dí vuelta, y en aquel mismo instante ví que el individuo disparaba un tiro de revólver sobre el rey. Sin articular una palabra, éste cayó desplomado sobre los cojines del carruaje.

— « ¿Estás herido, Carlos? — le pregunté.

« No me respondió. Estaba muerto.

« No había acabado aún mi pregunta cuando se oyeron nuevas detonaciones, y el príncipe Luis, que se había puesto de pie en el coche, y acababa de disparar un tiro de revólver sobre el asesino, pues faltaba una bala en su arma encontrada en el carruaje, dió un grito horrible. Una bala acababa de atravesarle la cabeza, entrándole por la mejilla.

— « ¡Ah! aquella herida la veré mientras viva — dijo la reina, ocultando su rostro entre las manos. — ¡Era horrible, la sangre brotaba á torrentes, y el rey Manuel, para evitar tan espantoso desangramiento, puso las manos en aquella cavidad inmensa abierta en el rostro de su hermano!

« Todo esto fué obra de pocos segundos. Todavía se hacía fuego sobre nosotros, y uno de los criminales, el que había dado muerte al rey, estaba de tal manera cerca, que yo misma pude descargar un golpe sobre él con un ramo que acababan de ofrecerme ».

¿Quién puede detener al malvado en el camino de la iniquidad?

Cuando el tristemente afamado Prud-homme lanzó su terrible metáfora: « El carro del Estado navega sobre un volcán », tuvo la visión casi profética de los cataclismos sociales que habrían producido sus doctrinas.

El carro de Portugal está navegando sobre un volcán.

Febrero 12.

Una nota cómica.

Ayer, se nos juntó á bordo un buen español, al parecer rico y cumplido.

Como sucede en estos pequeños microcosmos, que son los vapores, al recién llegado se le espía, se le acecha, se le mira de soslayo....

El buen español fué el blanco de las miradas inquisitoriales de todos los curiosos.

Nadie aún le había tomado el pulso hasta la hora de almuerzo.

Ese señor bajó muy presuroso al salón comedor, se sentó y comió....

No sé por qué extraña analogía yo recordé el *Veni, vidi, vici*, de Julio César.

Ese tal había comenzado á comer con un apetito muy decidor... cuando al pasear su ávida mirada sobre la opípara mesa, divisa una tasa de cristal delante de cada cubierto.

—¿Qué será esto? si será ambrosía... — debió de preguntarse á sí mismo.

Y lanzando una mirada escrutadora hasta el fondo de la tasa, alcanza á divisar una tajadita de limón, fresca y tentadora como quien dice: Cómeme...

— *Eureka!* — debió de decirse como el gran Arquimedes nadando en su baño. — *Eureka!* A mí!

Y tomando la taza con ambas manos, la apuró hasta la última gota.

Y se quedó campante y satisfecho como quien acaba de apagar una sed abrasadora con fresca limonada.

Después de haber comido á dos carrillos, por mal de sus pecados, observa que los demás comensales, á los postres, se lavan delicadamente las manos en las sendas tazas...

Ese fulano quedó como si un rayo lo hubiese partido.

Era el caso de decir que se había ahogado en un vaso de agua.

La *plancha* había sido fenomenal.

Perfectamente histórico.

Gibraltar, Febrero 13.

Hemos entrado en el famoso estrecho de Gibraltar.

Desde muy temprano funciona el telégrafo Marconi, una de las últimas conquistas del genio en el campo de la ciencia.

El aparato del vapor puede servir hasta por una distancia de cien millas. Es curioso el modo con que se emiten y se reciben las ondas eléctricas al través del espacio.

Son incalculables las ventajas que presta este telégrafo.

Dejamos á nuestra derecha á Tánger, ciudad morisca sentada á la orilla del mar. Y después á Ceuta, puerto español desde el siglo XVI.

Mas allá divisamos la histórica Sierra Bullones desde donde se precipitaron esos indomables moriscos que prefirieron la muerte antes que rendirse.

A la izquierda dejamos á Tarifa, y bendecimos la memoria de Guzmán el Bueno, el cual siendo gobernador de la ciudad, lejos de intimidarse ante las exigencias de los moriscos que amenazaban hacer morir á su hijo si no rendía la plaza, el mismo les dió el puñal para que lo sacrificasen.

Saludamos de lejos el antiguo peñón de Calpe, apellidado por los sarracenos *Gebal Tarik*, nombre que andando el tiempo se trocó en el de Gibraltar.

Esa fué, según la mitología, una de las famosas columnas de Hércules, sobre las cuales estaba escrito: *Non plus ultra*: No más allá.

*

Seguimos costeando á España.

Se nos indicó las islas Hormigas, teatro del reciente naufragio del *Sirio*.

Las Hormigas son dos grandes escollos que se levantan de la mar, no muy lejos de la costa. Por imprudencia del Capitán, el *Sirio* se acercó demasiado á uno de ellos, que se prolongaba por largo trecho bajo el agua.

Hubo un rudo choque contra el escollo, se abrió una brecha en la mitad de la quilla, y el agua pronto inundó las máquinas, hundiendo poco á poco la popa.

Nubes de humo envolvieron al *Sirio*.

Los pasajeros se vieron perdidos. Hubo entonces una escena conmovedora.... Se vió un Sacerdote, de pie como un profeta y pálido como la muerte, levantar su mano y pronun-

ciar sobre los pasajeros postrados á sus pies, más muertos que vivos, la fórmula sacramental para el perdón de los pecados.

La popa mientras tanto estaba por hundirse enteramente bajo el agua. Todo era correr, gritar, desmayarse, echarse al mar.... y desaparecer.

Lo que sucedió entonces es más para imaginado que para descrito.

Cuarenta pasajeros lograron asirse á una zatara, unos encima de otros, sofocando los de arriba con su peso á los de abajo.

Centenares de cabezas se vieron nadar á flor de agua, alejarse penosamente, y muchas de ellas hundirse...

Y en la proa que se conservaba enhiesta en medio del agua, se refugiaron muchos: muchos que esperaban por momentos ser engullidos por los abismos del Océano.

.....

Había vuelto un poco de calma: las nubes de humo se habían disipado: los supérstites pálidos como cadáveres, se iban reconociendo tímidamente: á lo lejos, después de tres ó cuatro horas de natación, aun se veían á flor de agua, algunas cabezas: y los muertos... habían encontrado su tumba en el Océano.

Comenzaron á aparecer algunos vapores y bergantines para la obra del salvataje, echando cuerdas á los dispersos en el Océano y salvando á los supérstites de la proa.

De 800 pasajeros se habían ahogados cerca de 370.

Era un día sábado, 4 de Agosto de 1907.

Estos datos los recogimos de la boca de varios tripulantes supérstites del naufragio del *Sirio*.

Un diario de Cartagena (España) publica la interesante conversación que tuvo uno de sus redactores con el obispo de Pará, superviviente de la catástrofe del vapor *Sirio*.

De aquella conversación son los párrafos siguientes:

«Yo estaba leyendo en la cubierta de primera—dice el obispo,— encontrándose á mi lado el secretario de mi compañero el arzobispo de San Pablo, quien descansaba en su camarote.

Eran las cuatro de la tarde.

De repente sintióse un ruido profundo, acompañado de un movimiento impelente y brusco, que me hizo caer para atrás.

Me levanté, y al fijarme que el piso estaba inclinado, pendiendo hacia la popa, dije al que estaba á mi lado :

— El vapor ha varado; esto es un naufragio.—Al mismo tiempo veo á mi compañero de San Pablo, pálido y afligido.... Corrimos desalados á buscar salvavidas.

Y sin darme cuenta decía : — Vamos á salvarnos si podemos, y si no, es lo mismo. Aquí, lo menos que hay que hacer es salvar la vida; vamos arriba á dar la absolución á los que mueran. Tome usted este salvavidas, váyase para cubierta que yo voy al camarote por otro para mí. Y marché corriendo. Todo esto fué rápido y en medio de la mayor agitación de espíritu; oíamos perfectamente los gritos de angustia y el bullicio de terror que había entre una multitud de 900 personas, abandonadas al pánico y á la confusión.

Al llegar á mi camarote, vi la portezuela cerrada, y por un instinto, sin duda inspirado por el poder divino, miré por una ventana hacia el interior, y vi el agua que llegaba cerca de la misma ventana. Si hubiese abierto el camarote, el agua, con su fuerte impulso inundador, me hubiera ahogado allí mismo.

No podía, pues, coger un salvavidas; subí la escalera, y al llegar á cubierta vi el cuadro más pavoroso y más terrible de mi vida. Eran dos olas luchando: la del mar y la ola humana revueltas en trágicas desesperaciones; las madres afligidas llamando á sus hijos; los esposos locos de indignación, desesperados, sin poder tomar á los suyos para morir abrazados con ellos, y otros infelices que se arrodillaban para que les bendijéramos resignados al sacrificio. Era un horror. Voy á mi compañero, y le digo : — No tenemos más que un salvavidas; con él, nos salvaremos los dos agarrándonos usted por un lado y yo por otro.

Esto pasaba en breves instantes, cuando de súbito sentimos el vapor resbalar con la quilla en las rocas de proa hacia las profundidades del abismo, sepultando á unos y dejando á otros en medio de angustias, flotando en las aguas remolinadas en devoradora impetuosidad.... Yo caí agarrado á mi compañero, yendo los dos al precipicio.

Las aguas en aquel momento revoltosas, me llevaban al fondo y me traían á arriba, hasta que á cierta distancia pude sostenerme

en la superficie, sin ver más al compañero, ¡aquel abnegado cristiano que cayó al mar con la mano alzada para bendecir á sus hermanos!

Yo, en mi aflicción del primer momento, al caer en el agua, me agarré á algo que no acertaba á definir lo que era.

Bajaba llevado por un impulso absorbente....

Y así absorbiendo mucha agua y resistiendo los golpes de las olas, impelidas, sin duda, por la explosión de las calderas, fué como á los diez minutos me hallé distanciado del vapor, que tenía la proa en el aire casi perpendicular, donde había un montón de gente agarrados unos á otros, con el ansia de salvar la vida.

Me fijé que tenía el salvavidas colgado del dedo pulgar de la mano izquierda, ¡pues ni siquiera me había dado cuenta!

Me lo coloqué bien, y una vez sostenido á flote, miré hacia alta mar y descubrí un vapor blanco.

Suponiendo que de allá enviarían socorro, me dirigí á él por si los auxilios y yo nos encontrábamos en el trayecto.

Nadé, me harté de nadar hasta que perdí de vista al barco blanco, volviendo otra vez al lado del *Sirio*.

En el trayecto vi pasar una tabla y la cogí; entonces me dispuse á aproximarme al vapor y á los náufragos, dispuesto á socorrer con la tabla á los que necesitaran.

Pasa un banco y lo cogí con la mano derecha llevando los tres objetos que consideraba como preciosas reliquias que iban á cumplir un fin humanitario: mas yo no pude hacerlo porque me faltaron las fuerzas; estaba desfallecido, y entonces me coloqué, de espaldas, haciendo de la tabla la cabecera, abandonando el banco porque me estorbaba.

Así estuve algunas horas, dispuesto á morir.

Cuando me encontré algo repuesto de fuerzas, me volví en el agua, siendo grande mi sorpresa al verme al otro lado del *Sirio*, con tierra á la vista.

En esta altura me reanimé un poco.

Veo pasar á un vapor español muy cerca de mí; llamo; y nadie viene en mi auxilio! Veo á otro náufrago italiano ya con la esperanza perdida; lo reanimo diciéndole: —No tengas temor de morir hermano, que aun nos salvaremos!

El infeliz balbuceó unas cuantas frases que no percibí, perdiéndole de vista.

Un cuarto de hora después vino el barco *Joven Miguel*, donde me recogieron.

Este barco había tomado momentos antes al italiano á quien yo alenté para que no se desesperara. Había sido el penúltimo recogido á bordo y yo el último.

En estas luchas perdí el anillo y el pectoral; sólo pude salvar un pequeño breviario que llevaba en el bolsillo de la sotana.

En el buque perdí todo el equipaje, el dinero y documentos.»

En el Mediterráneo, Febrero 14.

A la altura del cabo de Gatas han echado al mar el cadáver de un desgraciado joven de tercera.

Se había enfermado de tifus, y había muerto casi repentinamente.

El capellán rezó las últimas plegarias: el vapor detuvo su marcha y se desvió un tantico: y cuatro marinos echaron al mar ese cadáver envuelto en la bandera italiana.

Un peso considerable atado á los pies, lo debía llevar al fondo.

Esta escena me desgarró el alma.

¡ Pobre joven ! Pensaría volver á su patria, abrazar á sus ancianos padres, llevarles el fruto de sus sudores y de sus ahorros; y la enfermedad lo había cogido lejos de los suyos, lo había dejado en el más triste desamparo... y la muerte le había preparado cuatro tablas de un buque por lecho fúnebre, una bandera por mortaja; y un océano por tumba.

Hemos estado todo el día tristes, reflexionando como suelen caer una á una todas las ilusiones de la vida, así como las hojas de los árboles en otoño.

Barcelona, Febrero 15.

Nos encontramos con muchos bergantines, que con sus blancas velas desplegadas é hinchadas por el viento, salen á pescar. Me dieron la idea de grandes palomas que surcasen el mar.

Ya tenemos á la vista Barcelona. Parece que surge de enmedio del agua, cual otra Venus, y se encarama sobre verdes colinas.

De lejos la saludamos y con ella al genio de España, ya que por esta vez el vapor no nos permite bajar á tierra.

Nos ha costado harto dominar el deseo que teníamos de conocer esta ciudad, joya del Mediterráneo y centro de la actividad española. Lo haremos á la vuelta.

En buen hora, empero, nos encontramos con esta página de Sainte-Beuve:

« Estar *contento* es estar *contenido:* lo dice la palabra; es decir, contener sus anhelos en los términos que Dios ha trazado y porque ha sido Él quien los ha trazado. Estamos todos en el mundo para estar contenidos y no para estar á nuestro gusto, ampliamente y sin límite; y el *contento,* término relativo, es el verdadero nombre de la *felicidad.* »

Febrero 16.

Apenas pudimos divisar la costa ligur, sentimos una lágrima de emoción saltar del corazón á los ojos, y nuestros labios pronunciaron casi instintivamente las estrofas de Monti:

Bella Italia, amate sponde,
pur vi torno a riveder;
trema in petto e si confonde
l'alma oppressa dal piacer.

Con los ojos devorábamos las bellezas que la mano de Dios y de los hombres ha sembrado en la costa de la Liguria.

Pasaron ante nosotros, como visiones de otro mundo, Ventimiglia, Bordighera, San Remo, Porto Mauricio, Alassio, Albenga.... y otros pueblos medio escondidos entre los pliegues de los montes; dorados todos por los tibios rayos del sol, acariciados por la fresca brisa del mar; sentados en las laderas del monte; semejantes por sus blancos edificios á grandes rebaños de ovejas que pastasen en la ribera.

Y sobre todo aquel fondo mágico, se destacaba el *campanile,* campanario, como un pastor que de pie velase á su grey.

Más allá surge Génova, que á medida que avanzamos se va agrandando, agrandando....

Se levanta al borde del mar á la manera de anfiteatro, y desde las alturas domina como reina el océano.

Su puerto es un gran hemiciclo que abraza la extensión de una legua y media, y es centro de todo el movimiento comercial de la Alta Italia.

En el muelle están esperando un sinnúmero de personas, muchas de las cuales agitan blancos pañuelos.

¡ Cuántas cosas nos dicen esos blancos pañuelos !

Génova, Febrero 17.

Un poco de historia.

Tal vez la ciudad debe su nombre á la configuración de su costa, la cual habría ostentado la figura de una *rodilla*, en latín *genu*.

Bajo la dominación romana fué un emporio de todos los productos de la costa de la Liguria.

En 1119 comienza sus rivalidades con Pisa, que no terminan sino con la terrible derrota de esta república, en la batalla naval de Meloria, en 1284. A su vez Génova fué humillada más tarde por Venecia.

Desempeñó un rol importante en las Cruzadas que abrieron vasto campo á su comercio.

Anonadada por las luchas intestinas de los partidos (Guelfi e Ghibellini), cayó en poder, alternativamente, de los reyes de Nápoles y de Francia, de los marqueses de Monferrato y de los duques de Milán.

Andrés Doria, almirante de Carlos V, estableció por fin el orden en 1528 por medio de una nueva constitución oligárquica.

Más tarde cayó en poder de los franceses y después de los imperiales que la ocuparon en 1746.

Pocos días después, éstos fueron echados por el pueblo amotinado. La señal de la revuelta fué una piedra lanzada contra ellos por Balilla, joven de 15 años.

Después de la batalla de Marengo (1800), los franceses ocuparon la ciudad; y en 1815 fué definitivamente incorporada al reino de Cerdeña.

*

Tuvimos la mala ocurrencia de dirigir una pregunta á un guía. Abundan en Italia los guías como los hongos en el bosque: plantas parásitas que medran á expensas ajenas.

Ese guía, un hombrote rechoncho, se me pegó como un pulpo se adhiere, con sus tentáculos, á una roca: no hubo medio de deshacerse de él. A toda costa quiso ofrecerse como Cicerón.

— ¿Qué hacer? — Paciencia y barajar — dije para mis adentros.

Pero ese guía, que no tenía blanca, comenzó luego con su muletilla:

— Ayer — decía tras un largo resuello — á esta misma hora acompañé á un extranjero por la ciudad, le expliqué todo cuanto sabía y no sabía, y después de haber andado varias horas, aquel judío al despedirse no me dijo siquiera: *¡ Crepa !* (Es decir: ¡ Revienta !)

El hombrote soltó esa palabra con tal sonoridad, marcando y remarcando de tal modo la *erre*, que me pareció sentir ruidos de crepitación....

Me dí por entendido, y soltándole una buena moneda — panacea universal — me escabullí dentro del primer coche que encontré para verme libre de la obsesión de ese malhadado guia.

*

Sea por su posición, sea por sus importantes edificios de la época del Renacimiento, Génova ha sido llamada la *Soberbia.*

Muchos de estos edificios han sido edificados por Alessi, discípulo de Miguel Angel, y enriquecidos con las obras de Rubens y Van Dyck.

La Catedral, *San Lorenzo.*

En la plaza *Acquaverde,* en medio de un jardín plantado de palmeras, se levanta un monumento á Cristóbal Colón, que probablemente ha nacido en Génova en 1436.

A los pies de Colón, que se apoya sobre un ancla, está la América de rodillas, en actitud de veneración hacia ese grande hombre que había visto surgir del fondo de los océanos tierras desconocidas.

Adornan el pedestal cuatro bellas figuras alegóricas la Religión, la Ciencia, la Fuerza y la Prudencia.

La ciudad encierra tesoros de arte arquitectónico.

La Catedral, *San Lorenzo*, del siglo XI, con una fachada de piedras de mármol blanco y negro, alternativamente colocadas, es un ejemplar de aquel arte toscano que precedió al renacimiento del siglo del Dante.

La iglesia es de tres naves, sostenidas por 16 columnas en mármol de color, de estilo corintio. El interior tiene obras de pintura y escultura dignas de todo aprecio.

La sacristía encierra el *Tesoro*, que comprende entre otras preciosidades, una *Croce d'Efeso* (cruz) del siglo XIII, tomada á Focas en 1308, y el *Sacro Catino*, hermoso vaso del cual se sirvió Jesús durante la Cena, ó, según otros, que sirvió á José de Arimatea para recoger la sangre del Redentor.

La iglesia de *Santa Maria in Carignano* fué fabricada según el plano de Alessi, y refleja el plano de San Pedro de Roma, tal como lo habían concebido Bramante y Miguel Angel.

Los amantes del arte pueden admirar en ella un cuadro de *San Blas* y *San Sebastián* por Maratta, de *San Francisco* por Guercino, de la *Comunión de Santa Magdalena* por Vanni, de la *Deposición* por Cambiaso.

Riquísima sobre todo por su decoración, es la Basílica de *Santa Annunziata*, construida por Giacomo della Porta.

Digna de mención es la pequeña iglesia de *San Mateo*, de estilo gótico. Está llena de recuerdos de la familia Doria. En el altar mayor se ve la célebre espada de Andrés Doria.

En la iglesia gótica de *Santo Stefano*, se admira en el altar mayor un cuadro de la *Lapidación de San Esteban*, de Julio Romano.

No faltan bellezas artísticas ni obras maestras en los palacios *Real* y *Municipal*, lo mismo que en los palacios *Doria*, *Durazzo*, *Rosso*, etc.

Ni faltan monumentos antiguos y modernos que recuerden al viajero las glorias de la ilustre ciudad.

No nos detendremos en ellos para tener tiempo de visitar el célebre Cementerio, el más artístico y soberbio de Italia.

*

Durante mis excursiones de este día, tuve el sentimiento de oír varias blasfemias pronunciadas por hombres de la hez del pueblo.

Hacía tanto tiempo que no herían mis oídos tales insultos en ofensa á Dios, á la moral y á la cultura.

Formularon mis labios una plegaria, la misma del divino Maestro á su Eterno Padre: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*, — mientras mi mente, sin quererlo yo, fué en busca de esos versos que Dante debió de aplicar sólo á los malos Genoveses:

Ahi Genovesi, uomini diversi
D'ogni costume, e pien d'ogni magagna,
Perchè non siete voi del mondo spersi?

Lo que quiere decir: Oh Genoveses! hombres de costumbres malas, y llenos de corrupción, ¿por qué no os harán en hora mala desaparecer todos del mundo?

Repito, que esto debe aplicarse solo á los malos Genoveses, porque los hay muy buenos....

Génova, Febrero 18.

Hemos visitado la ciudad de los muertos, la Necrópolis. Aquí la llaman *Cimitero di Staglieno*. Al traspasar sus umbrales, nos hemos dado cuenta que entrábamos en los dominios de la muerte.

Allí imperaba el silencio, un silencio sepulcral que helaba la sangre en las venas.

¡Qué contraste! En la ciudad de los vivos, el clamoreo, el ruido, el vaivén, y la vida que circula por todas las calles, aturden á cualquiera; en la ciudad de los muertos, la soledad, el silencio, el frío de los mármoles y la sombra de los cipreses, extienden sobre el alma una sombra de tristeza.

Se siente casi la necesidad de llorar y de pensar en un mundo mejor.

O mors, bonum est judicium tuum!

Me adelanto, con los ojos puestos en los monumentos, y el corazón en Dios.

La suntuosidad de algunos de ellos me hace exclamar: *Vanitas vanitatum* .. y llama á mi memoria aquella expresión del Salvador dirigida á los fariseos: *sepulcros blanqueados*, que tienen arte y belleza en lo exterior, y en lo interior podredumbre.

La sencillez de una cruz plantada en el suelo habla mejor á la fe cristiana: parece que surge desde esos humildes túmulos un rayo de esperanza, parece que algo del muerto filtra á través de la yerba, que las *violetas*, los *pensamientos*, los *no me olvides* brotan mejor sobre ese pedazo de suelo....

A la izquierda, adelantándome, encuentro un ángel que de pie, intima silencio.... Como si dijera: El Cementerio (palabra que según la etimología griega quiere decir *dormitorio)* es lugar de reposo: no despertéis, pues, á los que duermen en la paz de Cristo.

Un viejo de mármol — talvez un profeta — sobre un sarcófago levanta su brazo desnudo y descarnado, en actitud imperativa. A sus pies se ven huesos y calaveras; y se leen estas palabras:

Ossa arida, audite verbum Domini.

Huesos áridos, oíd la voz del Señor.

Un escalofrío recorrió mis huesos y sentí como retumbar en mis oídos la voz del profeta.

Más allá campea sobre los blancos mármoles una estatua del Corazón de Jesús que dice á los que pasan:

¡ Oh! los que os encontráis fatigados y cansados, venid á Mí!

Esto me pareció como visión del cielo, como ráfagas de dulzura.

*

He visto monumentos que representan ángeles que esparcen flores ó depositan coronas.

Otro ángel sobre una tumba toca un laúd.

Pensamientos delicados que como brisas perfumadas llegan hasta el alma.

De mucho arte es el monumento *Mangini* — escultor Saccomanno.

Representa al tiempo bajo la figura de un anciano, de luenga y blanca barba, demacrado y extenuado de cansancio. Está sentado en la escala de la vida, tallada en la roca, y parece que espera....

Abajo se lee el verso del Dante:

Tutti convengon qui d'ogni paese.

De todas partes vienen á parar aquí.

Del mismo escultor es el monumento *Piaggio*, que representa también al Tiempo bajo la figura de un anciano, de brazos cruzados, severo y majestuoso en el aspecto, con dos grandes alas; el cual está observando los acontecimientos humanos que se van desarrollando á sus pies.

De Saccomanno es también la tan justamente celebrada personificación del *sueño eterno*. Una mujer duerme sentada y apoya la cabeza en la puerta de mármol negro del sepulcro. En la mano derecha tiene tres amapolas, que significan el sueño; y en la izquierda una serpiente que se muerde la cola, la eternidad.

Esa mujer parece que respira, que su aliento es tibio, y ante ella el que pasa guarda instintivamente silencio, por miedo de despertarla.

Hay manos tan hábiles que saben dar vida al mármol y comunicar calor á sus venas.

*

En la rotunda central del Cementerio hay grandes columnas monolitas de mármol negro y ocho estátuas colosales. Allí está Adán. Al pie de la estatua de Adán han escrito este verso del Dante:

Sol per mia colpa qui la morte impera.

Sólo por mi culpa impera aquí la muerte.

¡Cuánta verdad y arte en este verso!

Vi escrito en un trozo de cruz, de mármol, esta sola palabra: *Resurrectio:* resurrección.

Toda otra palabra habría sido superflua.

En otra parte: *Vitae lignum, mortis remedium.*

El leño de la vida es remedio contra la muerte.

En lo alto descollaba la cruz.

En otra parte un ángel repite á una madre desolada las palabras de Jesús:

Qui credit in me, etiamsi mortuus fuerit vivet: aquel que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.

En otra, Cristo que dice: *¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?*

En otra, admiro en el mármol la escena de la resurrección del hijo de la viuda de Naím, y oigo la voz de Jesús: *Adolescens, tibi dico, surge:* joven, yo te digo, levántate.

La figura de Jesús aparece por doquiera: sus palabras de consuelo se leen en todas partes, su espíritu de dulzura aletea en medio de las tumbas y de sus manos alzadas salen rayos de esperanza....

*

No podemos pasar bajo silencio la sorpresa que nos causó el monumento artístico *Villa*, el cual nos representa á la Virgen prudente que derrama aceite en el candelabro de siete brazos, cuyas lamparillas arden con vívida luz. Abajo se ven entrelazados la palma y el olivo, símbolos de la gloria y de la paz.

Repetimos para nuestros adentros las últimas palabras con que Jesús acababa la parábola de las vírgenes prudentes y necias:

¡ Vigilad, vigilad, porque no sabéis ni el día ni la hora!

Grata sorpresa también nos causó el monumento *Carpaneto*, esculpido por Scanzi, el cual nos representa la vida como mar insidioso, que el alma fiel llegará á surcar felizmente, guiada por su buen Angel.

Un Angel, de formas bellas y esbeltas, amaina las velas de una barca, que acaba de hacer la travesía del océano de la vida. En la base se lee:

Avventurato chi nel mare della vita ebbe nocchiero sì fido.

Feliz quien en el mar de la vida tuvo por guía piloto tan seguro.

Se habla del Angel de la Guarda.

Ya era tarde. Dimos una mirada furtiva á la monumental estatua de la Fe, que, con sus ojos al cielo, se levanta en medio del *Camposanto*.

Instintivamente los levantamos también nosotros, los ojos, como para buscar allá en la azulada esfera, algún reflejo de la fe cristiana.

A punto de salir, volvimos la mirada y nos encontramos con un Angel en actitud de tocar una trompeta ¿ Qué decía?

Lo imaginé. En el pedestal se leía:

Non contristemini sicut coeteri qui spem non habent: no os contristéis como los que no tienen fe.

Estas palabras me hicieron bien: estaba bajo la opresión de tétricos pensamientos.

*

Salí del *Camposanto*. Soplaba un viento frío y helado, que iba á romperse en la colina cubierta de monumentos y á gemir entre el follaje de los cipreses.

Me alejé pensando en esas estrofas:

Nudrita di mistero
va l'onda al cimitero,
la mite onda sonora
che palpitante adora.

Pasa nel camposanto
un indistinto pianto,
e parla da ogni croce
d'un morto l'esil voce... (1)

Lo que se podría traducir:

Nutrida de misterio
va la onda al cementerio,
la blanda onda sonora
que palpitante adora....

Pasa en el *Camposanto*
un inefable llanto....
Brota flébil lamento
de cada monumento....

.....

Me alejé.... mientras á mis espaldas seguía silbando el viento, helado como el cierzo, gemebundo como suspiros de almas en pena .....

Turín, Febrero 19.

Hemos llegado á esta ciudad histórica, *Torino*. Bajo el nombre de *Taurasia* fué la principal ciudad de los Taurinos, pueblo celto-ligur, destruído por Aníbal (218); y más tarde

(1) C. Dossi.

fué la *Augusta Taurinorum* de los romanos. Residencia de los duques de Saboya desde el año 1418, fué capital del reino de Cerdeña en 1720, y del reino de Italia desde 1859 á 1865.

Turin.

Esta ciudad se distingue sobre todo por la regularidad de su plano: sus calles se cortan á ángulos rectos; tiene grandes plazas; no escasean los jardines públicos; y está ceñida por anchas avenidas — *Corsi* — que le dan sombra, verdor y frescura.

Basta atravesarla por medio de algunos de los innumerables tranvías que la cruzan, para distinguir luego en ella los vestigios de su grandeza en los edificios *Palazzi Madama, Reale, Carignano*; para contemplar la belleza de sus líneas esculturales y arquitectónicas en los monumentos que la adornan (p. e. la estatua de Cavour, por *Dupré*; la mole Antonelliana, por *Antonelli*); para observar en todas partes nombres, reliquias y estatuas de sus hombres más ilustres y en modo especial de príncipes de la Casa de Saboya.

Se yergue en la plaza San Carlos la estatua ecuestre de Emanuel Filiberto, en bronce, sobre un pedestal de granito.

Está representado en el acto de envainar la espada. A los lados del pedestal se ven bajo-relieves representantes la batalla de San Quintín (1557) y el tratado Château-Cambrésis (1559).

Por este estilo, se podría leer la historia de Turín y las glorias de la Casa Saboya, en los monumentos que las gene

raciones han levantado á su paso, como testimonio perenne de antiguas grandezas y de gloriosas hazañas.

Pero por amor á la brevedad, hagamos caso omiso de todo y doblemos la hoja.

*

Me dirigí al Oratorio de San Francisco de Sales, cuna de la Pía Sociedad Salesiana.

Renuncio á describir lo que experimenté al poner pie en ese gran Colegio, al volver á saludar después de tantos años á los que habían sido para mí padres y maestros, y al percibir el espíritu del Ven. Don Bosco aletear en la atmósfera de ese pequeño mundo.

Hay intimidades que es necesario dejar de describir para que, como esas flores que se conservan en los invernáculos, no pierdan su frescura y perfume.

*

El Oratorio es el primer fruto que dió el celo del Ven. Don Bosco. Este varón de Dios, después de haber estado llevando por varios años á la turba de los niños, ora á un lugar y ora á otro para catequizarlos, sentó sus reales en un barrio de la ciudad, *Valdocco* (vallis occisorum), lugar donde fueron martirizados los mártires Solutor, Aventor y Octavio.

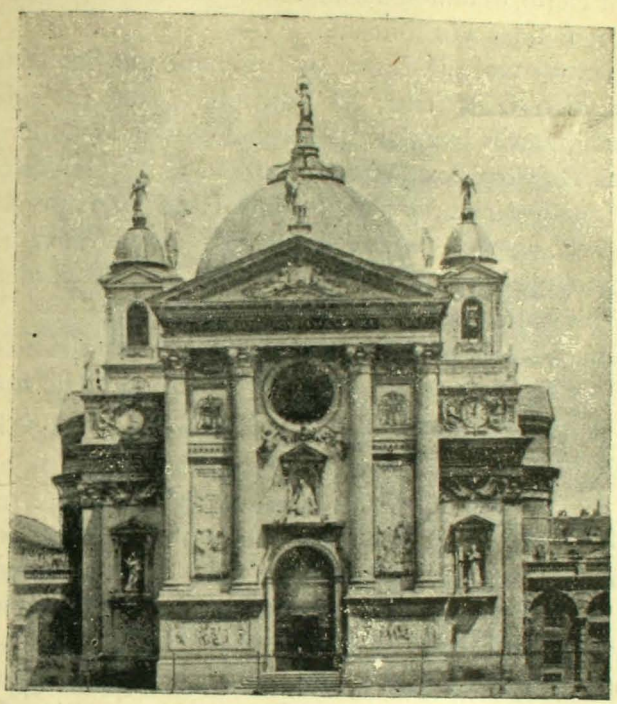
Ahí levantó un Asilo que se fué ensanchando hasta con tener un millar de niños, y junto al Asilo un templo monumental á María Auxiliadora.

No se podría explicar todo esto sin la intervención manifiesta y continua de la divina Providencia.

Cuando D. Bosco hubo terminado el templo, joya de arte, él mismo dijo con los ojos arrasados en lágrimas de gratitud:

— *Aedificavit sibi domum Maria:* María Auxiliadora ha sido la que se ha edificado el templo.

Cada una de las piedras de esta Iglesia es un monumento que atestigua una gracia alcanzada por la Virgen Auxiliadora á sus devotos.



Santuario de María Auxiliadora.

Ricos y pobres iban á deponer á los pies de D. Bosco sus ofrendas en señal de gratitud; y éste, el más pobre de los ministros de Dios, daba alimento y albergue á muchedumbre de niños, y emprendía cada día nuevas obras para la salvación de las almas.

Se cuenta de un conde que solía llevar personalmente sus limosnas á D. Bosco. Este se deshacía en acciones de gracias en nombre de sus pobres niños. Pero el conde le contestó una vez:

— No es usted quien debe dar las gracias á mí, sino yo á usted, porque desde que hago para sus hijos alguna limosna, veo aumentarse mis bienes.

Por cierto, es también ésta una de las recompensas terrenales prometidas á la limosna.

Mientras tanto D. Bosco ha fundado una Sociedad y le ha infundido su espíritu; ha multiplicado sus colegios, ha levantado nuevos templos, ha fundado escuelas-talleres, las *Lecturas Católicas*, los *Cooperadores Salesianos*, las *Hijas de María Auxiliadora*,.... y cuando no bastó la Europa para teatro de su apostolado, envió sus hijos á la América, para que reprodujesen en el Nuevo Mundo, lo que el dedo de Dios había obrado en el Viejo.

Esta es la historia apenas esbozada de la misión providencial de D. Bosco en el mundo. Ese hombre no ha muerto: vive y palpita en sus hijos. Y son sus hijos los que perpetúan sus obras!

*

Visitamos minuciosamente el Oratorio en su estado actual: recorrimos sus talleres y aulas, ocupadas por un millar de niños y jóvenes; y en todo notamos palpitantes y vivas las enseñanzas del Padre.

Nos detuvimos en el cuarto que, durante su vida, ocupaba el hombre extraordinario. Pero no hay en él nada que llame la atención: una modesta cama, un estante, un sencillo escritorio y varias sillas.

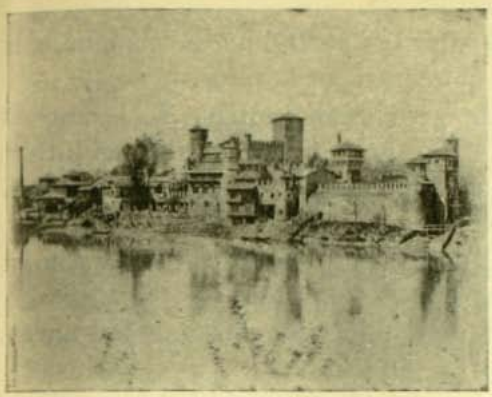
Al lado hay un pequeño Oratorio, donde el siervo de Dios solía rezar misa en los últimos años de su vida. Ahí tuvimos la dicha de celebrar nosotros también. Nos parecía en esos momentos que el espíritu de D. Bosco aleteaba á nuestro alrededor.

Sobre la puerta de su cuarto, el Venerable había mandado escribir:

Da mihi animas, caetera tolle.

«Señor, dame almas y llévate todo lo demás.»

Desde el lecho de muerte había dicho á sus hijos:
¡Trabajo, trabajo, trabajo!
Este fué el programa de su vida de sacerdote y apóstol.



Esta tarde, á la caída del sol, nos trasladamos á un lugar pintoresco, más allá del Pó—río que pasa por la ciudad, — paraje encantador, llamado *Valsalice*, por los muchos sauces *(Valle dei salici)* que bordan sus caminos.

Allá se yergue soberbio y espacioso, el Seminario de la Congregación salesiana, entre bosques de verdura y brisas de montaña.

En el centro del colegio, se contempla el monumento que encierra los despojos mortales del Venerable Padre.

Sombrean el monumento dos sauces de Babilonia, que con sus ramas flexibles, ramillas péndulas y hojas lanceoladas parecen llorar la muerte del grande hombre.

La mano de los hijos ha escrito en el frontis: *Circumdabunt te salices torrentis:* «Te rodearán los sauces del torrente.»

Besamos la losa marmórea que encubre las cenizas del Padre: esas cenizas que parecen bullir al calor del afecto de los hijos.... En ese beso, se nos fué un pedazo de alma y una lágrima.... Una lágrima que encerraba un mundo de recuerdos.... Porque habíamos vivido allí, junto á los despojos del Padre, en la edad de los sueños dorados y de las auroras de rosa.

Nos alejamos pensando como Don Bosco vive aún, y obra, y habla por sus hijos: *Defunctus adhuc loquitur.*

Y volvimos la mirada para saludar esos frondosos plátanos que sombrean el amplio patio, tantas veces mudos testigos de nuestros juegos bulliciosos.

Turín, Febrero 20.

Programa de hoy: Visitar la Catedral por la mañana, y la Obra providencial del Cotolengo por la tarde.

La Catedral, dedicada á San Juan Bautista, se levanta al lado del Palacio Real, como si esto quisiese indicar el íntimo connubio que existía en tiempos más venturosos entre el poder religioso y el civil.

Data del siglo XV; fué construida por Meo del Caprino en el estilo del renacimiento.

La fachada es de mármol; el interior consta de tres naves; la cúpula es octágona.

Detrás del altar mayor, hay la *Capilla del Santo Sudario*, construcción del siglo XVII por el teatino Guarini. La capilla es circular, de mármol bruno, casi negro, lo cual hace resaltar mucho los monumentos de mármol blanco con que la enriqueció el rey Carlos Alberto en 1843. Contiene estatuas, figuras alegóricas é inscripciones en honor de los más distinguidos abuelos de aquel magnánimo rey. Ahí se lee bajo el monumento de Manuel Filiberto (muerto en 1580): *Restitutor imperii*, restaurador del imperio; bajo el del príncipe Tomás (m. 1656): *qui magno animo italicam libertatem armis adseruit, nec prius dimicare destitit quam vivere:* que con magno ánimo afianzó con las armas la libertad itálica, y no dejó de combatir sino cuando dejó de existir.

Ahí se levantan también los monumentos de Carlos Manuel II (m. 1675), y el de Amadeo VIII (m. 1451).

Una urna de plata con la forma de sarcófago, sobre el altar, encierra el *Santo Sudario*, en el cual fué envuelto el cuerpo del Salvador, cuando fué sepultado.

Nos arrodillamos para orar ante ese Sudario, que nos estaba recordando toda la trágica Pasión y Muerte del Hijo de Dios....

Desde lo alto de la magnífica cúpula llovían en ese momento haces de luz que se reflejaban en un disco de rayos dorados que campea sobre el altar, y caían centelleantes sobre la urna de plata.

*

Nos hicimos anunciar; y entramos en ese pequeño mundo que se llama la *Casa* del Cotolengo ó mejor *de la Providencia.*

Ahí se encuentran reunidas todas las miserias de la humanidad.

Al ver tanto enfermo, me recordé de esa célebre frase de San Agustín: que la humanidad es un grande enfermo, cuyos miembros se extienden de un polo al otro.

Pero ví también que junto á tanto enfermo y herido, Dios había suscitado piadosos samaritanes en la persona de esas vírgenes que se han consagrado al servicio de la humanidad doliente.

Nos detuvimos á rezar en una capilla, cuajada de relicarios y de reliquias.

Ahí se conserva el cuerpo de San Vicente mártir, de Santa Eliana, de San Mauricio mártir. Ahí la calavera de Santa Cristina y la de un soldado de la Legión Tebana. Ahí, cerca de doce mil reliquias más.

Recompuso, con la brevedad de un relámpago, nuestra mente la historia de tantos mártires y de tantos santos... y quedó como aplastada bajo el peso de tantos y tan gloriosos recuerdos.

Día vendrá en que estos huesos, al sonido de la trompeta del Juicio Final, sentirán bullir en sí mismos la vida de la inmortalidad, y se levantarán para ir á ocupar un trono en la Jerusalén celestial. *Et exultabunt ossa humiliata.*

*

—¿Cuántos son los asilados en esta casa?— preguntamos á la Madre que nos acompañaba.

— Pasan de mucho los 5.000.

— Tendrá, sin duda, la casa — dije yo — alguna subvención fiscal para hacer frente á una parte siquiera de los gastos que exige la alimentación diaria de esta muchedumbre...

— El fisco, — repuso la Madre, — nos da algo, es cierto. ¿Y sabe Ud. lo que nos da? — dijo con dulce sonrisa.

— ¿Qué?

— El deshecho de todos los hospitales de esta ciudad y provincia: quiero decir, nos envía esos enfermos crónicos y desahuciados que en ninguna parte hallan cabida.

— ¿Y entonces?

— Jesús, como un tiempo, se apiada de la muchedumbre...

— Comprendo: repite aquí lo que en el desierto: *misereor super turbam.*

— Y nos envía lo necesario, — concluyó la buena Madre.

Habíamos llegado á la puerta de salida.

— Lea allá en la pared, — dijo la Madre.

Leí estas palabras escritas en caracteres de molde:

NOLITE SOLLICITI ESSE IN CRASTINUM:

«No seáis solícitos para el día de mañana.»

Esta frase es una de las que se leen en ese bello capítulo del Evangelio de San Mateo, en el cual Jesús habla de la Divina Providencia que cuida así del pájaro del aire como del lirio del campo.

—Este es el gran secreto, — concluyó la Madre.

Turín, Febrero 21.

La Consolata es el nombre de un Santuario, donde se venera una imagen de la Virgen, muy milagrosa. Lo atestigua una galería completamente cuajada de *ex-votos.*

Es de estilo *barocco.* El interior es decorado por Juvara. En la capilla de la izquierda bajo la cúpula, se ven las es-

tatuas en mármol, de María Teresa, esposa de Carlos Alberto, y de María Adelaida, esposa de Víctor Manuel II.

El *campanile* es del siglo IX.

En la plaza se levanta una columna eregida en 1830, desde la cual campea la Virgen, como testimonio de gratitud por la cesación del cólera-morbo, que había infestado la ciudad.

Una visita al Santuario de *María Auxiliadora* y de *La Consolata* es una casi obligación para todos los viajeros que llegan á Turín.

*

Una excursión á Superga. Se levanta en medio de pintorescas colinas, al este de Turín. Es una basílica, con peristilo, fundada por Víctor Amadeo II, Rey de Cerdeña, como cumplimiento de un voto por la liberación de Turín en 1706.

Superga.

Sirve de tumba á los Reyes de la Casa Saboya.

En una sala contigua se pueden ver los retratos de todos los Papas.

A la entrada de la cripta, se nota un grupo que representa á San Miguel, el cual aplasta al demonio, por Finelli.

Vuelvo cansado; y por el camino encuentro caballeros y damas deslumbrantes, á la par que pobres andrajosos.

Esto me recuerda lo que dijo no sé quien: *Vous verrez dans une seule vie toutes les extrémités des choses humaines:* es decir: Veréis en el mismo camino todos los extremos de las cosas humanas.

Turín, Febrero 22.

Hemos visitado el museo egipcio. Mucho nos han llamado la atención las momias. Las hay enteras y las hay corroídas por el tiempo. Algunas, bien conservadas, muestran su rostro negro, carnes enjutas, boca ancha y dos cavidades en vez de los ojos. Eso da miedo.

Otras, son una masa informe, donde se distinguen una calavera descarnada, unos mechones de cabellos, huesos cenicientos y dientes esparcidos. Esto es horripilante.

Confieso que hay materia para meditar sobre la nada del hombre.

Examinamos minuciosamente el papiro descubierto por Champollión, que contiene los fragmentos de los anales de Manethón — lista de los reyes de Egipto hasta la XIX dinastía.

Notamos dos enormes esfinges que estaban colocadas en la célebre avenida que unía los dos mayores templos de Tebas: una obra maestra del arte monumental egipcio.

Una cabeza colosal de un Faraón, la del Ariete — animal sagrado, — y la del Oráculo.

La famosa estatua de Ramsés II (Sesostris) en piedra negra.

Y muchísimas estatuas de divinidades egipcias, grandes y pequeñas.

Al ver la variedad de ídolos que adoraba el pueblo egipcio, se nos vino á la memoria lo de Bossuet:

«Esa buena gente lo adoraba todo, menos al Dios verdadero.»

Y la sátira de Juvenal:

«¡Oh buena gente, á los cuales les nacen los dioses en los huertos!»

Porque es sabido que adoraban hasta las cebollas.

Esta es una de las más grandes aberraciones de la razón humana al través de las edades.

Sólo la revelación cristiana, verdadera y única tabla de salvación, ha salvado á la humanidad de estos naufragios.

*

Dimos un vistazo á la *Armería Real.*

Hay allí muchos trofeos de victoria, muchas banderas que envuelven en sus pliegues recuerdos de hechos legendarios y prodigiosas hazañas.

Muchas corazas nos dan una idea de esos tiempos caballerescos, en que los hombres vestían acero y empuñaban el escudo. Se ve una armadura colosal llevada por un escudero de Francisco I de Francia en la batalla de Pavía (1525).

Hay verdaderas reliquias históricas.

Ahí, la espada de Benvenuto Cellini, y la de San Mauricio.

Ahí, el caballo favorito de Carlos Alberto, la armadura del príncipe Eugenio y del duque Manuel Filiberto, y una silla de montar del emperador Carlos V.

A pesar de tantas prendas gloriosas y reliquias históricas, no me sentía á mis anchas en la Armería, como si la sangre que debió de teñir esas armas, clamase venganza... ó como si sobre mi cabeza estuviese balanceándose, colgada de un hilo, la espada de Dámocles.

Milán, Febrero 23.

Una observación psicológica.

En el camino de Turín á Milán, en un paraje, cuyo nombre no figura en ningún mapa, tuvimos ocasión de ver á un hombre entrado en años, de talla hercúlea, de cabellos casi completamente negros y de barba blanca.

Un compañero de viaje me preguntó á qué se podía atribuir eso de la barba blanca y de los cabellos negros.

Le contesté, no sé con cuantos puntos de verdad:

— Ello se debe á que las mandíbulas han debido trabajar más que la cabeza.

Milán.

Entre chistes y bostezos, hemos llegado á Milán, la antigua y renombrada *Mediolanum* de los Romanos.

En el año 313 el emperador Constantino decretó esta ciudad capital de la Italia superior. En el mismo año publicó el célebre *edicto de Milán*, por el cual declaraba el catolicismo religión del Imperio.

Fué entonces cuando la Religión cristiana, hija del cielo, salió de las oscuridades de las Catacumbas para sentarse á la faz de todo el mundo en el trono de los Césares.

Más tarde ilustró la cátedra arzobispal de la ciudad el gran San Ambrosio, que con su firmeza tuvo á raya al mismo Teodosio.

El cual, después de haber hecho penitencia como David á las puertas del templo, por la matanza de Tesalónica, hubo de confesar que no había conocido en su vida más que un hombre que había sido capaz de decirle la verdad: Ambrosio.

*

Atila con sus hordas vandálicas pasó por Milán y la arrasó (452). Arrasóla también más tarde (1162) Federico Barbarroja. Fué sometida después á la dominación de los Visconti y á la de los Sforza.

Bajo estos últimos, Milán se ilustró en las artes, habiendo hospedado por largos años á Bramante y Leonardo de Vinci.

Fué durante siglos la manzana de la discordia entre españoles, austriacos y franceses.

El 26 de Mayo de 1805 Napoleón ciñó en Milán la corona de hierro y se proclamó rey de Italia. Eugenio Beauharnais fué nombrado virrey, y estableció su residencia en la cercana Monza.

Empezó después la era de las insurrecciones: Milán intentaba comprar su libertad á precio de sangre. Sostuvo luchas titánicas contra el Austria.

Finalmente el 8 de Junio de 1859 fué anexada al nuevo reino de Italia.

*

La visita obligada y primera es al célebre *Duomo,* que los milaneses llaman: *la octava maravilla del mundo.*

Imposible describir la emoción que experimenta el alma la primera vez que se le ve. Queda extática ante la soberbia majestad del edificio que mide una superficie de 11.700 metros cuadrados. Y después se siente como arrastrada á las alturas, al contemplar la artística cúpula y la torre que se desprende de ella y se lanza á una elevación de 108 metros desde el suelo.

Las 98 torrecillas góticas que rodean el techo parecen levantar el espíritu á Dios y pedir una plegaria...

Ahora palpo y siento la razón y la verdad de esta frase del docto Saken: « El estilo gótico es el estilo del cristianismo ».

La parte exterior está adornada con cerca de 2.000 estatuas de mármol, de la cual una, en el costado oriental, representa á Napoleón I.

Los vidrios pintados del coro son los más grandes del mundo.

La iglesia fué consagrada el 20 de Octubre de 1577 por San Carlos Borromeo.

Está construida en forma de cruz latina.

Apenas se entra, el espíritu queda como flotando en las grande arcadas de las cinco naves...

Contamos 52 enormes columnas: las dos de la entrada son dos monolitos de granito de Baveno.

Las estatuas de los lados representan á San Ambrosio y á San Carlos Borromeo.

El pavimento es de mosaico de mármol.

Nos adelantamos y oramos un tantico ante el Smo. Sacramento. Ahí sentimos la augusta presencia de Dios.

Nos detuvimos á contemplar los monumentos y preciosidades artísticas que enriquecen la catedral; sobre todo un hermoso cuadro de Baroccio que representa á San Ambrosio en el acto de absolver á Teodosio; el viejo crucifijo de

madera que San Carlos Borromeo llevó en procesión, los pies descalzos, durante la peste de 1576; un precioso candelabro de bronce de siete brazos, del siglo XIII; y el *Tesoro.*

El Tesoro, que se conserva en la sacristía, comprende el *Evangeliario* del arzobispo Ariberto, dos dípticos en marfil del siglo VI, un vaso de marfil del obispo Godofredo, etc.

En la cripta, dentro de una caja de plata, se conserva el cuerpo de San Carlos Borromeo; y en el ábside, dentro de una urna de cristal de roca, un clavo de la Santa Cruz.

Desde la torre de la catedral se domina toda la ciudad y se goza del panorama más encantador. En esas alturas, en el centro de un horizonte que parece no tener límites, el turista más despreocupado siente surgir del fondo de su sér esta exclamación: —¡Cuán grande es el Creador!

Y por antítesis: —¡Cuán pequeño es el hombre!

En verdad, desde arriba los hombres parecen hormigas que se agitan, se cruzan, se muerden...

El *Duomo* está dedicado á la Natividad de la Virgen, cuya estatua de 4 metros de altura, de cobre dorado, se eleva sobre la agulla de la cúpula. Desde allí parece proteger con su manto la ciudad de Milán.

Milán, Febrero 24.

¿Quién no ha oído hablar de la *Cena* de Leonardo de Vinci?

Expresa la escena del Evangelio cuando Jesús sentado á la mesa con los Apóstoles, después de haber consagrado su Cuerpo y su Sangre, les dice: — «Uno de vosotros me hará traición».

La serena y tranquila tristeza del divino Maestro, la turbación de los apóstoles que se preguntan: ¿quién será?; la dulce expresión de Juan con su bella cabeza inclinada y los ojos medio velados por el sueño; la hipócrita extrañeza de

Judas, con su rostro feo y cuerpo echado atrás, todo es admirable en aquel cuadro. Se diría que los personajes hablan y se agitan, como si un soplo de vida animase ese fresco, bastante deteriorado por el tiempo.

La Cena.

Es fama que Leonardo, tan escrupuloso en los detalles, trabajaba lentamente en la *Cena* y pasaba largas horas contemplando su trabajo; otras veces apenas llegaba á tomar el pincel y se marchaba luego para otra parte.

Debido á esto, la *Cena* fué concluida en el espacio de dieciséis años. Pero salió tan perfecta que se considera con justicia la obra maestra de Leonardo; y no hay casi refectorio de Comunidades religiosas donde no campee en lugar de honor una copia de la admirable obra.

El original, muy borrado, se puede ver en el refectorio del antiguo convento, anexo á la iglesia de *Santa Maria delle Grazie*. Mide 9 metros de largo por 5 de alto.

En la misma sala se puede ver un hermoso fresco, mejor conservado, que representa la *Deposición de N. S.*, por Bonato Montorfano; y un retrato del duque Ludovico el Moro, su esposa é hijos, por Leonardo.

*

Una visita á la iglesia anexa, *Santa Maria delle Grazie* (de las Gracias).

Es una obra del siglo XV. Su cruz arquitectónica, la bella cúpula y el coro ricamente decorado, son obra de Bramante.

Hay frescos de mucho valor artístico: notamos sobre todo los de Gaudencio Ferrari, de Caravaggio y de Luini.

Notable es el *San Juan Bautista* — cuadro del altar de la 2ª capilla á la derecha, — de Bugiardini.

*

Después de haber gozado ante la *Cena*, de todos los primores del arte, no podíamos acabar nuestra jornada sin rendir nuestro homenaje de admiración á Leonardo de Vinci, cuya estatua se levanta en la plaza de la *Scala*.

Monumento á Leonardo de Vinci.

La estatua, de tamaño algo más que natural, es obra de Magni. Apoya sobre un pedestal de mármol de Carrara, y está rodeada por las estatuas de los cuatro principales discípulos del artista: Marco de Oggiono, César de Sesto, Salaino y Boltraffio. En los costados hay bajo-relieves que representan algunos episodios de la vida de Leonardo.

Milán, Febrero 25.

Al pío *Instituto de Sordomudos.*

El director tuvo la galantería de acompañarnos y darnos todas las explicaciones del caso.

Hizo desfilar ante nosotros la sección de los niños más pequeños. Y comenzó varios ejercicios de pronunciación que esos pequeñuelos iban repitiendo con grandes esfuerzos. Se les veía alargar el cuello, arrugar la frente, hincharse las venas, ponerse roja la cara.... y después de todo, muchas veces se les salían acentos inarticulados y gritos estridentes...

¡Pobres muchachitos! daban lástima.

— Estos han llegado hace cosa de un año, — dijo el director, — y por medio del ejercicio cuotidiano fonético, á macha-martillo, de mudos que eran, han hecho los progresos que Ud. ve. Note que ellos, siendo sordos, entienden lo que yo digo sólo por el movimiento de mis labios. Vea.

Y silabeó despacio, sin pronunciar las palabras, este saludo: — *Buon giorno.*

Y esos pequeñuelos repitieron, abriendo desmesuradamente la boca y enarcando las cejas: — *Buon giorno.*

— ¿Y este es el método, — dije, — de que se sirven para obtener tan prodigiosos resultados?

— Sí, es el método intuitivo, el cual se basa en el movimiento de los labios y de la lengua: el método mímico antiguo, el de enseñar el abecedario por señas de la mano, es prohibido en nuestro reglamento.

Hay unos más adelantados que otros, — añadió. — A ver, *Peppino,* — dijo volviéndose á un gracioso niño, — dime el *Avemaría.*

Y este adelantándose dos pasos, empezó: — *Dio ti salvi, Maria, piena sei di grazie, il Signore è teco, tu sei benedetta...* — y no pudo acabar.

— Bien, bravo. Siga *Tonino.*

Y otro muchacho, de ojos azules, siguió: — *Santa Maria, Madre di Dio, prega per noi peccatori, adesso e nell'ora della morte nostra. Amen.*

Tonino había acabado haciendo esfuerzos hercúleos, como si sacase las palabras una á una del fondo de sus entrañas.

Pasamos á la sección de los más adelantados; éstos estaban en sus talleres.

— Hay talleres, — dijo el director, — de carpintería, zapatería y sastrería, con el fin de dar á estos muchachos un pan con que pasen honradamente la vida. Después de varios años de aprendizaje en el habla y en el oficio, ya salen al mundo y logran hacerse entender y ganarse la vida.

— Obra es ésta muy cristiana y altamente humanitaria: ¿ quién ha sido su fundador ?

— El conde Pablo Taverna. Hace cuatro años, celebramos el centenario del nacimiento del fundador, y el quincuagésimo aniversario de la fundación del Instituto.

Entramos en el taller de Carpintería.

— Dad la bienvenida á este Señor, — dijo el director á los jóvenes obreros.

Se me acercaron diciéndome casi á gritos y silabeando cada palabra :

— *¿ Come sta, Signore ?*

Yo me puse á gritar como ellos: — *Grazie, sto bene ; e voi ?*

El director me hizo observar que por más que yo gritase no me habrían oído, pues los muchachos se guiaban sólo por el movimiento de los labios. Lo había olvidado.

Y seguimos conversando: ellos emitiendo las sílabas, con intermitencias de voz y esfuerzos de la laringe ; yo moviendo, algo exageradamente, los labios.

Nos saludamos como viejos amigos.

Pasamos á los otros talleres. La misma cordialidad. Quisieron saber cómo me llamaba, de dónde venía.... A este

punto el director les hizo preguntas sobre geografía y catecismo: á todas contestaron bien.

— *Mi rallegro molto del vostro profitto, e vi saluto. Addio,*— les dije alejándome.

— *A rivederla,* — contestaron.

Me despedí del director, dándole gracias por su caballerosidad, y me dirigí paso tras paso al vecino Colegio Salesiano, diciendo para mis adentros: Aristóteles negó que el sordomudo pudiera tener conocimientos humanos; ¿qué habría dicho el filósofo si hubiera asistido á esta visita?

Por el contrario decía Gerónimo Cardano que es posible instruir al sordomudo y que es un crimen no hacerlo *(crimen est!)*.

Tenía razón. La caridad cristiana ha hecho hablar á los mudos.

¡Gloria al fundador y á quien fué su ilustre colaborador, el sacerdote D. Julio Tarra!

*

El Colegio Salesiano es un hermoso y bien cultivado plantel de educación.

El edificio nuevo, estilo lombardo, es imponente, espacioso é higiénico. Está repleto de alumnos que reciben allí el pan del alma y de la inteligencia. Sobre ellos preside un cuerpo de profesores y maestros competentes, y sobre todos el espíritu del Ven. Don Bosco.

Además de las clases preparatorias y de humanidades, el Colegio abraza la Escuela de Artes y Oficios.

Digno de encomio es el Taller de escultura. Y esto está bien en una ciudad, que por su gusto artístico fué llamada la *Atenas de las Artes.*

En los colegios del Ven. Don Bosco se respira una atmósfera de alegría y de piedad. Vivas son aún esas enseñanzas del Padre á sus hijos:

— Servid al Señor con alegría.

Y además: — Hijos míos, quiero de vosotros tres **S** (eses), es decir: os quiero **S**anos, **S**antos y **S**abios.

Milán, Febrero 26.

Dios mío, ¡qué solos
se quedan los muertos!

Habíamos leído estas palabras, y nos habíamos propuesto en nuestro viaje no dejar solos á los muertos.

Henos, pues, aquí en el Cementerio monumental *(Cimitero monumentale)*, que es uno de los más vastos y artísticos de Italia.

Hace cincuenta años que se comenzó á construirlo. El frente es de estilo lombardo: el centro contiene el *Famedio*, donde descansan los restos de Alejandro Manzoni, ilustre poeta y escritor milanés.

Leo: *Maneat nomen sicut monumentum:* Se eternice el nombre de los héroes como monumento.

Sigo y admiro sobre todo un *Cristo muerto* de Pellini, un *Cristo* de Astorri, un *Angel* de Panzeri, otro *Angel* sentado de Tantardini. De este último es también el *Angel* del *Juicio* sobre la tumba *Latuada.*

Me sorprende la vista de unos monumentos coronados y ceñidos con fresca hiedra, como si la frescura y verdor de esta enredadera me estuviesen hablando, en medio de los destrozos de la muerte, de la eterna juventud del alma.

Me llama la atención el monumento de un angelito, que había pasado de esta vida antes que la malicia engañase su alma ó cambiase su entendimiento. Había sido una flor apenas entreabierta, cortada en la mañana, antes que agostase su fresca corola el calor del sol. En la cima del monumento había ángeles que jugaban . . .

¡ Qué idea tan bella ! Ese ángel había acabado sus juegos infantiles en la tierra, y los había continuado en el cielo.

*

¡Un Crematorio! Me horroriza la idea de quemar los cadáveres, como si quisiesen los vivos lanzar al viento las cenizas de los muertos..... como si quisiesen borrar de esta tierra sus huellas y su memoria . . .

Se me figura oír, mezclada al chasquido del fuego, la voz del profeta: *Periit memoria eorum cum sonitu:* la memoria de aquéllos fenece como ese estridente sonido. . .

Me horroriza esta idea, como si á la voz del ángel que llamará á la vida todas las generaciones, debiesen esas cenizas gemir y sufrir violencia para reconstituirse en cuerpo.

Sobre esas cenizas no sienta bien el saludo cristiano:

Paz á los muertos.

Sólo se puede escribir sobre ellas, el epitafio pagano:

Terra sit tibi levis:
Te sea ligera la tierra.

¡Cuán fría es esta expresión! Contiene todo el hielo de la tumba. Al pronunciarla se me hiela el alma.

*

Son las 11 de la mañana: los rayos del sol calientan la tierra, y yo tengo frío. Tal vez el frío del alma se ha comunicado al cuerpo.

Pero leo al pie de un grande *Cristo:* « En verdad os digo que todos los que duermen en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios, y avanzarán los que hicieron el bien hacia la resurrección de la vida. »

Cada palabra fué una ráfaga de aire tibio que espiró dulcemente sobre mi espíritu. En esas palabras palpitaba la idea cristiana.

*

No puedo callar la impresión profunda que causa en mí la vista del monumento elevado á la memoria de David Albertario. ¿Quién no lo ha oído nombrar á este adalid de la

fe, que con su pluma y energía tuvo á raya á los enemigos de la causa católica? *L'Osservatore cattolico*, diario de Milán, recibía de este sacerdote el aliento y la vida.

Don David Albertario, apenas bajó á la palestra, hizo suya la doctrina de D'Ondes Reggio, — que el Catolicismo es doctrina completa, á la cual es delito quitar ó añadir cualquier ápice : — y por esto fué implacable con las modernas herejías.

Su lema fué siempre éste: *Por el Papa y con el Papa.*

Y si alguna vez sentía desfallecimientos en su carrera periodística, era cuando *tepebat certamen*, como se lee en el oficio ambrosiano de san Sebastián; porque su espíritu, del temple del acero, tenía necesidad de lucha encarnizada así como el hierro necesita del uso continuo para conservar su brillantez.

Tuvo que sufrir horriblemente como todas las almas grandes; fué llevado á la cárcel de Finalborgo, como el último malhechor, por haber desplegado á todos vientos la bandera de la fe . . .

Así nos lo indica el ángel que en lo alto del monumento despliega la bandera.

Al alejarnos sentimos más fortalecido nuestro espíritu, y recordamos en buen hora esos versos de Hugo Foscolo:

A egregie cose il forte animo accendono
L' urne dei forti.

Encienden el ánimo para grandes cosas, las cenizas de los fuertes.

Milán, Febrero 27.

No tengo tiempo sino para tomar nota de muchas cosillas que se me habían quedado en el tintero.

Milán posee la grandiosa Galería *Vittorio Emanuele*, la más bella, sin duda, de Europa. La ideó y construyó el arqui-

tecto Mengoni, que se mató cayendo desgraciadamente desde el armazón. Tiene la forma de cruz latina, y en el centro una cúpula de 50 metros de altura. Es larga 195 m., y ancha 15.50.

Está adornada de 24 estatuas, que representan á célebres italianos.

*

Notable es el cuadro que representa el célebre *Sposalizio* de la Virgen, pintado en 1504 por Rafael. El templo que se admira en él es un presagio de las construcciones de Bramante, y el conjunto recuerda el cuadro del Perugino, en el cual se inspiró Rafael.

Las compañeras de la Virgen, los pretendientes con sus varillas secas, la belleza de María, es algo encantador y digno del pincel del gran maestro

*

Milán es rica en obras de artes. Sus pintores han concebido bajo mil formas la belleza *delle Madonne*, han dado vida y colorido á los episodios de la Pasión, y alas vaporosas á los ángeles de sus concepciones. Ellos, los pintores, han hablado por medio del pincel y de sus cuadros.

La iglesia de San Mauricio, p. e., es riquísima de frescos de Luini.

*

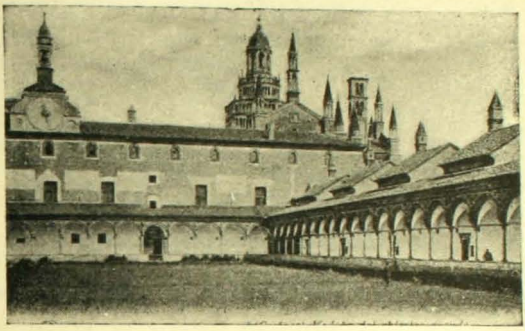
En el *Museo Civico*, hay ricas colecciones de historia natural. Se estudian allí las diversas épocas del mundo. La paleontología y etnografía tienen valiosos ejemplares.

En la Biblioteca Ambrosiana se pueden ver varios autógrafos de San Alfonso de Ligorio, de San Carlos Borromeo, de Galileo, Tasso y Ariosto; y un Virgilio con notas marginales de Petrarca.

*

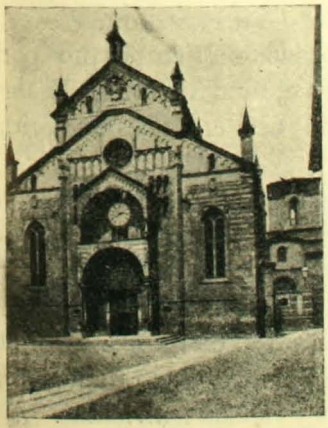
Una excursión á la *Cartuja* de Pavía. Fué fundada en 1396 sobre los planos de Marcos de Campione, en estilo gótico.

Estupenda es la fachada de esta iglesia, adornada de estatuas y bajo-relieves artísticos. Es tal vez la mejor fachada concebida en el siglo XV y la mejor obra de ornamentación del norte de Italia. En el interior, Borgognone ha derrochado bellezas en sus obras de pintura.



Cartuja de Pavía

Al rededor de la *Cartuja*, tuvo lugar el 24 de Febrero de 1525, la célebre batalla de Pavía, en la cual Francisco I fué hecho prisionero por Lannoy, general de Carlos V. Fué entonces cuando el rey francés escribió á su madre: *Todo está perdido, menos el honor.*



La Madonna delle Grazie (Brescia)

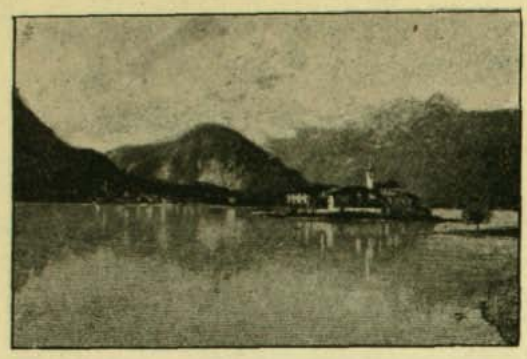
Verona, Febrero 28.

Con rumbo á Venecia, la reina del Adriático.

Dejamos atrás á Brescia, la *Brixia* de los Galos. La gloria artística de esta ciudad está ligada al nombre de Alejandro Bonvicino, llamado *il Moretto.*

Este célebre pintor ha trabajado exclusivamente en Brescia.

Bajamos unas horas en *Desenzano sul Lago,* sobre el lago de Garda.



Lago de Garda.

Este es el *Lacus Benacus* de los Romanos y es el más grande de todos los lagos del norte de Italia. Como el mar, tiene aguas azules, que, según lo que dice Virgilio en sus *Geórgicas*, se agitan como el mar durante las tempestades.

En la plaza del pueblo se levanta una estatua á Santa Angela Merici, cuya patria fué Desenzano. La Santa instituyó la Orden de las Ursolinas, primera Orden no claustral, y murió en Brescia el 27 de Enero de 1540.

Pio VII la canonizó en 1807.

Aunque no estamos muy sobrados de tiempo, no podemos menos de recorrer Verona. Es ciudad histórica. Esclava del feroz Ezzelino de Romano, vió una era de prosperidad bajo los Escalígeros.

Aun se admira un mausoleo gótico *(Arche degli Scaligeri)*, tumba de la familia *della Scala.* Esta tumba es un poema silencioso de piedra, que parece encerrar dentro de su verja de hierro toda la melancolía de una centuria.

En ese tiempo se desarrolló el idilio de Romeo y Julieta, que inspiró á Shakespeare. Es un episodio lleno de lágrimas que nos recuerda pasiones bravías y luchas fratricidas.

En 1405 Verona pasó al dominio de Venecia y quedó bajo su poder hasta los últimos días de la república.

Verona.

La ciudad ocupa en la arquitectura, aun hecha abstracción de sus construcciones medioevales, un lugar importante. Fué patria de Miguel Sammicheli (1484-1559), el más célebre ingeniero militar de la Italia Septentrional, y de Fray Giocondo de Verona (1435-1514), uno de los más célebres arquitectos de los principios del renacimiento.

En pintura se distinguieron, siglo XV, Víctor Pisano, Liberale de Verona, los Morones, y Pablo Morando llamado *Cavazzola*.

En el *Cimitero* una avenida de cipreses da un aspecto sombrío á las tumbas. En lo alto del frontón, un profeta profetiza sobre huesos áridos, y un ángel con una trompeta los llama á la vida.

Venecia, Febrero 29.

Nos sentimos arrastrados hacia Venecia sin podernos detener en Padua. Lo haremos á la vuelta.

¡Venecia! ¿Quién no siente los encantos de este mágico nombre?

Verla como flotar sobre las aguas, sentir el ruido de las olas que van á romperse contra sus muros, ver los cientos

de canales que la cruzan como venas, contemplar las góndolas cadenciosas que se deslizan blandamente sobre el agua; esto es algo deliciosamente bello.

No se sabe por donde comenzar al visitar esta ciudad anclada en la mar, porque todo atrae y cautiva.

—Una góndola,—gritamos; y henos resbalando como una sombra por el Canal Grande.

Canal grande.

Detrás va el gondolero, de pie, sobre la base delgada y casi aérea de la punta de la góndola.

Bogamos en silencio. Por todas partes flota esta estrofa de Clemente Barbieri:

Nei cieli è un'effusa dolcezza
di candidi sogni vanenti;
ne l'aria è una blanda carezza
di care visioni splendenti.

En los cielos hay una dulce efusión de ensueños cándidos; en el aire juguetean blandas caricias de visiones esplendentes.

A lo lejos se sentía el canto de una barcarola. Las notas musicales parecían alejarse al ras del agua...

La ciudad estaba envuelta en hebras de luz.

Mientras la góndola avanza lentamente, se van desplegando ante la vista, como en un variado cinematógrafo, palacios de mármol rosado que se levantan con sus cimientos de piedra desde las mismas aguas, las verjas de hierro de las ventanas, los adornos decorativos de épocas diferentes... todo bañado de luz y colorido.

*

—*Santa María della Salute*,—nos grita el gondolero, indicándonos la iglesia de este nombre, con sus elevadas cúpulas.

La construyó Longhena, y fué cumplimiento de un voto que hizo el Senado cuando una plaga terrible azotó á Venecia en 1630.

Nos bajamos para visitarla. Las columnas monolitas que sostienen las arcadas del coro provienen de un templo romano de Pola (Istria). Hay obras de los maestros Giordano, Ticiano, Tintoretto, y otros.

Seguimos nuestra silenciosa marcha por el Canal entre doble fila de palacios de diversos estilos.

Los estilos normando y gótico con sus columnitas y pequeños arcos, sus ojivas y balcones, contrastan mucho con la masa de piedra negruzca de las construcciones clásicas griego-romanas.

De trecho en trecho el gondolero gritaba:

— *Palazzo Corner della Cà Grande*, construido por Sansovino (siglo XVI), actualmente prefectura.

— *Palazzo Rezzonico*, por Longhena. *Palazzo Foscari*, estilo gótico. *Palazzo*....

Y así seguía á medida que avanzábamos, dándose ínfulas de *cicerone*.

— *Ponte di Rialto*.

Se compone de un solo arco en mármol de 27 m. y 70 cm. de abertura y 7 m. y 50 cm. de alto....

Mientras tanto flotaba fresca como brisas de mar, en mis oídos esa canción popular:

Sotto il ponte di Rialto....

— *Cà d'oro,* la casa de oro, la más bella de los edificios de estilo gótico, del siglo XV.

—*Gli Scalzi,* iglesia tal vez la más rica del estilo barocco. Posee un fresco de Tiépolo. Cerca de la entrada se halla la tumba del último dux veneciano con este lacónico epitafio: *Manin Cineres,* cenizas de Manín.

Acabó la letanía del gondolero, y volvimos silenciosamente por el canal hacia la *Piazzetta.*

No se siente en Venecia el estridente ruido de los coches, ni el traqueteo de los carros, ni se corre peligro de ser atropellados por automóviles ó tranvías; pero hay una plaga de la cual difícilmente el turista se puede librar, la de los guías autorizados y no autorizados, que quieras ó nó, han de seguirte y repetirte al dedillo, como cantilena, todo su farragoso caudal de ciencia.

Me pude librar de este terrible enjambre de langostas humanas, que por donde posan dejan huellas imborrables....

A pocos metros del desembarcadero hay dos columnas muy altas de granito, una de las cuales lleva en su cima el león de San Marcos, y la otra, la estatua de San Teodoro aplastando un cocodrilo. Estos dos emblemas, colocados en la gran portada de Venecia, parecen formar guardia de honor á la Reina del Adriático.

Avanzando un poco nos haliamos en plena plaza, que es el corazón de la ciudad.

Quedo estupefacto ante la Iglesia de San Marcos que queda á la derecha, y exclamo como Jacob después de haber visto maravillas en sueño: — *¡Oh! ésta es la mansión de Dios.*

Al frente de la Basílica hay tres enormes porta-estandartes, destinados á sustentar los mástiles donde flameaban al viento los legendarios pabellones rojos con el león de San Marcos.

A la izquierda queda la vasta extensión de terreno circundado por las *Procuradorías,* que servían de habitación á los nueve procuradores, los más poderosos funcionarios de la república, después del dux.

Por delante, el edificio del *Orologio* (del Reloj), que abre paso á la popular calle de Mercería y barrio de Rialto.

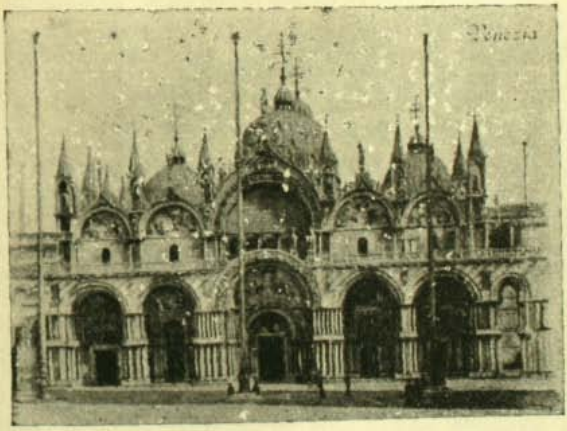
La plaza tiene la forma de un gran trapecio escasamente pronunciado, cuyos lados los forman soberbios edificios y tiendas deslumbrantes de lujo.

Esto da á la plaza el aspecto de un gran salón. El mismo Napoleón I, celebrando en cierta ocasión el magnífico espectáculo de esta plaza, dijo á los de su comitiva:—Verdaderamente no existe en el mundo otro salón comparable á éste.

Nota característica de la encantadora plaza son las bandadas de palomas que revoloteando acuden allí en ciertas horas del día en busca de alimento.

Digno de mención es el célebre Café Florian, centro de reunión de la *haute société*.

Allí se dieron cita célebres artistas y literatos, y fueron sus clientes Goldoni y Wagner.



San Marcos

Examinemos de cerca la basílica.

Arcos bajos y redondos soportados por un sinnúmero de columnas de mármol; innumerables mosaicos resplande-

cientes; planchas marmóreas de diverso color; por todas partes profusión de estatuas y relieves; torrecillas esbeltas; muchas cúpulas de bronce, coronadas de bolas doradas, que despiden reflejos de luz á los rayos del sol: tal es el conjunto armónico y deslumbrante que se presenta á los ojos del espectador.

Campea en la fachada la estatua del Evangelista, debajo de la cual se ve el legendario león, como encarnación de la República.

La basílica es de estilo bizantino mezclado con otros estilos en admirable fusión y armonía.

Más de 500 columnas de mármol, traído la mayor parte de Oriente, la adornan adentro y afuera. Los mosaicos cubren una superficie de 4.240 m².

La iglesia tiene la forma de una cruz y es larga 76 metros y 50 centímetros; ancha, metros 51.80.

El interior resplandece en oro y piedras preciosas: ahí están sembrados con profusión el diaspro, el ágata, el verde antiguo, el serpentín.

El esplendor de este Paladio religioso sobrepuja toda ponderación. No es un esplendor fatigoso, sino más bien suave por ir envuelto en la patina de los años.

El interior se nos presenta como un grandioso museo donde la religión y el arte han acumulado las riquezas de varias centurias.

Los mosaicos, representan hechos sagrados del antiguo y nuevo Testamento.

Es toda una visión de Santos, anacoretas, profetas, *madonne*, que pasan ante la vista. Esa visión parece del todo celestial cuando el sol desde las altas vidrieras derrama en la iglesia sus hebras de oro.

La basílica de San Marcos goza además de venerandas tradiciones.

Ahí fué donde el dux Lorenzo Celsi, de rodillas, ciñó el gorro ducal; desde la tribuna de la izquierda Enrique Dán-

dolo arengó á los Cruzados, lanzándoles á la conquista de Tierra Santa; en el atrio, donde se ve un pequeño mármol oscuro, delante de la puerta, Federico Barbarroja postrábase á los pies del Papa Alejandro III.

Por esto el veneciano ama á San Marcos, y al león que lo simboliza, como se ama el hogar de familia ó el pendón que simboliza las glorias de la patria.

*

Merecen particular mención, además de la *Pala d' oro*, —obra maravillosa de la joyería bizantina, destinada á servir de frontón de altar,—algunos de los objetos del *Tesoro*.

Escribe un Autor veneciano del siglo XVIII:

«La fama del Tesoro de San Marcos exige que tratemos sobre él. Podemos considerarlo como Santuario y como Tesoro.

En cuanto al Santuario hanle enriquecido muchas preciosas insignes Reliquias. De éstas son las principales: una ampolla con sangre milagrosa que brotó de una Imagen de Jesucristo, crucificado por los hebreos de Berito en los años 675 del Señor, bajo el imperio de Constantino apellidado Coprónimo; del cual suceso prodigioso hacen mención muchos célebres escritores.... Se ve además una Cruz de oro, adornada con varias joyas y dentro de ella parte del madero de la santa Cruz. Admírase todavía una singular Cruz del santo Leño, larga de casi medio brazo.

Uno de los cuatro Clavos con los cuales Jesucristo fué clavado en la Cruz. Una espina de la Corona del Redentor. Un trozo de la Columna á que fué atado cuando le flagelaron. Parte del cráneo del precursor San Juan Bautista. El Evangelio de San Marcos, escrito por su mano. Un fragmento del brazo derecho de San Lucas. Una costilla de San Esteban. Un dedo de Santa María Magdalena. Un brazo de San Jorje mártir. Un brazo de San Magno. Una pierna de

San Teodoro... con muchas otras, todas ellas reliquias insignes. Finalmente el año 1732 colocaron allí los huesos de la pierna derecha de San Pedro Orséolo, finado dux veneciano, en una cajuela de trabajo exquisito.

Si se considera como *Tesoro*, es aquello rico en cosas rarísimas é inestimables. Entre ellas principalmente se cuentan doce Coronas Reales, y otros tantos Pectorales, todos de oro purísimo y adornados con joyas y perlas de tamaño extraordinario. Vense todavía diez rubís que pesan más de ocho onzas cada uno, regalados á la Señoría Serenísima Véneta por Juan Cautacuzeno, emperador de los griegos, en 1348. Un zafiro que pesa diez onzas... El sombrero y espada que mandó el Papa al Serenísimo dux Francisco Morosini, conquistador del reino de Morea. Sobre todo admírase el Gorro Ducal, con que se corona al príncipe recién creado....»

Y habría mucho más que enumerar, si no tuviésemos miedo de traspasar los límites de la brevedad.

Venecia, Marzo 1.º

Estudiando Venecia, se podría reconstituir toda su gloriosa historia. Su primer dux fué Paulucio Anafesto que murió en 716. Con Enrique Dándolo comenzó el poderío de la república en Oriente.

La soberbia Bizancio cayó en poder de los occidentales; y el león de San Marcos flameaba sobre las espléndidas cúpulas de Santa Sofía y sobre las fortalezas.

Fué entonces cuando los venecianos se llevaron, como botín de guerra, los cuatro caballos de bronce que hoy se ven sobre la terraza de San Marcos.

A la sazón Albertino Mussato llamaba á Venecia: *Maris Adriatici dominatrix*: Señora del Mar Adriático.

Más tarde con Andrés Dándolo, Venecia venció á su rival Génova (1352).

Marino Faliero, sucesor de Dándolo, queriendo abatir la aristocracia, fué decapitado como reo de alta traición.

Viene después una lista de dux que supieron ilustrar su patria: Andrés Contarini, Antonio Venier, Miguel Steno, Francisco Foscari, el cual fué depuesto después de laboriosa carrera.

El siglo XV vió a Venecia en el apogeo de su grandeza. Su flota tuvo parte gloriosa en la victoria de Lepanto en 1471.

Su último dux fué Ludovico Manín (1797).

Después de varios acontecimientos, en 1866, Venecia fué anexada al nuevo reino de Italia.

*

Los Venecianos van orgullosos de sus glorias patrias: ellos os las podrían contar una á una. Son como tradiciones sagradas que los padres van legando á los hijos.

De la escuela de Juan Bellini salieron los principales representantes de la pintura veneciana: Barbarelli, llamado *Giorgione*, Palma el Antiguo, y sobre todo *Tiziano* que se llevó la palma por más de medio siglo.

Estos grandes maestros han transfundido su alma, su fe y su genio en las obras que han legado á la patria.

Los siguen muy de cerca Lorenzo Lotto, Sebastián del Piombo, los Bonifacios, Pordenone, Bordone, *Tintoretto* — llamado el Miguel Angel veneciano,— Pablo Cagliari —llamado *Veronese*, el mejor intérprete del esplendor veneciano.

*

Ruskin há dicho en su obra *Reposo de San Marcos*, que las grandes naciones escriben su autobiografía en tres diversos libros: el libro de los hechos, el libro de las palabras y el libro de las artes; y refiriéndose á Venecia agrega que la

ciudad de San Marcos escribió la suya en el tercero de dichos libros.

Para darse razón de esto basta visitar el *Palacio Ducal*. Las salas de este Palacio se han convertido en público museo; sus paredes están cubiertas con rica profusión de pinturas y decoraciones.

Ahí se ve, se palpa, se comprende la grandeza de la república. En cada pared se lee una página de su historia.

Entramos en la sala del *Collegio*, donde se reunía la Señoría veneciana presidida por el dux.

Al fondo de la Sala se ven todavía los bancos donde tomaban asiento los miembros del Colegio; y en el medio, el trono ducal sobrio y sencillo.

Recuerda estas reuniones de la Señoría una célebre pintura de París Bordone existente en la Academia de Bellas Artes.

Hay que advertir que las enormes telas pintadas que cubren los muros, representan asuntos, donde lo patriótico va casi invariablemente mezclado con lo religioso: como quiera que fe y patria eran las dos más nobles aspiraciones de este pueblo.

Sobre los muros de la Sala hay cuadros de Tintoretto, que representan respectivamente al dux Andrés Gritti haciendo oración delante de la *Madonna*, el matrimonio místico de Santa Catalina, en cuya composición figura el dux Francisco Donato; la Virgen en la gloria con el dux Alvise Mocenigo.

Sobre el trono de la Señoría hay una pintura de Pablo Veronese, alusión á la batalla de Lepanto, que es una de las páginas más gloriosas de la historia de Venecia.

Pasemos á la *Sala del Senado*, donde se reunía el cuerpo legislativo de la república, compuesto de ciento veinte miembros.

En este augusto recinto domina una sola idea: Venecia y sus hazañas; Venecia santificada por la Religión y glorificada por la mitología.

Sobre el trono ducal se observa el *Descendimiento de la Cruz*, obra de Tintoretto. A uno y otro lado de la Cruz están de rodillas magistrados de la república, del siglo XVI, como testigos de la Redención. Esto es lo que llamaríamos la faz veneciana de estas obras de arte.

Entremos á la Sala del *Consejo de los Diez*, el cual era un Tribunal especial para atender esclusivamente á la seguridad interior del Estado.

En el techo de esta Sala hay una hermosa alegoría con figuras mitológicas, obra de Veronese.

La Sala del *Mayor Consejo* ofrece riqueza de pinturas y lujo de artesonado. Es larga 53 metros y 59 centímetros; ancha m. 25 y cm. 75.

Qué espectáculo indescriptible debía ser aquel: ver al dux sentado entre sus consejeros y 500 senadores, caballeros y nobles de todo grado, para las supremas deliberaciones.

Sobre el trono se ve el cuadro á óleo más grande del mundo, al decir del inglés John Ruskin. Es largo 20 metros y alto 7.

Es obra de Tintoretto y representa el Paraíso. En el centro está la Virgen delante del Redentor, en medio de coros de Angeles y Santos.

Cerca de la puerta se ve un hermoso cuadro de Veronese que representa la gloria de Venecia.

Sobre un friso al rededor de la Sala van setenta y seis retratos de dux; los pintaron en medallones Tintoretto y sus discípulos.

En vez de la efigie de Marino Faliero se lee: *Hic est locus Marini Falethri decapitati pro criminibus:* Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por crímenes.

En la Sala del *Escrutinio*, donde tenía lugar la elección de los dux, hay una grandiosa composición de Palma el joven, la cual representa el *Juicio Final*, y otra de Vicentino, que representa la *batalla de Lepanto*.

Dimos una vuelta á las cárceles, llamadas *Pozzi*, para los prisioneros políticos, tan llenas de recuerdos, y al *Ponte dei sospiri*, por donde solían pasar los delincuentes para presentarse á los *Avogadori* y magistrados.

¡ Cuántos suspiros han debido escuchar esas cárceles y ese puente!

Venecia, Marzo 2.

Visitando los jardines públicos leímos en el pedestal de la estatua de Ricardo Selvático estas palabras, en dialecto veneciano:

No c' è a sto mondo, no, città più bela.

Y mientras visitaba las iglesias repetía: — Es cierto, no hay en este mundo ciudad más bella.

Imposible es entrar en descripciones: notamos sólo como monumentos de arte la iglesia gótica de *S. Maria Gloriosa dei Frari*, donde se pueden contemplar los mausoleos levantados á Tiziano y á Canova; y la otra iglesia gótico-italiana de los Santos Juan y Pablo *(S. Zanipolo)*, donde se levanta el monumento al dux Pedro Mocenigo.

.....

El tiempo ha sentado, el cielo está diáfano. Sólo una nube de gasa flota allá en el horizonte.

Mi compañero, hombre de letras, se vuelve á mí y me repite esos versos de Riso:

Veggo da qui una bella
nuvoletta pe 'l cielo
errar diafana e snella,
come un brano di velo.
Cosí l'anima stanca
talvolta erra pe'l cielo,
como una nube bianca,
come un brano di velo.

Elevé mi mirada á esa nube bella que vagaba diáfana y sutil por el aire como un girón de velo...

Era la imagen de mi alma que cansada vagaba por el cielo como una nube blanca...

Padua, Marzo 3.

Esta ciudad es la *Patavium* de los romanos. En la Edad Media ha sido célebre por su Universidad fundada por el obispo Giordano. A esa sazón fué uno de los principales centros de ciencia y de artes en Italia.

Ahí acudieron maestros florentinos, como Giotto, Pablo Uccello, Fray Felipe Lippi y Donatello, para inmortalizar con sus obras el nombre de Padua.

Andrés Mantegna, gran pintor, es toda una gloria paduana.

*

Esta ciudad tiene una veneración profunda hacia San Antonio de Padua, que llaman *il Santo.*

Antonio era un santo popular. Un día sale al encuentro de Ezzelino de Romano, y le increpa duramente por sus crueldades. Este hombre, sediento de sangre y señor de horca y de cuchillo, calla y se muestra rendido ante el tosco sayal del humilde Franciscano.

La basílica, elevada en honor de este Taumaturgo, casi á raíz de su muerte, es obra de Nicolás Pisano.

Donatello ahí ha representado en bajo-relieves, en el bronce, los milagros del Santo; y buenos artistas inmortalizaron aquellas paredes con sus pinceles.

La capilla contiene las reliquias del Santo, y el *Tesoro* contiene su lengua incorrupta.

Bolonia, Marzo 4.

Estamos en la antigua *Felsina*, llamada después *Bononia*. Fué un emporio de ciencias: de ahí el dicho: *Bononia docet:* Bolonia enseña.

Su célebre Universidad, fundada por Irnerio en 1119, llegó á contar, después de una centuria, más de diez mil estudiantes.

Fué en esta ciudad, donde el célebre boloñés Galvani descubrió haciendo experimentos sobre una rana, el galvanismo; allí donde se enseñó por primera vez la anatomía del cuerpo humano.

Fué un tiempo plaza importante. Sostuvo guerra contra Federico II, y tuvo á su hijo Enzio prisionero por 22 años hasta su muerte.

Propercia de Rossi, de Bolonia, es una de las pocas mujeres que cultivó con éxito la escultura.

*

Tres son las rarezas de Bolonia.

La primera es el célebre santuario de la *Madonna di S. Lucca.*

Se levanta sobre el monte *de la Guardia* como un alto y artístico monumento que la piedad de los bolonienses ha levantado á esa venerada y prodigiosa efigie, obra del evangelista San Lucas.

Acompañado por un amigo sacerdote, viejo Cicerón, apenas afuera de *Porta Saragozza,* comenzamos la subida al monte. Se sube por un pórtico que tiene cerca de una legua de longitud, y contamos 635 arcadas, con millares de gradas. De trecho en trecho encontramos capillas, donde se venera alguna imagen piadosa, y escalonados á lo largo de la galería, muchos pobres, los cuales acuden allí para recordar *opportune et importune* á los que pasan, el sagrado deber de la limosna.

Estábamos casi por llegar á la cumbre, cuando de pronto se oscurece el cielo, cruzan por el horizonte, como negros fantasmas, densos nubarrones, y lanzan á su paso una lluvia de granizo....

Mi guía comenzó la plegaria : *Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix :* Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.....

— *A periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta :* De todos los peligros, líbranos siempre, Virgen gloriosa y bendita.

Mientras tanto, iluminaban el cielo siniestros relámpagos, y á lo lejos rugía sordamente el trueno.

Nos parecía que la ira de Dios se iba á desencadenar, y corrimos á refugiarnos en el Santuario, á los pies de María, diciéndole :

— *Sub umbra alarum tuarum protege nos :* protégenos, oh María, bajo la sombra de tus alas....

Afuera seguía bramando el trueno, como hubiese sido el rugido del dragón infernal que se contorciese bajo las plantas de la Virgen Inmaculada.

Nos habíamos acercado á la imagen para verla más de cerca ; el sacerdote, revestido de roquete, después del rezo de las letanías, había comenzado la *Salve.*

Estábamos diciendo : — *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte :* Vuelve á nosotros tus ojos misericordiosos.... — cuando uno de los repetidos relámpagos, atravesando las vidrieras del templo, iluminó los ojos de la Virgen.

Nos llamó la atención esta circunstancia fortuita, ó mejor providencial.

Rezamos algún tanto.... ¡ Habíamos traído á los pies de la imagen, desde Chile, las necesidades de tantos amigos !

Salimos afuera del templo : la tempestad había pasado. En la atmósfera quedaban aún algunas gotas de agua que caían lentamente ; y en el horizonte se veían largos girones de cielo azul que se iban ensanchando como por ensalmo.

Así es el cielo de Italia: tan pronto refleja la transparencia azul de sus mares, como de súbito imita con sus nubes la obscura y caprichosa configuración de los Alpes.

Bolonia, Marzo 5.

Otra rareza de Bolonia es la iglesia de San Petronio. Según el plano primitivo debía competir con la de San Pedro de Roma. Surgieron después dificultades que interrumpieron los trabajos y limitaron en parte las grandes dimensiones del plano. Es larga 117 metros y ancha 48.

Es del más puro estilo gótico. Las esculturas de la entrada principal son obras de *Jacobo della Quercia*, de Siena, uno de los fundadores de la escultura renacimiento. Las de los lados son de Nicolás Tribolo, florentino.

En la primera capilla á la derecha de la entrada, el cuadro del altar que representa á Dios Padre, es la primera obra de *Jacobo Francia*.

La estatua de San Antonio (novena capilla de la derecha) es una de las primeras obras de Sansovino.

El baldaquino del coro es célebre por haber sido coronado debajo de él Carlos V, por Clemente VII, último emperador que fué coronado en Italia.

*

Otra rareza que guarda Bolonia en su seno es la célebre *torre della Garisenda*.

Dante en el *Inferno* compara el gigante Anteo que se inclinaba hacia él, á esta torre, que tiene metros 3.04 de inclinación hacia el sur.

Parece que fué construida así á propósito; pero está inconclusa. Tiene metros 49.60 de altura.

La *torre degli Asinelli* que se levanta cerca, llamada así por el nombre del constructor, tiene una altura de 97 metros

y 61 centímetros, y ella también tiene una inclinación de metros 1.23 hacia el oriente.

Estos dos curiosos monumentos cuentan ya diez siglos. Parecen ser una amenaza continua sobre la ciudad.

Bolonia, Marzo 6.

Los bolonienses van orgullosos de una joya artística: la *Santa Cecilia* de Rafael, uno de los cuadros más completamente bellos que existan en el mundo.

La noble doncella rodeada de Santos, parece reproducir en su instrumento musical esas armonías arrobadoras que escuchara en sus éxtasis. Seis ángeles asoman sus rostros angelicales de en medio de vaporosas nubes.

Santa Cecilia.

Se cuenta del célebre pintor Correggio que al contemplar este artístico cuadro quedó tan prendado de su belleza, que exclamó: — *Yo también seré pintor.*

Y se entregó al estudio de la pintura con tal fuerza de perseverancia, que á poco iguala al gran maestro.

*

Poseen también el cuerpo incorrupto de Santa Catalina, de Bolonia, como se puede ver en la iglesia del *Corpus.*

Entramos á la capilla, donde está expuesta la Santa. Están descubiertas la cara y las manos. La piel ha tomado un color negruzco, pero el cuerpo es flexible como el de un viviente. También se conserva un poco de su sangre.

En la cara de la Santa se ve una mancha blanca, donde se dice que el Niño Dios, en un arrobamiento que ella tuvo, le dió un beso.

Se muestra aun el laúd con que la Santa solía entonar sus piadosos himnos, y una efigie del Niño Dios que ella trató de reproducir después de uno de sus éxtasis. Asimismo, su libro de oraciones.

Salimos de la capilla después de haber recomendado varios asuntos á Santa Catalina, penetrados de ese temor reverencial que se experimenta al contacto de las almas grandes.

*

— ¿ Conoce Ud. al Cardenal Mezzofanti ? — me dijo al volver á casa mi Cicerón.

— Sí, he oído y leído muchas cosas de él.

— Era una gloria nuestra. Nació en esta ciudad en 1776. Fué bibliotecario y profesor de lenguas orientales en la Universidad. Nombrado Cardenal por el Papa Gregorio XVI, murió en 1849 en Nápoles. Fué uno de los más insignes poliglotas que hayan existido en el mundo. A la edad de 36 años sabía más de 18 lenguas, y á la edad en que murió, más de 42 con un sinnúmero de dialectos.

Bolonia, Marzo 7.

Después de haber vagado tres días entre los vivos, vamos á vagar por unas horas entre las sombras de los muertos.

¡ Hay tanto que aprender en este vasto Cementerio !

La *Certosa* ocupa el lugar de una vieja necrópoli etrusca. Ahí se han mezclado las cenizas de tantas generaciones !

En las grandes arcadas abundan monumentos modernos y artísticos, que son joyas del arte : p. e., *La Fe,* por Galletti, y *El Dolor,* por Monari.

A los pies de un monumento leo los versos de Petrarca, el cantor de Laura:

La morte è fin
d'una prigione oscura
a gli animi gentili;
a gli altri è noia,
ch'hanno posto nel fango
ogni lor cura.

Lo que quiere decir en prosa:

«Para las almas nobles la muerte es el fin de una cárcel obscura, mientras es gran fastidio para los que han puesto en el barro todos sus cuidados.»

He leído en otra parte:

Rara gaudia — Vita brevis.

La vida es muy corta y los goces raros.

*

Más alla vi un ángel que vela sobre un moribundo.

Y después otro ángel, de pie sobre dos urnas, con un ramo de olivo en la mano, símbolo de la paz.

Es el ramo que han de presentar los ángeles al alma al pisar ella los umbrales de la eternidad.

Rezamos un *De profundis* ante la tumba recién abierta del Cardenal Domingo Svampa, arzobispo de Bolonia, y grande admirador del Ven. Bosco y sus obras.

*

Nos retiramos con el alma abrumada bajo el peso de tristes pensamientos, recordando las palabras de Job (1):

«Yo he dicho á la podredumbre: tú eres mi padre, y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mi hermana...»

(1) XVII, 14.

Un estremecimiento de muerte recorrió todos mis miembros, cuando el sonido de las campanas de la *Certosa* rasgó los aires...

Era el toque de ánimas.

Esos toques lentos que con vibraciones misteriosas bajaban de lo alto, junto con las primeras tinieblas, me parecieron como suspiros del día que se iba, como la voz del espacio y un lamento de la eternidad, como un fúnebre gemido escapado del fondo de los sepulcros....

Al declinar la tarde, parece que se escurren por entre las tinieblas las sombras de nuestros muertos, y nos hablan con la voz misteriosa de la campana...

Nos hablan de los misterios de ultratumba, y de las agonías de los que mueren.

Cuando escucho las campanas
Siento ganas de llorar,
Porque pienso que «ellas solas»
En mi muerte llorarán.

Me alejé del Cementerio, porque la noche iba cayendo con crespones de duelo... y pensé en mi última hora, cuando las campanas, con su resonante lloro, me despedirán para siempre de este mundo...

Al rededor del hogar, Marzo 8.

Me parece que Bossuet ha dicho en alguna parte: La confianza consiste en inclinarse sobre un corazón y depositar en él íntimos secretos.

Si es así, también nosotros nos hemos inclinados sobre el corazón de una madre...

Basta: si descubriésemos parte de nuestra felicidad ó alzácemos algún pliegue del alma, ya no serían secretos...

Las violetas florecen mejor bajo la sombra de un árbol y ocultas entre las yerbas del prado, que expuestas en el valle á los ardores del sol ó á las inclemencias del tiempo.

*

Este estado del alma duró varios días: y las dulzuras que gustamos, las íbamos guardando en nuestro corazón, como la abeja que coge del néctar de la flor y lo va almacenando en las colmenas.

Eran días serenos en cuyo horizonte no se veía una nube.

Marzo 13.

I tre divini amori
che il viver fanno riposato e bello,
Iddio, la Patria ed il materno ostello.

Así cantaba G. Daneo.

Lo que quiere decir: Los tres divinos amores que hacen la vida bella y tranquila, son: *Dios, la patria, y el hogar materno.*

Por hoy me limito á suscribir esta gran verdad.

Imola, Marzo 14.

Una visita á esta ciudad que tiene también su página de historia y de glorias.

Se diría que la Italia es un gran libro, donde los siglos y las artes han escrito su historia: libro, donde cada ciudad y pueblo tiene su página de oro.

Imola y otros pueblos bañados por las aguas del Santerno, fueron teatro de contiendas políticas y de guerrillas sin tregua.

Aun se ven en estos días los restos de aquellos antiguos castillos, desde los cuales los Sforza imponían leyes;

aun se admiran esas moles graníticas, baluartes inexpugnables, que han resistido hasta hoy á la acción demoledora del tiempo y que son mudos testigos de edades en que la fuerza se imponía al derecho.

La iglesia de San Casián, patrono de la ciudad, es la mejor joya que encierra Imola. Data del siglo XII, y su fachada actual fué construida en 1950 por Pío IX, entonces obispo de la ciudad.

Algunos cuadros notables adornan los altares, debidos al pincel de Domingo Ferretti, imolense, y de Pedro Tedeschi.

Un magnífico *Cristo*, escultura de madera, obra del siglo XIII, tiene en su semblante la más sublime y resignada expresión del dolor.

Consérvase con religiosa veneración el brazo derecho de San Casián, que en esta ciudad fué martirizado á golpes de estilo por sus discípulos paganos, y una *Patena*, que en el año de 450 fué regalada por San Pedro Crisólogo á dicha iglesia.

En la Biblioteca puédese ver una Biblia hebrea en pergamino, del siglo XIII; un precioso Salterio latino del siglo XIV, que se dice haya pertenecido á Tomás Moro, canciller de Enrique VIII.

Es obra notable también un cuadro auténtico, de Inocencio de Imola, que representa la *Madonna* con el Niño, entre San Pedro Crisólogo y San Casián.

Otra iglesia cuyo nombre va unido á recuerdos históricos es la de *Santa María in Regola*, edificada, se cree, por Valentiniano III ó por la madre de éste, Gala Placidia.

Esta iglesia se levanta, según la tradición, en el lugar que Lucio Cornelio Sila había destinado para los juegos y fiestas públicas; y se presume que del nombre de ese lugar, *arenula*, haya venido el de santa María in *Regola*.

Un sarcófago de mármol, escultura del siglo XIV, situado debajo de un altar, encierra el cuerpo de San Sigismundo, rey de Borgoña.

En el altar mayor se venera una célebre reliquia—*il velo della Madonna*—pequeño lienzo de lino, donado por Longino, exarca de Ravenna, á los monjes benedictinos.

Ese velo usado por la Virgen María, es guardado en una custodia de plata dorada, y se tiene por muy milagroso.

El nombre de Imola está atado á los recuerdos de mi infancia...

Pero había pasado tan pronto esa edad de rosas blancas y de albores dorados...!! Casi cinco lustros han corrido ya, y me han llevado tan lejos en el camino de la vida!!

Santuario del Piratello, Marzo 16.

Una piadosa tradición.

A lo largo de la Vía Emilia, á tres kilómetros de Imola, se levanta un santuario á la Virgen, lleno de arte y de poesía.

Era el año de 1483, 27 de Marzo. El cielo estaba cubierto de nubes blanquizcas, y la tierra de un blanco manto de nieve.

Basílica de Loreto.

Caminaba hacia Loreto, para ir á orar en la santa Casa, un peregrino de Cremona, llamado Esteban Mangelli. Iba á pies descalzos, con un báculo y unas alforjas: en el corazón tenía fuego de amor de Dios.

De pronto se pára ante un pilar, en cuyo nicho parecía sonreír una bella imagen de la Virgen con los ojos fijos en su amado Hijo. Sobre el pilar extendía sus ramos cubiertos de nieve, como una blanca cúpula, un viejo peral.

El peregrino, invitado á rezar por la sonrisa de la Virgen, extrajo de su báculo, que era una caña vacía, un cirio, lo plantó en la nieve del camino, lo encendió y se puso á rezar y á cantar alabanzas á la Madre de Dios.

El cirio se apagó.

Se quejó el peregrino á la Virgen.

Entonces los ojos de la imagen centellearon y esparcieron sobre el devoto peregrino rayos de luz.

Y dos ángeles, frescos como rosas, aparecieron súbitamente, y encendieron el cirio.

Mientras tanto, los labios de la Virgen se abrieron como capullo de flor, y dijeron:

– Levántate, hijo, y preséntate al gobernador, cuéntale lo que has visto, y dile en mi nombre que yo me estoy aquí expuesta al viento y á las intemperies; que quiero que se me dé algún reparo, pues este peral no basta para protegerme.

El peregrino lloraba. En el aire espiraban efluvios de paraíso. La Virgen siguió hablando:

—Y para que nadie pueda dudar de tus palabras, yo haré crecer en tu seno las bellas rosas de la primavera, cuyos tallos aun no han brotado y duermen bajo la nieve.

El cirio chisporroteaba, y pronto se apagó.

Esteban se puso de pie y siguió su camino.

Sus pies se ahondaban en la nieve, pero no sentían el frío. Llegado á Imola, se arrojó á los pies del Gobernador y le contó lo sucedido.

Y como éste desconfiase de la verdad de la narración, el peregrino abrió su túnica, y brotó de su seno un rosal florido que se deshizo en una lluvia de pétalos fragantes.

La nueva del milagro se esparció por la ciudad como chispa eléctrica; se echaron las campanas á vuelo, y el pueblo en masa fué á saludar la Imagen milagrosa.

Esteban siguió viaje á Loreto.

Corrían los años: el peral había sido aterrado, y en su lugar se elevaba un pequeño templo.

Por esa *Via Emilia*, en la cual habían rodado las bigas romanas y resplandecido bajo los rayos del sol las corazas de los guerreros, se vió años más tarde á Catalina Sforza, la señora de tantos castillos, caminar á pies descalzos hasta la Imagen bendita.

Y se vió correr á Ella en peregrinación pueblos enteros, y rendirle homenaje de gratitud por los favores recibidos.

Más tarde se elevó un santuario; y después un célebre campanario, cuyo dibujo parece ser de Bramante.

Todos los años, el domingo que precede la fiesta de la Ascensión, esa Imagen, cortejada por todo el pueblo, es trasladada en procesión á la iglesia de San Casián, de Imola, donde queda tres días, durante los cuales recibe los homenajes de toda la ciudad.

El día de la Ascensión, en las primeras horas de la mañana, vuelve nuevamente á su Santuario.

En la procesión sigue á la imagen para los casos de lluvia, un gran coche del siglo XVI, el cual ha servido á varios pontífices.

¡Está tan llena de poesía y de frescura la piadosa aparición que ha dado origen al Santuario del Piratello!

Es poesía de afectos y frescura de rosas.

Ravena, Marzo 17.

No es posible visitar á la Italia artística sin dedicar una larga visita á Ravena.

Esta ciudad ha sido grande: *Ravenna felix*, se lee en algunas monedas antiguas.

El mar que un tiempo bañaba sus muros, se ha retirado varias millas; su famoso puerto donde César Octavio reparó la flota del Adriático, de 250 naves, ha desaparecido; Classe, la ciudad comercial y militar, que llegaba á identificarse con Ravena, fué arrasada por los Longobardos; el

magnífico alcázar de Teodorico, despojado de sus mármoles y mosaicos por Carlomagno; el Capitolio, la Puerta Aurea, muchos templos... todo ha caído bajo el hacha del tiempo y de los hombres.

Fué una suntuosa capital de los últimos Césares y de los reyes Godos: pero de su suntuosidad no quedan sino vestigios en los templos y en algunos monumentos.

Es por esto que un poeta francés la llamó *la dulce muerta.*

*

Entramos en Ravena como se entra en el interior de una tumba: ¡en ella están sepultadas tantas grandezas!

El monumento más antiguo de la ciudad es el mausoleo de Gala Placidia, hija de Teodosio, la mujer más extraordinaria de toda una época que comprende los destinos más trágicos del imperio romano agonizante.

En su interior, en el fondo azul del cielo, se destacan infinitas estrellas de oro. Sus mosaicos, que representan los símbolos de los Evangelistas, los Apóstoles, San Lorenzo, el Buen Pastor en medio de sus ovejas, etc., son de mucho mérito.

En las tumbas no hay sino fragmentos de huesos, porque todos los siglos pusieron en ellas sus manos; pero en el misterio, en la penumbra, en el silencio, las almas de Constancio, de Valentiniano y de Gala se sienten presentes para los que han conocido estos nombres en la historia.

*

Llena de maravillas es la Iglesia de *San Apolinario Nuevo,* hecha construir por Teodorico.

En los costados superiores de la nave principal, éste la hizo decorar con veinticuatro maravillosos cuadros de mosaico, que representan los principales milagros de Jesucristo y los episodios de su Pasión.

El campanario es redondo á guisa de minarete, con aspecto del todo oriental. La fachada es obra posterior del Renacimiento.

*

Teodorico se hizo construir para sí un grandioso mausoleo. La parte más maravillosa de éste es la cúpula formada por un solo pedazo de calcáreo hipurítico de Istria. El famoso monolito tiene treinta y tres metros de circunferencia y está partido desde el centro hacia el borde.

Acerca de esto tuve ocasión de oír esta leyenda.

Habían pronosticado á Teodorico que habría muerto herido por un rayo. Pero él, para burlar esta predicción, hizo edificar el mausoleo y lo hizo cubrir con esa enorme piedra, á fin de esconderse allí y ponerse al seguro cuando se desencadenaban las tempestades.

Una vez empero, el rayo penetró, hendiendo la piedra, dentro del mausoleo, embistió á Teodorico, y lo dejó cadáver.

*

Después de la dominación goda, Ravena cayó en poder de los Bizantinos. A esa sazón surgió la iglesia de *San Vital*, bella como un sueño oriental, y purísima gloria del arte bizantino en Occidente. Fué concluida en 547. Su planta no es la de una basílica, ni la de una cruz; se desarrolla airosamente sobre las más ricas líneas de las iglesias orientales. Es en pequeño la *Santa Sofía* de Constantinopla.

En el interior, las altas logias ó galerías constituyen el *matroneo*, lugar destinado sólo para las mujeres, desde el cual asistían á los divinos oficios.

Los mosaicos de San Vital, si no tienen el sabor clásico de los del sepulcro de Gala Placidia, los sobrepujan sin embargo por la abundancia de las composiciones, por el buen uso de los colores verdaderamente orientales, y por su interés arqueológico, histórico y religioso.

Mientras se construia la iglesia de San Vital sobre planta bizantina, se elevaba cerca de los muros de Classe un templo al apóstol de la Emilia, San Apolinario, sobre la planta de la basílica clásica.

Renuncio á describir esta grandiosa obra arquitectónica que se eleva ahora en un páramo desierto, como gigantesco centinela que vela sobre los despojos de una ciudad que ya no existe.

Visitando la Catedral, modernizada, pudimos admirar la Cátedra de San Maximiano, toda de marfil, finamente esculpida; y la cruz de San Agnello, de láminas de plata y adornada con cuarenta imágenes.

Los dos Santos fueron arzobispos de Ravena.

¿Cómo despedirnos de Ravena sin dedicar un recuerdo siquiera al Dante, al *sommo poeta*, el cual cantó en esta ciudad con la inspiración de un profeta que ve los misterios del porvenir . ?

Quisimos pasar junto á la casa donde Dante Alighieri se habia hospedado y detenernos ante el soberbio mausoleo, que encierra sus cenizas.

Algo así, como una visión de ultratumba, pasó ante nuestra imaginación, mientras nuestra mente iba evocando escenas, personajes y versos de la *Divina Comedia*...

Estábamos desconcertados: Ravena nos había abrumado bajo el peso de su antigua grandeza y de su actual desolación; no acertábamos sino á llorar como el Profeta sobre las ruinas de Jerusalén cuando decía con triste quejido:

—¿Cómo te has quedado viuda y escuálida, tú que fuiste la señora de los pueblos?...

En tren, Marzo 18.

La vuelta de Florencia:

Va il treno sbuffante per via,
veloce, rombando, rombando.
Ne i sogni va l'anima mia
dolcissimamente vagando. (1)

Así es. Mientras el tren anheloso va rodando velozmente, mi alma vaga entre dulces ensueños.....

*

Leo en Veuillot: (2)

«Si hubiesen dicho á nuestros padres que vendría un tiempo, en que se partiría por la mañana de París y se llegaría por la tarde á Marsella, y que esto no sería sino una especie de aprendizaje para marchar más ligero; que un ciudadano de París dentro de poco habría podido saber á mediodía lo que había pasado por la mañana en Londres, Roma, Viena, San Petersburgo y Pekín; y si hubiesen añadido que estas maravillas y mil otras no serían nada en comparación de otras que se habrían descubierto, y que el año de 1862 causaría lástima al de 1863, el cual á su turno sería mirado con desdén por el de 1864, y que éste llegaría á ser á su vez considerado como una época de transición y de pruebas por el de 1865; á buen seguro, nuestros padres, oyendo todo esto, habrían dicho: O se nos burla ó nuestros nietos serán dioses.»

En buen hora había caído bajo mis ojos este capítulo, pues me sentí arrastrado en carrera vertiginosa por la fuerza del progreso al través de valles y montes.

---

(1) Clemente Barbieri.

(2) Historiettes et fantaisies: *petits voyages.*

El tren atraviesa muchos túneles.

Parece que en éstos la locomotora va sofocada, y corre buscando aire como una bestia que se ahoga....

Un ruido sordo atruena los oídos: parecen pisadas de un galope desaforado en un suelo hueco.

Reflejos lejanos de luz intermitente resbalan furtivamente al través de las tinieblas para anunciar que el túnel está por concluirse.

La máquina da un silbato como himno de victoria; ese silbato resuena en el llano y repercute en las laderas opuestas.

De pronto nos inundan torrentes de claridad y ráfagas de aire fresco.

Corremos desatentados devorando panoramas espléndidos: aquí un grupo de casas blancas, suspendidas sobre un barranco; allá un campanario que se destaca en un fondo de verdura; abajo, simas insondables; en la cuesta, olivos y arbustos; y arriba un cielo de zafir y un sol esplendoroso....

El tren atravesaba las sinuosidades de los Apeninos.

Estamos cerca de Florencia; y el cielo nos va pareciendo del color

d' oriental zaffiro,

que dijo el Dante.

En nuestra mente fulguran visiones del pasado. Porque, escribe un autor moderno, apenas hay en Italia una ciudad, grande ó pequeña, sobre la cual no flote alguna nobilísima visión ó un gran recuerdo, y en la cual el viajero no encuentre á cada paso una figura, un fantasma, una imagen del pasado. En Florencia es el Dante y Miguel Angel; en Pisa en el claustro del Campo Santo, es el melancólico Emperador Enrique VII que duerme en tierra traída de Palestina; en Perusa es Rafael Sanzio; en Asís y en las sonrientes comarcas de la Umbría, es San Francisco; en Nápoles, Virgilio y San Genaro; en Roma, Julio César, Gregorio el Grande, Gregorio VII, Inocencio III; en Siena, Santa

Catalina, la figura más culminante de la segunda mitad del siglo XIV en Italia.

Estas figuras se van poniendo de pie en nuestra mente, como sombras que se levantan....

Florencia, Marzo 19.

Estamos en la ciudad, llamada *Atenas de Italia* por sus artes.

Aquí todo lleva el sello de la cultura: el aire parece saturado de perfumes de flores *(Florencia)*, y el mismo idioma,

l'idioma gentil, sonante e puro,

suena más dulce.

Aquí acude el mundo elegante de Italia y del extranjero para admirar las obras clásicas de nuestros maestros, y los monumentos históricos con que la munificencia de los Médicis enriqueció la ciudad.

Porque Florencia toda es un templo de artes; cada piedra de este templo es un monumento de gloria.

Nosotros no haremos sino un esbozo del gran cuadro de bellezas que tenemos á la vista.

Llegamos á la plaza donde se levanta la suntuosa catedral de *Santa María del Fiore*.

Estábamos ávidos de contemplar la célebre cúpula de Felipe Brunelleschi, y el *campanile* de Giotto.

¡Al fin veíamos con nuestros ojos y tocábamos con nuestro dedo estos portentos del arte!

La cúpula excede á la de San Pedro de Roma de tres metros en altura y circunferencia.

El *campanile* tiene 85 metros de alto y está revestido como la catedral, de mármoles de diversos colores. Lo adornan bajorelieves y estatuas: obras de grandes maestros

como Giotto, Andrés Pisano, Donatello y Lucca de la Robbia.

Al lado se eleva el grandioso Baptisterio, — antigua catedral dedicada á San Juan Bautista, — que el Dante en el *Infierno* llama *mio bel S. Giovanni.*

Santa María del Fiore.

Entre las maravillas que ostenta, es digna de nota la puerta de bronce, con bajorelieves, de frente á la catedral, obra de Ghiberti.

Según una expresión de Miguel Angel, esta puerta habría merecido ser la puerta del Paraíso.

Florencia, Mayo 20.

Hemos recorrido la ciudad, reconstruyendo en nuestra mente, al leer los nombres de sus calles, su gloriosa historia; nos hemos confundido con la gran masa humana que iba rodando por la hermosa *Via Dante;* hemos cruzado el río Arno, en cuyas aguas se baña la ciudad; nos hemos lanzado al través de sus verdes y anchas Avenidas *(Viali)*, y nos hemos detenido muchas veces, extáticos de admiración, ante sus monumentos....

El más grandioso de éstos es la iglesia *di S. Croce* (de la Santa Cruz), que se podría llamar el Panteón italiano por sus muchos monumentos de célebres artistas y literatos.

Allí pasaba días enteros Stendhal contemplando embebecido los frescos de Giotto; allí iba todas las mañanas, durante varios meses, el esclarecido apóstol inglés de la belleza, John Ruskin, para estudiar el arte en sus manifestaciones más genuinas.

Allí acudimos nosotros también, en busca de Dios y del arte.

Nos detuvimos sobrecogidos ante el monumento de Miguel Angel, cuya figura entera parece erguirse imponente en nuestros recuerdos.

Este gran genio, este hombre extraordinario está allí, detrás de una lápida de mármol, en un ataúd, dormido, hecho polvo....

Como velando sus cenizas, meditan junto á ellas las estatuas de la Arquitectura, de la Pintura y de la Escultura, las tres artes á las cuales dió Miguel Angel inspiración divina y vida pujante.

Más allá el cenotafio de Dante en el cual se lee este verso:

Onorate l'altissimo poeta.
Honrad al sumo poeta.

Porque en Italia á Dante Alighieri, se le llama por antonomasia, *il gran poeta*, como que ha escrito LA DIVINA COMEDIA, grandioso poema cuyo teatro es *El Infierno*, *El Purgatorio* y *El Paraíso*; fruto de una fe grande y de una imaginación ardiente; espejo fiel de las luchas intestinas que agitaban esos tiempos turbulentos.

Dante Alighieri.

Más allá elévase el monumento de Alfieri, el gran trágico italiano, cuya celebridad se debe á la gran fuerza de su voluntad. *Volli, sempre volli, fortissimamente volli:* — Quise, siempre quise, con gran vehemencia quise: — este fué su lema constante desde que, ya entrado en años, se dedicó al estudio.

El monumento es obra de Canova.

En el de Macchiavello, léese:

Tanto nomini nullum par elogium: — No hay elogio bastante para tanto nombre.

Nos inclinamos ante la tumba de Rossini, el inmortal autor del *Barbier di Siviglia*; y la de Cherubini, famoso compositor del siglo pasado.

Los restos de Jorje Vasari, uno de los artistas más ilustres de Florencia, descansan al pie de un pilar, al cual está adosada la célebre *Pietà* de Allori.

No lejos está enterrado Galileo Galilei.

¡Qué nombres! ¡Cuán grande asamblea de genios! ¡Cuántos otros hombres ilustres duermen aquí el sueño de la eternidad!

.....

No me cansé de admirar y respirar junto á los restos de los grandes italianos.

La iglesia con sus fríos mármoles y sombría oscuridad helaba mi cuerpo, pero parecían llegar á mi espíritu ondas de luz y de calor ..

Eran la luz del genio y el calor del heroísmo que despedían aún esas cenizas.

Comprendí entonces por qué Hugo Fóscolo, el sombrío cantor de los sepulcros — *I Sepolcri* — pasaba largas horas bajo las naves de esta iglesia y al pie de estos monumentos.

Aquí su alma recibía luz, calor é inspiración.

Aquí pudo escribir: *Encienden el ánimo é inspiran cosas egregias las tumbas de los fuertes.*

.....

Con Hugo Fóscolo me sepulté en las tumbas .. y apenas si pude dar una rápida ojeada á los mejores frescos de Giotto, que éste pintó en la plenitud de su talento ; y á una artística cátedra de mármol, *la más bella de Italia,* obra de Benedicto de Mayano.

Florencia, Marzo 21.

Hemos vivido de arte. En Florencia no cabe vivir de otro modo. Esta ciudad, cuyo nombre sabe á ambrosía, es el más celebrado emporio de las artes.

Apenas si nos es posible esbozar ligeramente en el papel el gran cuadro de pinturas que hemos contemplado. Sería el caso de decir: jamás pluma humana podría escribir lo que han visto nuestros ojos.

Tomemos nota someramente de las obras maestras de la escuela florentina del siglo XV.

Los astros más esplendorosos de esta escuela han sido Fray Juan de Fiésole *(il beato Angélico)* y *Masaccio,* aunque

brillen en polos opuestos. El Angélico es el maestro de la escuela mística, como Masaccio lo es de la realista.

Un doctor francés ha dicho del B. Angélico: *C'est un peintre qui peint á genoux*: es un pintor que pinta de rodillas.

Su pintura, por tradición completamente *giottesca*, es extraña, por una especie de pudor, á las curiosidades del naturalismo, pero está llena de un encanto hierático, de sonrisas celestiales, de inspiración divina.

Fray Angélico.

Ha sabido pintar las imágenes de la Virgen y de los Santos con tan divina perfección, con tan castas gracias, con tan pura nobleza, con tanta luz de inspiración, que sus cuadros se podrían definir: *éxtasis dulcísimos de un alma santa.*

Este admirable religioso,

tutto seráfico in ardore,

tal como Dante había mostrado á San Francisco de Asís, vivía mecido por un sueño de beatitud, y se remontaba en sus obras á los ángeles, á los serafines, á las escenas paradisíacas, á los recuerdos primaverales de la Iglesia.

Rehusó las dignidades de su Orden, y cosa más admirable aún, según Vasario, no entró jamás en cólera contra sus colegas. Nunca retocó sus pinturas, pensando que Dios quería que fuesen tales como las había compuesto desde un principio. Poníase en oración antes de coger los pinceles.

Una vez antes de pintar la imagen del Divino Crucificado, de rodillas púsose á meditar sobre los padecimientos del Hijo de Dios. Fué tal la abundancia de lágrimas que brotaron sus ojos, y las amargas quejas, y los amorosos requiebros que exhaló su pecho, que cayó en deliquio.

Nadie observó mejor que él ese precepto de Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*: si quieres que yo llore, debes enternecerte tú primero.

Célebres son sus frescos de la Capilla del Sacramento en el Vaticano, y del convento de San Marcos en Florencia.

Este convento es todo un Museo, lleno de frescos, en los cuales Fray Angélico interpretó los pasajes más conmovedores del Evangelio y las leyandas más gloriosas de su Orden.

En la gran sala capitular se encuentran sus obras más célebres: *El Cristo en la cruz, Los dos Ladrones, Las Santas Mujeres y los Discípulos.*

En una angosta celda se ve á *Cristo Resucitado* saliendo del sepulcro, con su blanco ropaje, con los brazos ampliamente tendidos, dirigiéndose hacia la luz...

En la Galería del *Arte Antiguo y Moderno*, tuve ocasión de admirar el celebrado cuadro *El Paraíso*, como el de la *Coronación de la Virgen*, en la Galería *Uffizi*.

¡Cuánta dulzura y modestia se refleja en el rostro de la *Madonna*!

¡Cuántas gracias en los ángeles que brotaron del pincel del B. Angélico!

Sus alas airosas; sus túnicas largas, multicolores y de pliegues perfectos; sus rostros de una expresión sobrehumana; sus ojos de un candor inimitable; sus cabellos rizados, dan á estos ángeles tal belleza, que cautivan, y naturalmente uno se pregunta: ¡si serán así los ángeles del paraíso!

*

Al rededor de los dos maestros de la escuela florentina, brillan Pablo Uccello—llamado así porque solía adornar sus bellos cuadros con pájaros *(uccelli)*;—Fray Felipe Lippi, que trabajó en los frescos del ábside del *Duomo* de Florencia; Benozzo Gózzoli, el mejor discípulo del B. Angélico; Botticelli, uno de los más originales y graciosos genios de la pin-

tura. Este junta un espíritu de idealismo pagano con las celestiales dulzuras del cristianismo. Es el maestro de la línea expresiva.

¿Quién no recuerda sus *Madonnas* de rostro ovalado, lleno de una inefable suavidad melancólica; quién no ha quedado mudo de admiración ante esas Vírgenes entre nimbos de gloria y corona de ángeles?

Sus obras producen tal placer—según Reinach—que se traduce en una especie de vibración nerviosa, de hiperestesia.

Y tal placer experimentamos al contemplar sus obras maestras: *La adoración de los Magos, la Virgen coronada,* y *la Calumnia,* en la Galería *Uffizi.*

Hay que recordar también á Domingo Bigordi, llamado *Ghirlandaio,* cuya obra maestra son los frescos del Coro de *S. Maria Novella.* Se ejercitó, al mismo tiempo que en la pintura, en las obras de mosaico que él llamaba *pintura para la eternidad.*

Florencia, Marzo 22.

Una rápida ojeada al *Palazzo Vecchio* que se yergue en el centro de Florencia como un recuerdo titánico de su pasada grandeza.

La historia de ese Palacio está enlazada á todas las páginas gloriosas de la historia de la ciudad.

Construido por Arnolfo de Cambio, sirvió, á contar desde 1298, de asiento de la magistratura florentina, compuesta en aquel entonces de un *Gonfaloniere* ó Administrador general, y de ocho Priores, representantes cada uno de un barrio de la villa. Su cargo duraba sesenta días, durante los cuales debían ocuparse esclusivamente de los intereses de la ciudad. Al fin de ese tiempo eran reemplazados por otros.

La época más brillante de esa mansión se desarrolla bajo Cosme I de Médicis, hombre extraordinario, admirador del arte, pero tirano, severo y sombrío.

La torre del *Palazzo*, de 94 metros, se levanta de entre la masa colosal de piedra gris, como un brazo de gigante que desafía el cielo.

Palacio Viejo.

Sobre la puerta, en los tiempos de Savonarola, se leía esta inscripción: *Jesus Christus, Rex Florentini populi s. p. decreto electus.*

Los Florentinos habían, por decreto, elegido rey á Jesucristo.

Cosme I la hizo substituir por esta otra: *Rex regum et Dominus dominantium:* Rey de los reyes y Señor de los que gobiernan.

Al entrar al Palacio, se encuentra un patio sombrío, rodeado de columnas decoradas y adornadas con guirnaldas de piedra y estuco.

En el centro del patio hay una fuente que se llama el *Niño del pescado*, obra admirable de Andrés del Verrocchio. El agua que salta de la fuente cae riendo con notas de plata sobre una taza de pórfido.

Subiendo al primer piso, nos encontramos en la espaciosa sala de los *Quinientos*, destinada á servir de reunión durante los comicios y debates públicos. Fué hecha á instancias de Savonarola, el cual, cuando la vió terminada, quedó tan maravillado de su arquitectura, que dijo á Cronaca, arquitecto:

—Verdaderamente los ángeles han debido ayudaros en vuestra obra.

Cada pared de la Sala, pintada al fresco por Vasari, es un cuadro animado, en el cual se mueven miles de soldados florentinos en lucha contra los de Siena y Pisa. En la contemplación de estos cuadros, el ánimo se sobrecoge, como si sintiese el ruido de las armas y los gemidos de los agonizantes.

Pasamos á la Sala de los *Doscientos*. Está tal como la dejó la Florencia de la Edad Media; y los asientos que ocupaba el Consejo de los *Doscientos*, son los mismos que ocupan hoy los municipales. Porque ésta es la sala de sesiones de la municipalidad.

Lo más hermoso es el *plafond*, todo de madera color crema, esculpido por Michelozzi.

Uno de los departamentos más célebres del Palacio, es el de León X, con pinturas de Vasari.

Nos alejamos del Palacio, no sin haber antes dado una última mirada á sus vetustos muros, donde está impresa la historia de la vieja Florencia señorial; no sin haber saludado otra vez á la esbelta torre, coronada por un león que sube al cielo y una *lis* floreciente: á esa torrre que inconmovible ha visto desfilar bajo su planta á dos ó tres de los siglos más bellos del mundo.

Estábamos de frente á la *Loggia*, especie de vasta tribuna, destinada á los actos públicos y solemnes que se cumplían ante el pueblo; y en la cual se destacan estas obras maestras: el *Rapto de las Sabinas*, en mármol, por Juan de Bologna; *Judit y Holofernes*, en bronce, por Donatello; *Perseo* con la cabeza de Medusa, en bronce, por Benvenuto Cellini.

Atravesamos la plaza de la *Signoria*, viejo foro de la república, teatro de tantas lides, y eterno campo de Agramante en las contiendas políticas de la ciudad.

Y con el tranvía de circunvalación, salimos al campo en busca de aire, como si el peso de tantos siglos y de tantas grandezas estuviese oprimiendo nuestro espíritu...

Florencia

Es la hora crepuscular. El día se va con sus claridades, y la noche avanza lentamente con un ejército de sombras como si viniese á poner la ciudad en estado de sitio.

Recuerdo haber leído en Elizabeth Browning:

«Hay algo de más hermoso que los días de Florencia la armoniosa: son sus noches. Aquí se cree que con las primeras sombras, descienden sobre la tierra los grandes espíritus que alentaron en otro tiempo, y me parece ver en mis sueños al *Cimabue*, al divino *Giotto*, al pálido y tembloroso *Angélico* llorando de ternura y devoción delante de sus sangrientos Cristos. A *Boticelli*, al sombrío *Miguel Angel*, á fra *Lippo Lippi*, al *Dante* magnífico, á *Savonarola*, *Ghiberti*, *Sacchetti*, *Bocaccio*, *Rafael*, todos ellos jóvenes artífices que engastaron á Florencia delicadamente como á gigantesca joya.

« Estas presencias invisibles sostienen, acogen y consuelan, y la mirada de estos espíritus se levanta como las estrellas: origen de esperanza y de valor para mí, que vengo de otra región, me ayudan á vivir, á sufrir, á caminar en la certidumbre de lo invisible y en la liberación de las vanidades efímeras. El silencio de este mundo habitado por los espí-

ritus, tiene una grandeza indecible: ese silencio es uno de los mensajeros que rodean el gran Trono, seguramente porque sus aspiraciones tienen el Sello Real!»

Florencia, Marzo 23.

¿Cómo no hablar de los destellos de arte y de los perfumes de piedad que despiden tantos cuadros célebres en la historia del arte ?

Ahí está, en la Galería Pitti, la *Madonna de la Silla* de Rafael. La Virgen sentada en una silla, estrecha contra su seno al Niño Jesús. Los dos rostros son frescos y puros, respiran amor y armonía.

Este cuadro es movible, á fin de bañarlo constantemente en la claridad del día, y presentarlo al público que desfila ante él, en toda la frescura de sus tintes rosados.

He visto á muchos como extasiados ante la *Madonna*; he sorprendido en algunos semblantes femeninos como ráfagas de ternura, y en muchos labios he visto vagar un beso largo y apasionado.

Es que lo bello ejerce una atracción irresistible sobre el alma, y la inunda de su esplendor.

Porque lo bello, dijo Platón, es el esplendor de la verdad.

*

Ahí está, en la Sala de la Ilíada, una soberbia *Asunción* de Andrés del Sarto. El cuadro es sublime. Al contemplarlo parece que se nos va el alma al cielo con la Virgen entre nimbos de gloria.

Ahí está el concierto de *Giorgione*. Es un suavísimo poema. Un monje agustino, sentado ante un armonio, da el tono á un eclesiástico; y al lado, un doncel, sombrero en la mano.

Hay tanta ingenuidad y estro en este cuadro, que uno espera por momentos oír salir del teclado un «la» que repercuta limpio y claro bajo el *plafond* de la fastuosa sala.

Ahí está una *Madonna* con el Niño, de Carlos Dolci. ¡Cuánta dulzura en el rostro de la Virgen!

Parece que como lo indica su nombre, el pincel de Dolci destilaba dulzura.

Ahí, la *Pietà* de *Fra Bartolomeo*, la cual es capaz de hacer saltar lágrimas á los ojos.

*

Las iglesias, casi todas, tienen preciosidades de arte.

La de *S. Maria Novella* guarda con orgullo, en la Capilla Rucellai, una gran *Madonna*, la obra maestra de Cimabue, la cual fué llevada ahí en procesión el año de 1280.

Asimismo guarda el célebre Crucifijo en madera, de Brunelleschi, hecho en ocasión de un concurso entre él y Donatello.

La expresión del rostro es divina: la mirada lánguida y apagada: los labios parece que hablan palabras de perdón: el pecho parece que exhala gemidos de dolor...

Ibamos pasando de largo, cuando en nuestros adentros se levantó gigante la imagen del divino Crucificado, cubierto de llagas, sanguinolento y lloroso, gimiendo como si dijera: — « Vosotros los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante al mío. »

Estas palabras escriturales habían producido entonces en mí la misma impresión que me causaron la primera vez que las recé en el Oficio de Tinieblas, en medio de la oscuridad del templo, mezcladas á las lamentaciones de los Profetas, á los trenos de Jeremías y á los suspiros gemebundos del Rey David.

Seguimos y contemplamos los frescos del coro, la más conocida y la más estimada de las obras de Ghirlandaio, la cual muestra el antiguo arte florentino en su apogeo. Representan los más escenas de la Virgen, tan candorosas que nos

parecieron como sonrisas de ángeles, tan frescas como capullo entreabierto de rosas; tan perfumadas como manojos de nardos ó como lluvia de jacintos que cayesen de lo alto...

¡Nos habían parecido tan sombríos los fríos mármoles y las altas columnas de la gran basílica!

*

La iglesia de la *Annunziata* es rica de frescos de Andrés del Sarto, el cual con profusión sembró ahí las galas de su genio y los matices de su paleta.

La Capilla de la Virgen está ricamente decorada y conserva, detrás del altar, una *Madonna* milagrosa, fresco del siglo XIII. Ahí fué donde san Luis de Gonzaga, cuando apenas frisaba en la edad de ocho años, hizo á la Virgen María voto de virginidad.

Los Santos por donde pasan dejan huellas de su piedad, algo así como una estela luminosa...

En la *Sagrestia Nuova* hemos visto las célebres estatuas del *Día* y de la *Noche*, de Miguel Angel. Adornan la tumba de Julián. La estatua de la Noche, sobre todo, es tan perfecta que un poeta, Juan B. Strozzi, escribió bajo de ella estos versos:

La notte che tu vedi in sì dolci atti
Dormire, fu da un Angelo scolpita
In questo sasso, e perchè dorme ha vita;
Déstala, se no'l credi, e parleratti. (1)

Miguel Angel respondió, haciendo alusión á la opresión de la libertad, en sus tiempos:

---

(1) La noche que tú ves dormir en tan dulce actitud, fué esculpida por un Angel en esta piedra; y porque duerme, tiene vida; despiértala, si no lo crees, y te hablará.

Grato m' è 'l sonno e più l'esser di sasso,
Mentre che 'l danno e la vergogna dura
Non veder, non sentir m' è gran ventura;
Però non mi destar; deh! parla basso. (2)

Hacia Roma, Marzo 25.

Con pena doblamos la hoja: ¡hay tanto que aprender en Florencia!

Habríamos tenido miedo de fastidiar al lector, si le hubiésemos obligado á seguirnos al través de los salones del *Museo Arqueológico* . y á remontarse con nosotros á quince y más siglos antes de Jesucristo, para estudiar el arte etrusco y egipcio.

Habríamos tenido miedo de importunarle si le hubiésemos abierto ante los ojos los preciosos volúmenes, los célebres autógrafos y los antiguos manuscritos, que encierra la *Biblioteca Mediceo-Laurenciana:* donde se conservan las primeras *Biblias* impresas, una *Carta* del Dante en la cual rehusa volverse á Florencia, después de cinco años de destierro; un *Virgilio* del siglo V, el manuscrito más antiguo referente á las obras de este poeta, y los manuscritos antiguos referentes á Tácito....

¡Cuántos siglos han amontonado sus capas de polvo sobre estos tesoros de ciencia!

Mientras el tren va rodando, me vuelvo para dirigir una última mirada á la *Ciudad de las flores,* adormilada bajo la cúpula armoniosa de su catedral, y para enviarle con veneración mi último saludo.

---

(2) Grato me es el sueño y más el ser de piedra; es gran felicidad el no ver ni sentir mientras dure el daño y la vergüenza; por esto no me despiertes; te ruego, habla bajo.

¡Adiós, Florencia, mansión un tiempo de los Médicis y de los Sforza; templo augusto de la ciencia y de las artes; parnaso de poetas como el Dante y Ariosto; cuna de artistas como Miguel Angel, Cimabue, Giotto; patria de genios como Benvenuto Cellini, Rossini, Alfieri... adiós!

Le envié mi postrer saludo en alas de los céfiros de la noche, y la ví por última vez inundada de luz como si una esplendorosa aureola la ciñese en todo su rededor.

.....

¡Hacia Roma! El tren corre desatentado como mi alma.. El camino se me hace largo, y las horas eternas.

La fantasía sueña á su antojo; la memoria va hilvanando recuerdos que flotan perdidos como girones de nubes ..

¡Roma! la Eterna ciudad! la dominadora del mundo! cuyas águilas volaron victoriosas por todos los ámbitos de la tierra entonces conocida; cuyas victorias ataron á su carro triunfal á pueblos y reyes; cuya misión fué

parcere subjectis et debellare superbos,

perdonar á los pueblos rendidos y destrozar á los soberbios..

¡Roma! nombre que llena de glorias las páginas de largos siglos, símbolo de luchas titánicas, centro de ambiciosas contiendas, teatro de grandes hazañas, cuna de héroes, patria de Escipiones y Césares ..

¡Roma! sede del Príncipe de los Apóstoles, trono de Constantino, vasta ara de sacrificio donde fueron inmoladas en odio á la fe miles y miles de víctimas cristianas ..

¡Roma! corazón y voz del orbe católico: *os orbi sufficiens.*

.....

El tren seguía su marcha desenfrenada al través de la *Campagna Romana*, desenvolviendo ante los ojos cuadros palpitantes de historia... mientras á intervalos se presentaba á mi fantasía ora el espectro de Roma pagana, la vieja y

carcomida, ora el semblante sereno y risueño de Roma cristiana, pujante de fe y de juventud.

Y acudían á mi mente esos versos de un ilustre poeta chileno: (1)

« .... Roma es sagrada :
Regado está su suelo con la sangre
De millares de mártires y santos ;....
En su seno los siglos han juntado,
Como en inmenso, colosal santuario,
Las maravillas del ingenio humano.
Flores nacidas en verjel cristiano :
Y hasta del fondo mismo de sus ruinas
Una voz misteriosa se levanta,
Que con acento austero
Decir parece al tímido viajero:
Esta que pisas con profana planta
Es una tierra venerable y santa. »

Roma, Marzo 26.

Ya estoy en la Ciudad Eterna, y por todas partes encuentro vestigios de pasadas grandezas y veo girones de alma romana.

Estoy en la Ciudad Santa, cátedra de San Pedro y tumba de mártires.... Santa es la tierra que piso.

Un día el embajador de una noble nación católica pidió una reliquia á Pío V, y el santo Pontífice inclinándose al suelo, cogió un puñado de tierra y se lo dió : estaba seguro de que el polvo de Roma, recogido en cualquier sitio, conservaría la huella de un santo ó la sangre de un mártir.

El día es espléndido; el sol irradia sobre la ciudad sus rayos tibios y dorados ; y una luz purísima, cual si fuese la de la eternidad, baña todo el ambiente.... (2)

---

(1) Rodolfo Vergara Antúnez.

(2) *Decora lux aeternitatis, auream*
Diem beatis irrigavit ignibus...
(Himno de las Vísperas de los Stos. Apóstoles Pedro y Pablo.)

¡Oh Roma feliz! consagrada y enriquecida con la gloriosa sangre de dos Apóstoles, tú sobrepujas en bellezas á todas las demás ciudades! (1)

•

Me iba acercando, ávido de emociones, á la Basílica de San Pedro, la mayor maravilla del mundo.

Ya divisaba la atrevida cúpula resplandeciente bajo los rayos del sol de la mañana, y me sentía atraído....

Era la atracción de lo maravilloso.

Cuando me encontré, casi de repente, en la vasta plaza y de un solo golpe dominé todo lo grande que se explayaba ante mi vista, sentí un silencio profundo y helado en mi espíritu.... El silencio de la adoración es la única alabanza digna de Dios.

San Pedro.

Y me figuré ver al Espíritu de Dios, bañado de luz, cernerse sobre estas alturas, así como antes de la creación

(1) *O Roma felix, quae duorum Principum*
Es consecrata glorioso sanguine:
Horum cruore purpurata, caeteras
Excellis orbis una pulchritudines.
(Himno de las Vísperas de los Stos. Apóstoles Pedro y Pablo.)

flotaba sobre las aguas, cobijando con su manto de reflejos dorados, toda la inmensa Basílica.

Mientras los ángeles que pueblan estos espacios, deben de repetir sobre el *San Pedro* el cántico de la Sión celestial:

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus. (1)

He aquí el tabernáculo de Dios puesto en medio de los hombres.

*

Me adelanto y voy examinando.

La plaza ovalada é inmensa mide 340 metros en su mayor longitud; y en su mayor latitud, 240.

Se ven hombres que cruzan la plaza, pero tan chicos que parecen pigmeos.

¡Cuántos habrán pisado las losas de este pavimento carcomidas por los siglos!

Por aquí han pasado procesiones de Pontífices, peregrinaciones de creyentes.... Por aquí pasó Carlomagno y Napoleón....

¡Qué larga página de historia es la plaza de San Pedro!

A ambos lados de la plaza ábrese en anchísimo semicírculo la columnata de Bernini, que, como dos gigantescos brazos, se desprende de la Basílica.

Está formada por doscientas ochenta y cuatro columnas de base toscana y dóricos capiteles, coronadas por un cornisamento ó galería, donde se destacan doscientas estatuas colosales de mármol, que parecen estar montando la guardia de San Pedro.

Las columnas, á cuatro hileras, tienen suficiente espacio entre sí para que en otras épocas desfilaran las anchas carrozas de los cardenales.

Esta colosal columnata es la obra maestra en arquitectura del caballero Bernini, ejecutada por orden del Papa Alejandro VI.

---

(1) Apocalipsis, XXI, 3.

En el punto céntrico de la plaza se levanta un obelisco egipcio, traído de las orillas del Nilo por Calígula para sus jardines, y colocado en este sitio durante el Pontificado de Sixto V.

Si este mudo monolito de piedra tuviera habla, nos contaría su historia. Nos contaría cómo su empinada aguja vió desfilar ante sí generaciones sin número que fueron á perderse, como las aguas en el océno, en el mar insondable de la eternidad.

Si el granito tuviera vida y palabra, nos hablaría de Faraones y reyes, de sangrientas batallas confundidas ya entre las brumas del tiempo, de cómo un día legiones extranjeras lo arrancaron de Egipto para traerlo cautivo, en tributo al César, á la capital del mundo.

Nos hablaría de la sombría tristeza de los templos de Karnack y Menphis, y de las glorias inmortales del gran Santuario cristiano, á cuyas puertas está velando desde hace cuatro siglos.

Sixto V colocó sobre la cumbre del obelisco una cruz, como símbolo de victoria, y en el frente del pedestal la siguiente inscripción:

Christus Vincit, Cristus Regnat, Christus Imperat, Christus Ab Omni Malo Plebem Suam Defendat. (2)

Cada molécula del gran monolito está proclamando á la faz del mundo en su mudo y frío lenguaje las victorias del Cristo.

*

Luis Veuillot, en su precioso libro *El Perfume de Roma*, escribe esta hermosa página, á propósito del monolito.

« No hay ni una sola piedra en Roma que no revele algo y algo grande...

---

(2) Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera; Cristo defienda de todo mal á su pueblo.

Cada una es un recuerdo, una oración, una lección, una luz ó una poesía.

Ved ese obelisco ornato del Circo de Nerón, caído en tierra hacía tantos siglos.

Uno de nuestros Papas le vió y dijo:

— « Yo te colocaré en un noble sitio de Roma.

« Tú viste la crucifixión de Pedro; pues bien, yo te levantaré y te haré hablar.

« Ni el griego, ni el escita, ni ningún otro extranjero desconocerá el idioma con que has de confesar á Jesucristo.»

Dijo; y lo levantó con la misma mano que lo restablecía todo, que lo creaba todo, que reedificaba á Roma, y que hubiere reedificado al mundo entero si Dios le hubiese dado tiempo.

Ese Papa era Sixto V; un fraile; ¡uno de esos hombres que no hacen nada sobre la tierra!!...

Pero no dejó al obelisco desnudo de atractivos como una curiosidad en presencia de la Basílica.

No presentó á la vista de los Santos colocados entre la columnata, el inútil espectáculo de esta obra pagana.

Lo condecoró con el signo de la cruz, y aun más con un pedazo de la verdadera cruz.

Lo enriqueció con una astilla del sagrado tronco de que pendiera el Redentor del mundo.

Quiso que esa cruz, cuya sombra convirtió al buen ladrón, y resucitó á los muertos, convirtiese también á los que pasasen al pie del obelisco y les concediese el perdón.

Así vino á ser el monumento pagano un heraldo del Evangelio, un siervo del Dios vivo.

Pero Sixto quería todavía más. Está escrito: « Las piedras hablarán: *Lapides clamabunt.* »

Y dió á la pagana piedra que debía en adelante proclamar el Evangelio en Roma, una voz digna de Roma y del Evangelio...

¡Oh afortunada piedra! ¡Cuántas veces al pasar bajo tu sombra he sentido los efectos de la presencia de la Cruz!»

*

Algo más adelante, en simétrica colocación, se encuentran dos fuentes, dibujadas por el arquitecto Maderno, cuyas aguas brotando á raudales, caen envueltas en diáfanos vapores, como lluvia de perlas irisadas.

Madame de Staël contemplando, hace más de ochenta años, ya la severa inmobilidad del obelisco egipcio, ya el continuo rodar y el monótono ruido de las aguas de las fuentes, recordó este verso:

El eterno movimiento y el eterno reposo.

¡Qué contraste!

Esa roca sobre la cual el dedo de Dios ha escrito: — *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* — ha quedado inconmovible al paso de los siglos, ante el furor de las borrascas, y el incesante rodar de las masas humanas.

Una extensa gradería ó escalinata de piedra, casi como rampa, nos conduce suavemente hasta la altura de la Basílica.

Nos asombran las proporciones colosales de dos estatuas modernas, que representan á San Pedro y San Pablo; y la grandiosidad de la fachada, de Carlos Maderno.

Desde la ventana situada sobre la puerta principal de entrada al pórtico, el Pontífice coronado con la tiara y revestido con las vestiduras pontificales, daba en otro tiempo, en ocasión de grandes festividades, la famosa bendición — *urbi et orbi* — á la ciudad de Roma y al orbe cristiano.

En el extremo de la derecha del pórtico de la Basílica se ve la estatua ecuestre de Constantino, absorto en la contemplación del Lábaro que le prometía la victoria contra Maxencio.

En el extremo opuesto se levanta la estatua ecuestre de Carlomagno, el *Defensor Christi*, el que paseó la cruz victoriosa por las paganas regiones de Galia y Germania.

¿Quién podría disputar á estos dos monarcas el honor de montar la guardia delante del sepulcro de San Pedro, y de ser centinelas de la Cátedra Apostólica?

A la entrada de la Basílica se ve todavía la losa de mármol sobre la cual Carlomagno se arrodillara en San Juan de Letrán para recibir la corona imperial de manos del Papa León III.

Aun estamos en el pórtico y sin embargo nos deslumbran los mármoles y las riquísimas decoraciones de estuco y oro de la bóveda.

*

Entremos.

Una explosión de inesperada claridad me deslumbra. Esa bóveda de brillantes casetones dorados, esos inmensos ventanales de vidrios esmerilados, esos arcos de mármol blanco, esas pilastras imponentes.... todo brilla, inundado de luz meridiana.

Y en esta claridad se divisan líneas purísimas que ondulan en el espacio, corren por el arquitrabe, se enroscan en el friso y la cornisa, se difunden en el ábside, y se enlazan y suben y se pierden en la curva atrevida de la cúpula de Miguel Angel.

El grandioso templo no limita al cielo; parece que lo hace descender.

Todo ahí es nuevo; no se encontraría una sola arista cascada.

Todo sonríe con la sonrisa de una juventud eterna.

Todo arranca al alma de este bajo suelo y la trasporta á las regiones de la eternidad...

De rodillas exclamamos como Jacob:

« Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo ».

*

No podemos resistir al deseo de reproducir las impresiones que experimentó Childe Harold, cuando contempló por primera vez la gran Basílica.

«Entra: su grandeza no te abruma; y ¿por qué? no es que esté disminuida; pero tu mente, dilatada por el genio del sitio, se ha vuelto colosal, y solamente puede encontrar morada digna allí donde hallen espacio tus esperanzas de inmortalidad; así también si eres digno, verás un día á tu Dios cara á cara, como ahora ves el Santuario de sus santuarios, sin ser aterrado por su divina faz.

Te mueves, y su tamaño aumenta á medida que avanzas, cual se levanta más el Alpe encumbrado mientras más le asciendes, porque engaña con su elegancia gigantesca; grandeza que crece, pero que crece en medio de la armonía, toda musical en sus inmensidades; mármoles ricos, pinturas más ricas aún, criptas donde arden lámparas de oro, y altiva cúpula que rivaliza en los aires con las moles más atrevidas de la naturaleza, aunque la estructura de éstas reposa sobre el suelo firme, al paso que aquélla es reclamada por las nubes.

Pero no lo ves todo de una vez: sino que debes descomponer en pedazos el gran conjunto para dividir la contemplación; y así como el océano forma muchas bahías que reclaman la vista, así también contrae aquí tu alma á objetos más inmediatos, y ordena tus pensamientos hasta que el espíritu haya aprendido de memoria sus proposiciones elocuentes, y desenvuelto, parte por parte, en poderosas graduaciones, la gloria que no alcalzó á revelársete de improviso (1).»

Roma, Marzo 27.

Volvamos á la Basílica de San Pedro y examinemos algún detalle.

(1) Byron, Childe Harold's Pilgrimage, Canto IV.

Sobre el pavimento de la gran nave hallamos grabadas las dimensiones de San Pedro, que tiene 187 metros de longitud, y á medida que avanzamos, las dimensiones de los más grandes templos de la cristiandad. San Pablo de Londres tiene 158 metros y 60 cm; la catedral de Florencia 149 metros y 50 cm.; la de Milán, 135 metros y 40 cm.; San Pablo *extra muros* (Roma), 127 metros y 50 cm.; y Santa Sofía de Constantinopla 108 metros.

Avancemos contemplando las estatuas en estilo *barocco* que se encuentran en los nichos de los pilares y que representan varios fundadores de Ordenes religiosas.

Cuatro enormes pilares, en cuyos nichos hay estatuas de cinco metros de alto, sostienen la maravillosa cúpula. Sobre el friso se lee, en letras azules de dos metros de alto en fondo dorado, esta inscripción: *Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni coelorum* (1).

«Tú eres Pedro.....»

Se nos figuraba oír el eco de esas divinas palabras con que Jesús ponía los cimientos de su Iglesía:

«....Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

Se nos figuraba ver ante los ojos la escultural silueta del divino Maestro, esfumándose en las alturas, y escuchar esa palabra omnipotente: «Te daré las llaves del reino de los cielos...»

Bajo esa cúpula se sentía más á Dios, se sentía su espíritu cernerse en el ambiente, se comprendían como por intuición sus divinas palabras, se palpaba aún después de veinte siglos la realización de sus grandes promesas.... y espontánea surgía del fondo del alma esa profesión de fe del príncipe de los Apóstoles:

—«Tú eres, oh Jesús, el hijo del Dios vivo». (2)

*

(1) San Mateo, XVI, 18-19.
(2) San Mateo, XVI, 16.

Bajo la cúpula se encuentra el Santuario Apostólico.

Ahí se conservan desde la época de San Anacleto los cuerpos, ó mejor una parte de los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, en una cripta magnífica de mármoles y alabastros.

Y al rededor de estos restos venerables, en las *grutas viejas*, duermen veinticuatro Pontífices Santos.

Allí reposan también los cuerpos de San Gregorio Nacianceno y de San Juan Crisóstomo, y los mártires Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro.

Allí reposa Gregorio Magno, ese gran pontífice del cual escribe Luis Veuillot:

« Con una mano impide que Roma desaparezca, y con la otra extiende al otro lado de los mares, en la lejana isla de los Bretones, las semillas de que había de nacer muy pronto un nuevo pueblo católico. Luchaba contra la peste, contra los temblores de tierra, contra los bárbaros herejes y los bárbaros idólatras, contra el paganismo muerto é infecto, porque no se le había enterrado. Luchaba, en fin, con su propio cuerpo, débil y agobiado de enfermedades, y puede decirse que el alma de Gregorio era la única cosa verdaderamente sana que existía en el género humano. »

Clemente XIII erigió el magnífico altar llamado de la Confesión de San Pedro. Ante él arden constantemente 112 lámparas de bronce de exquisito trabajo. Estas lámparas perpetúan la larga tradición de cerca de 1,600 años; porque desde que el Papa San Silvestre encendió las luces antes el santuario de San Pedro, ellas no se han apagado hasta hoy.

Al pie de la rica balaustrada de mármol se dan cita constantemente muchedumbres de personas piadosas.

¡Cuántas generaciones han desfilado por delante del altar de la Confesión, y han dejado á sus pies las lágrimas del dolor y el polvo del camino!!...

Detrás de la cripta, en el punto de intersección de los brazos de la cruz latina formada por la iglesia, se levanta el Altar Papal, donde sólo el Pontífice puede celebrar la Misa.

El *baldaquino* ó dosel que corona el Altar, con sus cuatro columnas salomónicas de bronce arrancado del Panteón, de gusto *barocco* decadente, es una de las obras más extrañas y acaso más censuradas de Bernini.

Al fondo de la Basílica se halla la *Tribuna*, la cual esconde en su interior nada menos que el trono ó Cátedra de San Pedro.

Es una silla de madera. El senador Prudencio la regaló al primer apóstol. Durante varios siglos los Pontífices eran entronizados sobre ella después de haber tomado en San Juan de Letrán posesión de su cargo. La sostienen en el aire, en el altar, cuatro grandes estatuas de otros tantos doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo y San Atanasio.

Esta preciosa reliquia que procede de la fundación misma del cristianismo merecía un culto de veneración especial, y la iglesia le dedicó un día del año, el 22 de Febrero.

*

Situada á la derecha sobre el primer pilar que sostiene la cúpula, es objeto de veneración particular la estatua en bronce de San Pedro.

Las extremidades del pie están completamente desgastadas con el roce de los labios de los peregrinos durante tantos siglos.

Sin ser obra artística de gran mérito, goza de grande popularidad y de tradición interesantísima.

Parece haber sido fundida, según una creencia vulgarizada y corriente, con los bronces mismos de Júpiter Tonante, la divinidad destronada del paganismo.

Sobre los despojos de la vieja religión ha levantado la nueva sus monumentos de gloria.

Por todas partes, en las naves, en los transeptos, en el ábside, en las capillas, en los nichos abundan monumentos esculturales y sepulcrales.

Notamos sólo, en la primera capilla á la derecha de la entrada, *La Pietá* de Miguel Angel. Representa á la Virgen contemplando sobre sus rodillas el cuerpo exánime de su Hijo Crucificado.

Es el trozo de mármol más bello de cuantos hay en la Basílica. El célebre artista lo trabajó cuando apenas tenía 28 años. Fué el preludio de su asombrosa carrera.

El rostro de la Virgen joven y fresco—porque no de otro modo sabía concebir Miguel Angel una Virgen Madre —tiene la expresión sublime del dolor. El mármol parece que destila lágrimas.

*

Desfilan ante nuestros ojos los monumentos sepulcrales de ilustres Pontífices.

Estamos antes el de San León el Grande. León, según dice Luis Veuillot, fué elegido Papa el año de 440, mientras tenía por misión en las Galias reconciliar á Aecio y Albino, armados uno contra otro para provecho de los bárbaros. Entonces no había patriotismo romano más que en las almas cristianas.

León es una de las más grandes figuras de la humanidad. El detuvo á Atila á las puertas de Roma, y aplacó el furor de Genserico.

El imperio se reducía á cenizas, los desastres se multiplicaban, y el alma de León, pujante de fe, se conservaba inamovible y predecía á Roma un reinado inmortal.

Aquí mismo, frente á la tumba de los Apóstoles, hace catorce siglos, hablaba León sobre los sagrados destinos de la Ciudad Eterna y sobre las victorias del cristianismo desde sus principios hasta la consumación de los siglos.

*

El mausoleo de Pío VII, única obra en la basílica del gran escultor dinamarqués Thorwaldsen, nos llama la atención. El Papa está sentado entre dos esculturas alegóricas de

la Fuerza y de la Prudencia, que simbolizan las virtudes sobresalientes del gran Pontífice, á quien cupo gobernar la Iglesia en momentos difíciles.

Corría el año 1813. En un salón del Palacio imperial de Fontainebleau se encontraba Pío VII.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida.
Es un anciano y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Los cabellos le ceñían la frente como una aureola, las arrugas de su rostro semejaban surcos por donde habían corrido tantas lágrimas...

De repente aparece, acompañado de ruido de armas, un hombre de pequeña estatura y de mirada viva y penetrante.

Es Napoleón I que desea arrancar de los labios del ilustre Cautivo la cesión omnímoda de los Estados Pontificios.

Vuelto al Pontífice, le dice con fiereza:

Vos y yo no cabemos
Dentro del recinto de la nueva Roma....

Pero se encuentra ante una roca inexpugnable: Pío VII como San Pedro responde con entereza: *Non possumus.*

Bonaparte nervioso, colérico exclama:

—Señor Papa, vos despreciáis mi amistad; y bien, vos sentiréis el peso de mi venganza.

Y el Papa con una dulzura inefable:

—Pongo vuestras amenazas á los pies del Crucificado, y dejo á Dios el cuidado de vengar mi causa...

E irguiéndose como un profeta de la vieja Ley:

—Vos, emperador, tenéis ya colmada la medida...

Los acontecimientos se sucedieron. Napoleón había sido desterrado a Santa Elena.

Una tarde, á la hora en que el sol se escondía bajo el horizonte, el Monarca prisionero estaba meditabundo contemplando la playa y el océano. Su mirada penetrante se hundía entre las brumas del pasado...

De pronto, como si hubiese leído en el ancho horizonte el fallo justiciero de la historia, vuelto á su joven paje, el Conde José de Rethel, le dice con triste melancolía:

—José, ¿no estabas tú en Fontainebleau, cuando Pío VII me predijo mi destino?

— Sí, Majestad, allí estaba.

— ¿Recuerdas aún aquella entrevista?

— No se borrará jamás de mi memoria.

— El papa, — prosiguió el Emperador, — ha sido profeta. « Vuestra medida está colmada; pronto compartiréis el fin de los perseguidores de la Iglesia. » Y esto se ha cumplido.

El sol se había ocultado y las tinieblas comenzaban á caer sobre la isla. Napoleón, silencioso y triste, lanzó un hondo suspiro que fué á confundirse con el susurro de las hojas que agitadas por el viento caían al suelo amarillentas y secas.

Así habían caído, una á una, al soplo de la adversidad, mustias y pálidas, las ilusiones del gran Emperador...

Napoleón ha pasado, y Pío VII vive aún en la persona de Pío X.

Roma, Marzo 28.

Una visita al *Palacio Vaticano*, el más maravilloso de la tierra. Se levanta con proporciones colosales al lado de San Pedro como un faro luminoso que indica á las generaciones el camino de la verdad. Es morada de los Pontífices y depositario augusto de las tradiciones de veinte siglos.

Al atravesar sus espaciosas salas, se siente, se palpa, se ve palpitante el genio de los más esclarecidos artistas.

Parece que desfilan en larga procesión ante el atónito espectador las sombras augustas de los genios más asombrosos de todos los tiempos.

Al recorrer las extensas galerías de los *Museos Pío-Clementino, Chiaramonti, egipcio y etrusco,* con su doble fila de dioses paganos, de musas y de sátiros, nos sentimos transportados ya al Olimpo, paraíso de los dioses y de los héroes, ya al Parnaso, morada de los poetas, ya al Foro, al Capitolio, al Palatino, centros de la vida romana durante la República y el Imperio.

Ahí encontramos la cabeza colosal de Júpiter, perteneciente á esa estatua de *Zeus,* tan celebrada en la antigüedad como obra maestra de Fidias: estatua que durante más de ocho siglos reinó en su propio templo de Olimpia hasta que el fuego la destruyó.

Ahí el *Apolo Musagete,* el dios de la música, envuelto en sutil túnica, coronada la cabeza de laureles, elevados hacia el cielo los ojos en sublimes transportes, entonando cantos al son de la lira, cuyas cuerdas tocan ágilmente sus dedos, y rodeado por las nueve Musas, representantes del canto, de la poesía y de la danza.

Ahí el célebre grupo de *Laocoonte,* sacerdote de Apolo y de Neptuno, el cual en los momentos en que acompañado de sus dos hijos, hacía sacrificios á orillas del mar, es destrozado juntamente con los hijos por dos enormes serpientes que se enlazan y anudan á sus cuerpos. Es una escena trágica; una serie de movimientos dramáticos y de convulsiones espasmódicas; una angustiosa agonía.

Ahí el famoso *Apolo de Belvedere,* la más celebrada de todas las obras antiguas, el *summum* del arte, última palabra de la belleza plástica.

....

Doblemos la hoja, y sigamos adelante.

Un alma púdica no se ha de encontrar bien en medio de tanta materia.

*

Atravesemos la *Biblioteca Vaticana* y demos una ojeada á las antigüedades de la época romana, como ser, dioses, ídolos de bronce, camafeos, piedras grabadas, mosaicos, y demás recuerdos de aquella civilización.

La magnífica sala, dividida en dos naves por siete pilastras y pintada al fresco, contiene una infinidad de libros y manuscritos. La colección de manuscritos, la más rica del mundo, por sí sola, monta á la elevada cifra de 25,000 volúmenes.

Sólo los documentos más valiosos se exhiben en vitrinas colocadas en el centro de la sala. Entre ellos llaman especialmente la atención el célebre palimsesto de la *República* de Cicerón, del siglo V; la edición de Virgilio, del mismo siglo; el libro que Enrique VIII de Inglaterra escribió contra Lutero y que le mereció el título de *defensor fidei*, defensor de la fe; y otras mil joyas históricas.

Esta sala contiene también una serie de regalos valiosísimos, hechos durante el último siglo á los Papas por los soberanos de Europa. Ahí hay vasos de malaquita ofrecidos por los zares de Rusia; porcelanas de Sevres y candelabros de bronce, regalados por Napoleón I, Carlos X y Napoleón III; porcelanas de Berlín y granitos de Escocia.....

Demos otra ojeada al *Museo de antigüedades cristianas.*

Son objeto de gran veneración esos utensilios sagrados que sirvieron al culto de los primeros cristianos en la época de las persecuciones: vasos, cálices, báculos, cruces, incensarios, lámparas, trípticos de marfil; se desprenden de ellos como ondas de incienso y efluvios de fe cristiana.

Recorramos en seguida la *Galería Lapidaria*, cementerio, sin restos humanos, de lápidas fúnebres y de reliquias de muchas generaciones...

Roma, Marzo 29.

No encuadra dentro de mi propósito hacer una reseña de los artistas y obras de la época llamada *Renacimiento:* sólo iremos recorriendo las estancias y capillas Pontificias para tomar nota de las obras sobresalientes.

La Capilla Sixtina, de una sola nave, fué mandada construir por Sixto IV en 1473. Llama la atención en el interior el piso de mosaicos de muchos colores, y una balaustrada de mármol, que á imitación de las antiguas basílicas de Roma, divide la capilla en dos partes iguales.

Las decoraciones de los muros laterales imitan cortinajes y tapices antiguos, con la encina simbólica de las armas pontificales de Sixto IV.

Bajo la cornisa superior hay á cada lado seis grandes frescos iguales en tamaño: en el costado derecho están representados episodios de la vida de Jesucristo, y en el izquierdo algunos de la vida de Moisés.

Sixto IV encargó su pintura á los más notables artistas florentinos de la época.

*

Julio II llamó desde Florencia á Miguel Angel para encomendarle la pintura de la Capilla Sixtina.

Encerróse el célebre artista en la Capilla, y á pesar de algunas intermitencias en el trabajo, dió por terminado su cometido cuatro años más tarde, en 1512. Durante ese trascurso de tiempo, no permitía bajo ningún pretexto, la entrada á la Capilla, ni siquiera á los funcionarios del Vaticano.

A pesar de esta prohibición, no le faltó ocasión á Bramante para hacer entrar á la Sixtina en ausencia de su rival, á Rafael, que á la sazón pintaba en las vecinas Cámaras, con el fin que éste conociese y se inspirase en la obra originalísima de Miguel Angel.

Un soplo de inspiración divina debió de dar aliento y encumbrar al genio de Miguel Angel hasta los más recónditos misterios de la narración bíblica.

Su obra abarcó el grande cuadro de la creación; su pincel dió vida á las escenas principales del Génesis, desde la creación de la luz hasta el diluvio; su atrevido genio dió aliento á los Profetas y á las Sibilas, que, desde el techo, entre los ángulos ojivales, parecen aún lanzar al viento su misteriosa inspiración.

En los cuatro ángulos de los extremos se ven la *serpiente de bronce, Goliat, Judit y Ester*, para recordarnos la cuádruple redención del pueblo de Israel.

Habían pasado treinta años desde la pintura de la bóveda, cuando Pablo III encargó á Miguel Angel la pintura de la muralla del fondo de la Sixtina.

El artista pintó en ese espacio de veinte metros de alto y poco menos de anchura, el *Juicio Final.*

Es una concepción dantesca de portentosa fantasía, es una escena trágica y terrible. El espectador queda aterrado.

Las contorsiones de los cuerpos humanos que se agitan, los rostros despavoridos que reflejan terror; las miradas relampagueantes que se hunden en el abismo del porvenir; la trompeta de un grupo de ángeles, heraldos de la eterna justicia, que parece resonar horrísona hasta las extremidades de la tierra; los justos y santos mismos que parecen sobrecogidos de miedo; todo infunde espanto y hace recordar esa fatídica maldición: «¡Alejaos de mí, malditos de mi Padre!»

Estas terribles palabras fluctúan palpitantes en este cuadro, y llegan á rozar el alma candentes como brasas ..

Y parece que se sienten retumbar en el ambiente esas otras palabras: «¡Id al fuego eterno!» del Supremo Juez, amenazadoras como rayos de la cólera divina.

Tal es el estupendo fresco del *Juicio Final.*

*

Como Dante se complació en arrastrar á su Infierno á varios personajes importantes de Florencia, contemporáneos suyos, así Miguel Angel—que se permitía libertades que rayaban muchas veces en impertinencias — colocó á *Messer Biaggio*, maestro de ceremonias de Paulo III, en el último grupo de réprobos, con orejas de asno, y mordido el vientre por una serpiente.

El episodio es quizás demasiado vulgar, pero .. ¡se escriben tantas vulgaridades! Messer Biaggio, acompañando un día al Pontífice en la Capilla, después de haber examinado los trabajos inconclusos todavía del Juicio, dijo á Su Santidad que dicha pintura era más adecuada para figurar en una taberna que en la Capilla Sixtina.

El artista indignado con una crítica tan severa del prelado, hizo su retrato y lo colocó en el Infierno enlazado por una monstruosa serpiente, en actitud de señalar, como Minos, el abismo adonde han de caer los condenados. El maestro de ceremonias reclamó, protestó; pero Paulo III respondió con graciosa espiritualidad:

—Messer Biaggio, bien sabéis que yo recibí de Dios poder absoluto *en el cielo y sobre la tierra;* pero como nada puedo en el *Infierno,* y no tengo autoridad para sacaros de él, allí es menester que os quedéis.

Roma, Marzo 30.

Rafael Sanzio, pintor de Urbino y rey de los pintores, á los 25 años de edad ya se había conquistado una fama sin igual.

Llamado á Roma por Bramante, fué presentado al Papa Julián de la Róvere, entusiasta fomentador de obras artísticas, el cual le encargó decorar unas cuantas estancias del Vaticano, donde pintaban también á la sazón maestros ilustres, como Perugino, Pinturricchio y Signorelli.

Como el Pontífice se dió cuenta de los dotes sobresalientes de Rafael, suspendió violentamente el trabajo de los otros pintores, y aun llegó á hacer borrar sus pinturas, para dar preferencia al joven artista y encomendar íntegramente á su pincel inspirado todas las decoraciones.

En ese año, 1508, trabajaban, pues, bajo los auspicios de un gran Papa, los tres artistas más ilustres del Renacimiento: *Bramante*, *Miguel Angel* y *Rafael*.

Este último acumuló en las *Cámaras y Loggias,* con una fecundidad que pasma y un talento que no tiene rival en las artes, producciones pictóricas las más generales y variadas.

Célebre es la *Disputa del Sacramento:* parece que un reflejo de luz sobrenatural ilumina la atmósfera diáfana y vaporosa, que inunda y baña el admirable fresco.

Palpitante de fe y rebosante de nobleza y colorido es la pintura conocida con el nombre de *Misa de Bolsena.*

Refiere la tradición que en el siglo XIII vivía en la ciudad de Bolsena un sacerdote á quien atormentaban dudas sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Pues bien, un día, en el momento de la elevación de la sagrada Hostia, el sacerdote con espanto y estupor vió brotar de ella gotas de sangre verdadera. Era nada menos que un milagro que Dios había obrado para convencer á su Ministro palpablemente de la verdad de la transubstanciación.

Vasari refiriéndose á la actitud del oficiante dice: «Se conoce, en la actitud de las manos, algo como estremecimiento y espanto.»

El corporal divinamente ensangrentado con la sangre de Cristo, se venera aun en la actualidad en la catedral de Orvieto, encerrado en un magnífico relicario, y es conocido en toda la Italia con el nombre de *Sacro Corporale.*

Las manchas, un poco desleídas ya por el tiempo, representan, sino todas, por lo menos las más grandes, el perfil de la cabeza del Salvador.

*

El fresco de *San León y Atila,* lleno de vida é inspiración, evoca una de las páginas más bellas del pontificado de ese León que sus contemporáneos llamaron el Grande.

Atila, rey de los hunos, que se hacía apellidar el Azote de Dios avanzaba á la vuelta de Roma, arrasando todo á su paso.

El Papa no quiso aguardarlo en la ciudad, y salió á su encuentro á orillas del Mincio. La empresa era peligrosa.

El rey bárbaro se detiene ante la majestad del Papa y la radiante oposición de San Pedro y de San Pablo, que con sendas espadas en la diestra amenazan y rinden á ese temible conquistador que jamás había retrocedido delante de otros hombres.

Y Roma fué salvada.

*

En la *Pinacoteca* nos encontramos con dos famosos cuadros de Rafael: la *Madonna de Foligno* y la *Transfiguración.*

La Virgen, entronizada sobre blanquecinas nubes, tiene entre los brazos al divino Niño, que parece juguetear con el manto de azur de la Madre.

Al rededor de esta escena aérea, aparecen sonrientes las cabezas de delicados querubes, envueltas en medio de la vaporosidad del aire.

La *Transfiguración* es como el testamento artístico de Rafael. Fiel comentador de las narraciones bíblicas, éste reprodujo aquí con exactitud varios pasajes del Evangelio de San Mateo.

La cabeza de Cristo transfigurado fué el último y supremo esfuerzo del genio de Rafael, la última obra de su pincel inmortal.

Porque el insigne pintor murió poco después, el 6 de Abril de 1520.

Cuenta Vasari, historiador y biógrafo del *Sanzio,* que sus despojos mortales fueron expuestos al público en la sala

del Vaticano donde él solía trabajar, convertida en capilla ardiente, al pie de la *Transfiguración*.

Destrozaba el alma de dolor, dice el cronista antiguo, ver al lado del cuerpo inanimado del artista esas imágenes, á las cuales éste había dado la vida de la inmortalidad.

Le enterraron en la Rotunda del Panteón. El cardenal Bembo compuso el siguiente epitafio para su mausoleo:

ILLE HIC EST RAPHAËL, TIMUIT QUO SOSPITE VINCI
RERUM MAGNA PARENS, ET MORIENTE MORI.

Aquí yace aquel Rafael
Que en vida, inspiró á natura
El temor de ser vencida,
Y, muerto, morir con él.

Roma, Marzo 31.

Cruzo por entre ruinas, desde el Foro hasta el Coliseo, y voy reconstruyendo en mi mente, con los escombros que veinte siglos han amontonado, la historia de la Eterna Ciudad.

Ruinas del Foro.

Aquí después del rapto de las Sabinas, tuvo lugar el combate entre los guerreros de Rómulo y de Tito Tacio.

Aquí se reunía en públicos *comicios* el pueblo romano, y hablaban sus fogosos tribunos.

Aquí se administraba justicia, y se escuchaban con asombro las filípicas de Cicerón contra Antonio.

Aquí se levantaba el *templo de la Concordia*, como recuerdo de la larga lucha entre patricios y plebeyos. (366 a. C.)

*

Paso al lado del arco de triunfo de Septimio Severo. Está agrietado: sus mármoles son negruzcos. Es una página de la historia de Roma, gloriosa sí, pero carcomida por el tiempo.

Recuerdo las palabras de ese emperador cuando estaba á punto de morir: *Omnia fui, et nihil expedit:* lo he sido todo, y todo es nada.

Allí enfrente, se alza esbelto el arco de Tito, levantado en recuerdo de las victorias conseguidas por este emperador sobre el pueblo judío. La línea greco-romana, hija de la gravedad y del reposo, constituye la belleza arquitectónica de este arco.

Este arco es un monumento perenne que recuerda á las generaciones el cumplimiento de las profecías del Salvador. Trescientos mil judíos perecieron en la toma de Jerusalén y otros cien mil fueron vendidos. De la ciudad santa no quedó piedra sobre piedra.

Avanzo por entre fragmentos de columnas, miembros de estatuas, pedazos de frisos, chapiteles que cayeron de su alto fuste como penachos de palmeras tronchadas.

Más allá se ven de pie dos columnas, desnudas y ateridas. Algo más lejos, unas siete ú ocho columnas, sobre bases áticas, levantan sus tristes cabezas jónicas ó corintias.

¡Y pensar que este paraje fué un tiempo corazón del mundo, centro de vitalidad de un pueblo grande!

Ahora es un montón de escombros, un vasto sepulcro donde se guardan las osamentas de más de veinte centurias.

Seguí mi camino, mientras se iba desenvolviendo ante mi mente la historia de este pueblo con sus fastos y con sus tristezas... mientras evocaba ante el tribunal de mi conciencia sombras augustas como las de Cincinato y César Augusto, odiosas como las de Mario y Sila, radiantes como las de los Escipiones....

Y leo nombres, nombres que fueron gloriosos, en cada montón de escombros, como si éstos fuesen los monumentos que ha venido levantando el Tiempo á la memoria de los grandes hombres!

*

He llegado muy cerca del Coliseo, llamado también Anfiteatro Flavio. De proporciones extraordinarias, éste se va agrandando á medida que me acerco á él. Es el señor de este pueblo de ruinas: parece que surge con su redondez desmesurada y muros despedazados desde el fondo de los siglos.

Coliseo.

Un escritor moderno se lo figuraba como un monstruo, una especie de pulpo negro, hecho pedazos, lleno de ojos ó de mordeduras por todas partes, achatado, agarrado á la tierra en que se hunde....

Su circunferencia elíptica mide 524 metros, y su altura metros 48 y 50 cm. La mano destructora del tiempo ha demolido una gran parte, y ha dejado en pie un pedazo de muro que se yergue amenazante hacia el Esquilino.

Comprendía cuatro pisos de diferente arquitectura: el primero dórico, el segundo jónico y los otros dos corintios.

En estas vastas galerías podían caber más de 50.000 personas. El gran óvalo del circo, en el interior, constituía la arena, campo de lucha para los gladiadores, y de martirio para los cristianos; se extiende en un plano horizontal y mide metros 86 por 54. Bajo la arena, en descubierto, se ven muros, pilares destruidos, hacinamiento de escombros: eran los subterráneos del circo. Ahí se guardaban las fieras destinadas para los juegos; ahí se encerraban á los cristianos destinados al martirio; ahí se encontraba el *spoliarium* ó lugar adonde arrastraban los cadáveres.

Todo esto me pareció como vísceras secas, momificadas, del gran esqueleto del Coliseo que se ofrece hoy á la vista.

El emperador Tito inauguró el anfiteatro con cien días de fiesta. Fué entonces cuando para divertir al populacho dejaron su vida en la arena, diez mil hombres cautivos y cinco mil fieras.

Y en tiempo de Trajano, en el espacio de ciento veinte y tres días, perecieron diez mil gladiadores.

*

Después de haber lanzado rápidas ojeadas al conjunto y á los detalles del vasto Anfiteatro, me senté en un chapitel de mármol y me sepulté en honda meditación....

Con una mirada retrospectiva lanzada hasta el fondo del corazón podrido de la vieja Roma, contemplaba los esfuerzos titánicos del paganismo para ahogar en piélagos de sangre la semilla de la fe cristiana que los heraldos del Evangelio iban esparciendo por el mundo.

Contemplaba las contorsiones angustiosas de un mundo que agonizaba, cargado de crímenes y manchado de sangre, y apartaba mi vista de los espectros de Tiberio, Nerón, Calígula y Domiciano.... Contemplaba á un pueblo degenerado que tumultuando pedía *panem et circenses*, pan y juegos, y que en masa se lanzaba hacia el Anfiteatro gritando: *Christianos ad feras*, los cristianos á las fieras.

Y todo cobraba vida en mi fantasía.

Veía las inmensas galerías atestadas de pueblo, que se agitaba como un mar en borrasca; veía al emperador, rodeado por sus pretorianos, presidiendo la fiesta; veía á las Vestales, que decidían de la vida ó muerte de los combatientes con sólo levantar ó bajar el dedo pulgar...

Veía á los gladiadores desfilar ante el César diciéndole antes de cumplir el sacrificio de la vida: *Cæsar, morituri te salutant:* César, los que van á morir, te saludan.

Asistía á sus encarnizados combates; veía sus miembros destrozados, sus entrañas palpitantes, sus heridas manando sangre... oía sus lastimeros y ahogados quejidos....

Y me estremecía cuando el pueblo delirante y sediento de sangre, con el instinto de una fiera, iba contando, con un goce brutal, cada herida del gladiador, y pedía á gritos su muerte cuando éste caía sobre la arena, para que no quedase en él un solo aliento de vida antes de ser arrastrado al *spoliarium.*

Después se me aparecía el mártir cristiano en medio de la arena, de rodillas, con sus manos juntas, los ojos al cielo, orando y ofreciéndose en holocausto á Dios....

Ultima plegaria.

Él no huye, no se queja, no mata: sonríe y ora... Sus ojos buscan en lo alto el coro invisible de los ángeles que han de bajar con una palma inmarcesible y con guirnaldas de lirios.

Sus labios se abren para pronunciar el nombre de Jesucristo é implorar un rayo de fe para esa muchedumbre delirante.

La hora del sacrificio ha llegado.... y mientras sus miembros destrozados por las fieras palpitan aún, su alma vuela en alas de los ángeles á las regiones del cielo...

El pueblo pagano no se explica cómo se puede morir con la sonrisa en los labios y la calma en el semblante, y vocea, delira; y siente el peso de las vindictas divinas que se avanzan con las hordas del Norte bramando como una tempestad....

Escribía Luis Veuillot:

« La Providencia condujo aquí héroes desde todas las partes del mundo para formar una multitud gloriosa y santa de todos los sexos, de todas las edades, de todas las condiciones y de todos los países. ¿Qué cristiano podrá decir que no tiene allí un antepasado? En cuanto á mí, puedo asegurar que cuando me prosterno sobre esta tierra, paréceme que siento el contacto de mi propia sangre.»

*

Ya la hora era avanzada.... Todo estaba esfumado.... El sol se había puesto, y el cielo estaba gris.

De lo alto caían grandes girones de tinieblas que iban envolviendo y cubriendo como de negros crespones el amplio anfiteatro, el cual parecía un inmenso túmulo, levantado en medio de ruinas, bajo el cual reposasen las cenizas de veinte siglos.

Solo faltaban las estrellas en el firmamento para que como antorchas funéreas alumbrasen esa escena de muerte.

Había llegado la noche: la noche triste, que es el día de las ruinas.

Bandadas de cuervos pueblan el aire con sus chirridos, y un sinnúmero de murciélagos revolotean al derredor que-

brando bruscamente la línea de su vuelo como si huyesen de enemigos impalpables.

Y á lo lejos, por el occidente, suenan las campanas de la ciudad é invitan á la plegaria....

Me arrodillé en este grandioso santuario y oré... como sobre los despojos de los mártires y entre el vapor de su sangre.

Roma, Abril 2.

Esta mañana recé misa en la Basílica de San Juan de Letrán.

Me llevaba á ella el deseo de conocer una iglesia que ha figurado en muchas páginas gloriosas de la historia eclesiástica.

Al centro de la plaza se levanta un obelisco de granito rojo, el más grande de todos los obeliscos conocidos. Mide 32 metros de alto (con el pedestal, 47).

Había sido erigido por Thotmes III, dieciséis siglos antes de Jesucristo, ante el templo tebano de Ammón. Traído á Roma por el emperador Constancio para adornar el Circo Máximo, fué trasladado (año 1588) á la plaza de San Juan por Sixto V.

La gran fachada de la Basílica, levantada por Galileo á mediados del siglo XVII, es en su género la más hermosa de Roma.

El pórtico sostenido por cuatro columnas colosales y algunas pilastras, lleva sobre sí una extensa *loggia* desde la cual, el día de la Ascención, los Pontífices impartían á la muchedumbre la bendición *urbi et orbi*, antes de 1870.

Sobre los balaustres del opulento edificio encarámase una pintoresca fila de estatuas colosales, entre las cuales preside, á mayor altura que las demás, la estatua del Redentor.

Al extremo izquierdo del vasto pórtico se ve la estatua de Constantino con el lábaro cristiano. La última puerta de la derecha, amurallada, es la *Puerta Santa.*

Fué en esta basílica, donde Bonifacio VIII, en el año de 1300, instituyó el Jubileo Santo; de aquí se hizo extensivo á San Pedro y demás iglesias patriarcales.

Recuerda el hecho un pequeño fresco de Giotto, obra artística de mucho mérito, que se encuentra en la nave lateral de la derecha, sobre el segundo pilar.

La basílica tiene 130 metros de largo.

Esta inmensa longitud parece prolongarse aún más por la inmensidad de los recuerdos que van anejos á esta Basílica.

Bajo sus cinco naves resonaron los oráculos de cinco Concilios ecuménicos.

Un ciborio gótico se eleva sobre el altar de la Confesión. Debajo de la mesa de este altar se conserva la misma mesa que sirvió á San Pedro para decir misa en casa del senador Pudencio.

El altar del Smo. Sacramento está sostenido por cuatro enormes columnas de bronce dorado, traídas, según la tradición, por Tito del templo de Jerusalén entre los botines de su victoria.

Sobre el tabernáculo de este altar, consérvase la mesa, ó mejor dicho un gran trozo de la mesa de cedro, sobre la cual, en la cena del Cenáculo, consagró Jesús su mismo Cuerpo y Sangre. Se la descubre sólo en la fiesta del *Corpus Christi.*

En la cripta sepulcral de la capilla Corsini, se admira el bellísimo grupo de la *Pietà,* una de las joyas esculturales de Roma, que rivaliza en sentimiento con la célebre *Pietà* de Miguel Angel, en San Pedro.

En este venerando santuario, cúpome la dicha de rezar la misa.

¡Cuántos sentimientos emocionantes bullían en mi alma!

No me sentí solo cuando inclinado hacia el altar rezaba el *Confiteor:* como si diecisiete siglos lo hubiesen rezado conmigo...

No oía sólo mi voz al entonar el *Credo*: como si los Padres de los Concilios ecuménicos hubiesen estado ahí para pronunciar muy alto el símbolo de nuestra fe.

Al salir de la Basílica, dimos una mirada al Baptisterio *(S. Giovanni in Fonte)*, de construcción octágona, donde, se dice, Constantino fué bautizado por el Papa San Silvestre.

Y entramos á la *Escala Santa*. Según la tradición, es la misma del pretorio de Pilatos por la cual subió Nuestro Señor Jesucristo. Tiene 28 gradas de mármol que Clemente XII hizo cubrir con un forro de madera para protegerlas.

No se puede subir por ella sino de rodillas. Al llegar nosotros, las gradas estaban cubiertas de devotos que pausadamente iban ascendiendo y dejando un beso cálido sobre unas ligeras manchas rojizas, que, protegidas por vidrios, se encuentran en dos de las gradas, como huella de sangre vertida por el Salvador al ascender el Pretorio.

Era una ola humana que iba creciendo, rebosante de fe é impregnada de lágrimas, empujada por otra oleada que comenzaba á subir...

Subí yo también, y sentí calor como si la sangre divina abrasase mis rodillas, ó como si el fuego de tantos corazones, que me rodeaban, palpitantes de fe, hubiese comunicado calor al mío...

Subía con el cuerpo ligero, casi sin darme cuenta, mientras con mi alma vagaba en la semioscuridad del pretorio de Pilatos y entre los olivos del Huerto.

Había llegado á la cima, donde pude contemplar una capilla de puro estilo gótico, con una imagen de Cristo en mosaico en el estilo del siglo IX.

Se llama la capilla del *Sancta Sanctorum* por encontrarse en ella además de muchas reliquias, una imagen ó retrato del Salvador pintado por San Lucas sobre madera y encerrado en un magnífico tabernáculo de plata.

Considera la Iglesia que dicha imagen es auténtica, y agrega la tradición que por no haberla podido terminar el Evangelista, la acabó un ángel. Así se explica su nombre griego de *acheiropoëton,* ó sea cuadro hecho sin manos.

Cuentan varias crónicas que después de la Ascensión de Jesucristo, la Virgen María y los apóstoles, encargaron á San Lucas, que era pintor, un retrato del Maestro, á fin de que no se perdiese el recuerdo de su fisonomía. El Evangelista después de haber delineado el dibujo, quedó tres días en oración y ayuno para prepararse santamente á la obra; pero al cabo de éstos encontró las líneas de aquel esbozo cubiertas de colores y perfectamente acabada la efigie de Jesús.

En seguida el cuadro fué traído á Roma, ó bien por San Pedro, ó bien por Tito después de la conquista de Jerusalén, ó bien llegó en forma milagrosa enviado por San Germano, patriarca de Constantinopla, á fin de escaparlo de los destrozos de los Iconoclastas. Como el Papa Gregorio III hubiese sabido por revelación la llegada de la Imagen, se dirigió á Ostia, la encontró en las bocas del Tíber y la trajo á Roma.

Bajamos .. y antes de salir contemplamos en el vestíbulo dos hermosos grupos esculturales de Giacometti, que representan uno el *Ecce Homo,* y el otro el *Beso de Judas.*

Y nos encaminamos hacia el Tíber, anatematizando á los muchos Pilatos que por cobardía condenan al divino Maestro, y á los muchísimos Judas que aun hoy en día le venden por treinta monedas.

*

.....

Eran las 11 y media de la mañana: me encontraba en la sala del trono, en el Vaticano. Aun desfilaban ante mi

imaginación los vistosos uniformes de la guardia Suiza y de la guardia Noble. Aun mi pensamiento iba vagando bajo las naves de San Juan de Letrán y al rededor de la *Scala Santa*...

Me llamaban por momentos á la realidad de las cosas los pasos apagados de los que iban entrando y los suspiros mal comprimidos de una dama inglesa que tenía á mi lado.

—*Please, Sir*, ¿qué haremos — me dijo ésta — cuando éntre el Papa?

—*Be still, madam*: haremos lo que hagan los demás — le contesté.

Por el momento no encontré mejor contestación para calmar á esa señora.

Y seguían entrando caballeros y damas en rigurosa etiqueta, tomando asiento al rededor de la sala. Esta ya estaba completa.

Reinaba un silencio solemne. Los ánimos estaban sobrecogidos por la próxima aparición del Papa: y los ojos, en los cuales parecía aletear el alma, miraban ansiosamente de hito en hito á la puerta de entrada.

Yo también me sentí contagiado por las ansiedades de mi ilustre vecina, y, con el reloj en mano, contábamos los minutos....

—Todos de pie: el Papa va á entrar.

El Papa apareció en el dintel de la puerta, vestido de blanco, con la sonrisa en los labios y una corona de blancos cabellos en la frente.

Venía algo encorvado, como si los años y su gran poder pesasen mucho sobre sus hombros.

Todos caímos de rodillas é intentábamos devorar con los ojos esa veneranda figura.

El Papa se adelantó con paso humilde, y dió á besar su mano á los primeros de la derecha. Y en su actitud humilde y bondadosa, parecía dar con su mano todo entero su gran corazón...

Algunos más animosos le hablaban, y El contestaba con el cariño de una madre y la afabilidad de un amigo.

Cuando se acercaba á mí, tuve ocasión de clavar en él una mirada investigadora, y descubrir en la retina de sus ojos una indefinible dulzura.

Llegó mi turno.

—Santísimo Padre,—le dije en italiano,—pídole una bendición especialísima para mí, para mis parientes y amigos, y para los Cooperadores de la Obra Salesiana de Concepción de Chile.

Y estampaba en su mano un beso ardiente.

—¿De Concepción de Chile?—repitió mirándome con interés, como si hubiese tocado una de las fibras más sensibles de su corazón.

En esa mirada leí un rasgo de predilección por Chile y un motivo de confianza para mí.

Nunca como en ese momento me sentí más orgulloso de haber atado mi destino á Chile, y de haber consagrado mis días á la juventud de la hidalga ciudad de Concepción.

Y con placer inefable volví á repetir más alto:

—Sí, Santísimo Padre,.... de Concepción de Chile.

Comprendió el Santo Padre mi justa complacencia, se sonrió dulcemente, elevó su mano y la posó sobre su corazón, y dijo dos veces:

—*Di tutto cuore, di tutto cuore.*

Y pasó adelante, mientras yo, mirando de soslayo al Pontífice, paladeaba mi lengua, como si quisiera agotar de un golpe toda la dulzura que entrañaba para mi alma esta palabra: *Concepción de Chile.*

Después Pío X, de pie en el medio de la sala, habló á todos unas de esas palabras que con sabor de verdad y acento veneciano suelen caer de los labios del Vicario de Cristo, bendijo y enriqueció con indulgencias los objetos piadosos que llevábamos, y dió por último su bendición papal.

Incliné mi frente y sentí un santo estremecimiento recorrer todos mis miembros: esa mano que se levantaba para bendecirme me pareció como si fuese la mano misma de Jesucristo.

El Papa desapareció como desaparece una blanca visión; y á medida que su silueta se iba borrando de mis ojos, en mi mente cobraban vida y fuerza las palabras que Jesús había dirigido á San Pedro:

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.»

Y repetía maquinalmente: *Tú eres Pedro...*

Y pensaba: «San Pedro moría en Roma, sobre el Janículo, con la cabeza abajo como para depositar la diadema de Pontífice sobre sus sucesores en la Cátedra de Roma.

San Pedro ha vivido en los doscientos cincuenta y ocho Papas que sucesivamente han ocupado la cátedra romana....

San Pedro vive en Pío X, y ha transfundido en el alma de este Pontífice su ardiente amor á Jesucristo y su celo por la salvación de las almas. »

Y repetía: *Las puertas del infierno no prevalecerán...*

« El pontificado romano es como una roca enhiesta en medio del océano; contra ella van á romperse las olas de la tempestad deshaciéndose en espuma...

Y ella siempre firme como una torre:

Come torre ferma che non crolla
giammai la cima pel soffiar dei venti.

Es que el dedo de Dios ha escrito sobre ella: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*»

Departiendo conmigo mismo estas razones, había llegado á la plaza de San Pedro.

Era la una de la tarde.

*

Hacia las 3, tomé el tranvía de los Castillos Romanos, que me llevaba á Frascati.

En otra circunstancia me habrían enajenado los panoramas encantadores que Frascati ofrece al viajero... pero esta tarde no pude dominar mis emociones...

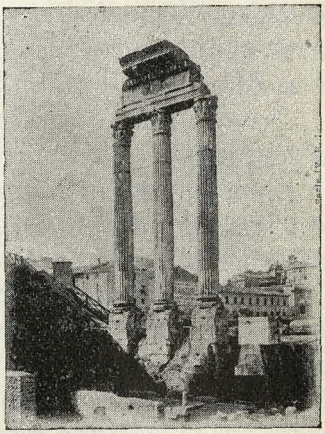
En balde huía con el cuerpo de Roma, cuando el alma se había quedado en el Vaticano.

Roma, Abril 2.

Es imposible que un extranjero visite á Roma y deje de recorrer las soledades de un camino suburbano que desde la puerta Capena, dirigíase en línea recta hacia el mediodía, atravesaba las lagunas pontinas y llegaba hasta Capua, al principio, y luego después hasta *Brundusium* ó Bríndisi actual.

Es la célebre *Via Appia.* Desde la puerta Capena, á uno y otro lado del camino, comenzaba doble fila de sepulcros...

Aun se notan aislados y en ruinas, el sepulcro de los Escipiones, el de Cecilia Metella y otros.



Ruinas del Foro

Se ven todavía los *columbaria,* edificios que tienen como la forma de palomares con sus casillas. Guardan cenizas humanas.

En el columbario de los libertos de Livia, tuvieron sepultura más de seis mil individuos. Una décima parte de éstos estaba al servicio personal de aquella dama.

De trecho en trecho se ven masas de ladrillos informes; aquí y allá un ciprés de forma piramidal y uno que otro pino de copa redonda.

Ahí reina imponente la soledad y la doble majestad de las ruinas y de las tumbas.

Uno se siente sobrecogido y parece que oye una voz que dice: Esta tierra que pisas con planta profana es el polvo de diez y seis siglos, es la ceniza de las viejas generaciones romanas...

*

Por este camino huía de Roma una vez el apóstol San Pedro, para alejarse de las iras de Nerón y guardar su vida para el bien de su grey.

De pronto se encuentra con un hombre, al parecer desconocido, de ojos garzos y dulces, de barba rubia, de larga cabellera que, partida sobre la frente, le caía en ondas sobre los hombros. A paso lento caminaba hacia Roma, agobiado por el peso de una cruz.

San Pedro le reconoció, y exclamó con acento de sorpresa:—*Domine, quo vadis?:* Señor, ¿á dónde vais?

—Voy á Roma—contestó Jesús—para hacerme crucificar de nuevo.

Comprendió San Pedro, torció sus pasos hacia Roma, y fué á arrostrar los furores de la persecución y los peligros de la muerte.

Hoy, en el sitio del encuentro, se levanta una iglesia llamada *Quo Vadis*, donde se conservan las losas del antiguo camino.

Una de éstas lleva grabadas las huellas de dos pies taladrados que la tradición reconoce como huellas del Redentor.

*

Ya nos encontramos cerca del Cementerio de San Calixto, que es una red de subterráneos, donde los cristianos sepultaban á sus muertos.

Bajemos á estas célebres Catacumbas y vamos á respirar la atmósfera de los primeros siglos del Cristianismo.

Un guía nos acompaña y nos provee de largas cerillas para alumbrar el camino.

Se desciende por una escalera, del siglo IV, y llegamos á un pequeño vestíbulo alumbrado por un lucernario que arroja en haces la luz del día.

Sus paredes hállanse cubiertas de *graffiti*, inscripciones y exclamaciones escritas por peregrinos.

Caminamos en medio de la obscuridad; nos adelantamos por esas excavaciones *(ambulacra)* más ó menos angostas, abiertas en el *tufo*; examinamos con la débil luz de la cerilla los *lóculi*, nichos ó tumbas superpuestas las unas á las otras, á ambos lados del subterráneo, por el estilo de las tablas de una estantería.

En estos nichos se ven aún desparramados algunos huesos, cuya blancura salta á la vista en medio de la sombría obscuridad de las catacumbas, é infunde en el alma una impresión de pavor á la par que un sentimiento de veneración.

Estamos en la célebre capilla de los Papas, donde catorce de éstos, durante algunos lustros de los siglos III y IV, fueron enterrados.

Esta pequeña bóveda obscura y perdida en el dédado de los cementerios, esos arcosolios y sarcófagos vacíos, esas inscripciones á medio destruír, son para el alma cristiana un mudo poema que está cantando las victorias de la fe é inmortalizando los nombres de gloriosos Pontífices.

Seguimos. Parecía que la obscuridad se hacía más densa; adelante se veía el punto negro del agujero que continuaba, y al rededor sombras que huían de nosotros para replegarse á nuestras espaldas.

La débil luz de las cerillas, semejante á fuegos fatuos movidos por una corriente aérea, á veces se alargaba proyectando en las paredes figuras extrañas.

Ibamos caminando en medio de las sombras, envueltos en el misterio, respirando aire frío, percibiendo olor á tierra húmeda, besando con el alma esos despojos que en sus sepulcros entreabiertos blanqueaban en la obscuridad...

Guardábamos religioso silencio, como en un santuario.

Sólo de cuando en cuando la voz cadenciosa del guía resonaba en el ambiente, como eco de una plegaria, para referirnos la historia de los mártires y explicarnos el simbolismo cristiano.

Una de las figuras más reproducidas sobre las tumbas es el buen Pastor llevando en sus hombros la oveja que se le había perdido.

Y el pez, cuyas letras griegas indican lo que es el Cristo: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

Una de las ideas que encarnan las pinturas é inscripciones es la esperanza de la resurrección final, según aquello de Tertuliano: *Fiducia christianorum resurrectio mortuorum.*

Llegamos á un espacio circular.

—Aquí,—dice el guía,—se colocaba Santa Cecilia para alumbrar con una lámpara el camino á los cristianos; aquí está su sepulcro.

El sepulcro se había convertido en altar, sobre el cual un sacerdote extranjero ofrecía en ese momento el divino Sacrificio, al cual asistían unas piadosas señoras.

Sin duda, eran peregrinos venidos de lejanas playas, los cuales habían querido saturar su alma de piedad, de aires de catacumba.

Me sentí emocionado. Me figuré ver al Pontífice de los primeros siglos rezar la Misa sobre este mismo sepulcro, y distribuir la Sagrada Comunión .. y entregar el Pan Eucarístico al niño Tarcisio para que lo llevase, oculto en su pecho, á los futuros mártires de la fe...

Creí sentir, como eco apagado, sus fervorosas exhortaciones á los primeros cristianos...

Y esa cripta, donde yo sentía el espíritu de la dulce virgen ciega, se poblaba de himnos, de cánticos de victoria, de religiosas salmodias...

Esas catacumbas, empapadas en sangre de mártires, se hacían estrechas para contener esa multitud desbordante

de fieles que en piadoso cortejo iban á sepultar los restos destrozados de algún hermano que había padecido el martirio por la fe...

¡Qué exequias aquéllas! No habría coronas fúnebres, pero abundarían plegarias y correrían lágrimas de ternura...

*

Habíamos perdido todo rumbo, creíamos encontrarnos en un laberinto sin vuelta posible á la luz del día; nos hundíamos más en las sombras y en las entrañas de la tierra.

Sentíamos los estremecimientos del frío y del pavor, y acudían involuntariamente á nuestros labios las expresiones de Virgilio:

Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent: por todas partes la obscuridad profunda y el silencio mismo aterrorizan á las almas.

Y no es extraño, pues el mismo San Jerónimo, describiendo su impresión sobre las Catacumbas, hace más de quince siglos, dice:

«Cuando yo habitaba en Roma, niño todavía, adopté la costumbre de visitar todos los Domingos las tumbas de los Apóstoles y mártires, y de recorrer con asiduidad las criptas perforadas en el seno de la tierra. Estas ofrecen á uno y otro lado innumerables senderos que se cruzan en todos sentidos, con millares de restos humanos sepultados á diferente altura; y allí reina por todas partes una obscuridad tan profunda que creeríamos encontrarnos con la realización de esta terrible frase del Profeta: *Vivos descendieron á los infiernos.*»

*

La cerilla estaba á punto de concluirse, cuando preguntamos al guía:

—¿Estamos ya al fin de las catacumbas?

—¡Imposible!—contestó:—ésta sóla tiene más de tres leguas de extensión.

Las galerías cementeriales resultan tan vastas en longitud horizontal que, tomadas en conjunto, alcanzarían á medir 875 kilómetros, es decir, más que la extensión de la Italia de un extremo á otro.

Un rayo de luz, como hebra de oro, llegó á iluminar el camino, y entibiaron el ambiente las brisas del día.

Ya estábamos afuera, nadando en un mar de luz y bañándonos en los tibios rayos del sol.

¡Cuán puro nos parecía el aire, cuán risueña la campiña, cuán azul el cielo!

¡Cuán distinto nos pareció el mundo de las Catacumbas, del mundo del siglo XX!

*

Hoy es un día que he dedicado á vivir casi exclusivamente bajo tierra.

He visitado, pues, la cárcel Mamertina, donde por ocho meses estuvieron presos los apóstoles Pedro y Pablo.

En este mismo sitio, Roma victoriosa asesinaba á sus vencidos, mientras el César en el templo del Capitolio daba gracias á los dioses. El César no salía del templo hasta que un ministro no le hubiese anunciado la muerte de los enemigos de Roma, diciendo: *Actum est:* se ha acabado.

La cárcel consta de dos capacidades sobrepuestas, comunicadas por medio de un agujero, por el cual se descolgaba al prisionero con una cuerda.

Descendimos por una escalerilla lateral.

En la cueva inferior, prisión de los apóstoles y un tiempo de Yugurta, se conserva y venera la columna á que San Pedro estuvo atado, y ahí se ve la fuente que éste hizo brotar milagrosamente para bautizar á sus compañeros de prisión que había convertido.

¡Cuántos recuerdos! ¡Y qué satisfacción ver con mis propios ojos y tocar con mis mismas manos lo que había aprendido en las páginas de la historia!

Muchas veces tuvimos que exclamar, deslumbrados por la evidencia de los hechos, las palabras de los Apóstoles ante los prodigios del Divino Maestro: — Creo, Señor, pero Tú aumenta mi fe.

Roma, Abril 4.

Una visita á la gran basílica de San Pablo *extra muros.*

Pasamos por la puerta de San Pablo, ó Puerta Ostiense según el decir antiguo, la cual abre paso á través de las murallas aurelianas al camino consular que conduce á Ostia.

Bajo el arco de esta misma puerta, pasaron, cuatro siglos más tarde, el bárbaro Totila y el godo Genserico.

Este último, al decir de la leyenda, al emprender su expedición aventurera, había dirigido al piloto de la nave esta orden lacónica: — Llévame hacia las playas amenazadas por la cólera divina.

Contigua á la puerta, se encuentra la pirámide sepulcral de Cayo Cestio, pretor y tribuno del pueblo, años antes de Jesucristo.

Está revestida de mármol blanco, que el tiempo y la intemperie tienen sombreado con pátina deliciosa é inimitable.

Avanzando un poco divisamos una capilla pequeña y modesta. En este lugar se separaron San Pedro y San Pablo para ser llevados al martirio. Esta escena de despedida está representada en el relieve en mármol colocado sobre la puerta de la capilla.

En medio de campestres despoblados, se levanta la gran basílica con su alta torre coronada por un templete circular, desnuda en el exterior de decoraciones y preocupaciones estéticas, pero rica en el interior de preciosidades y arte.

Es digno monumento destinado á honrar los restos del grande Apóstol, conservados debajo del altar y venerados desde el día de su martirio.

Porque el solo nombre de San Pablo evoca toda una historia de proezas y martirios. Llamado por Dios á evangelizar al mundo, fué perseguido en Damasco, echado de Antioquía, lapidado en Licaonia, azotado en Macedonia, burlado en Atenas, hecho el blanco de calumnias en Corinto, de persecuciones en Efeso, llevado al calabozo en Atenas y en Roma... Pero á todas partes había llevado el calor de su fe y la buena nueva del Evangelio.

*

Al entrar, la mirada se pierde en medio de un bosque de columnas relucientes de granito blanco, simétricamente colocadas en cuádruple fila.

Los ricos decorados del artesonado envían desde la altura sus múltiples reflejos de color y oro; y allá á lo lejos, medio confundido con los mosaicos de fondo dorado y el verde de la malaquita, entre columnas de alabastro y lámparas de bronce, álzase el baldaquino de la Confesión, bajo cuyo altar queda escondido el sarcófago con las cenizas de San Pablo.

Recorramos la basílica y veremos reunido ahí granito de los Alpes, alabastro de Egipto, malaquita y lapizlázuli provenientes de Rusia; encontraremos verde y amarillo antiguo, mármol *pavonazzetto* y *cipollino,* pórfido, y cuantas piedras raras y valiosísimas suministra la naturaleza.

Adornan las paredes de la basílica en torno del transepto y de sus naves, medallones con efigies de todos los Pontífices romanos desde San Pedro hasta Pío X.

Esta larga galería pontificia nos estaba recordando las palabras de Jesucristo á sus apóstoles: — *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos (1).*

Imposible no sentirse penetrado de admiración ante esta augusta jerarquía que ha logrado mantenerse firme y constante al través de los siglos.

---

(1) San Mateo, XXVIII, 20.

Se extinguieron dinastías seculares, cayeron deshechos imperios y tronos; y la Iglesia de Cristo, pujante de juventud y cargada de trofeos, ha seguido su marcha, pisando con su pie virginal la ceniza de sus perseguidores.

La historia, en sus páginas dilatadas, no puede ofrecernos un solo ejemplo de análoga estabilidad.

Buscamos en medio de esa interminable fila de Pontífices, la efigie de San León, San Gregorio Magno, Inocencio III, Gregorio VII, Pío IX, León XIII, y de muchos otros que cubrieron de gloria su carrera pontifical.

En una de las capillas que se abren á la espalda de la iglesia se encuentra el famoso crucifijo atribuido á Pedro Cavallini, discípulo de Giotto. Delante de él ofreció sus votos sacerdotales Ignacio de Loyola, antes de fundar la Compañía de Jesús.

*

Vamos á buscar, á una distancia de dos kilómetros, el sitio de la decapitación del Apóstol de las gentes.

Refieren las Actas Apostólicas que San Pablo fué decapitado en un lugar llamado, *ad aquas Salvias*.

Habíamos llegado.

Tres santuarios se levantan en este paraje. Una pintoresca portada, como la de un castillo medioeval, sobre la cual trepan hiedras y rosales, da acceso al recinto poblado de árboles y verdura. En todo el ambiente rebosan la poesía y el sentimiento.

Velan sobre este lugar sagrado los monjes de San Bernardo, con su blanco sayal y austera solemnidad.

En el santuario situado al fondo de los jardines y medio oculto en la espesura, se encuentran las *Tres Fuentes* que, según la tradición, brotaron en el instante y en el lugar en que la cabeza del Apóstol, separada del cuerpo, dió tres saltos consecutivos por la pendiente de la colina.

Las fuentes están escondidas dentro de otros tantos altares de mármol, ricos en artísticas decoraciones y modernos en su estructura.

Su agua es fresca y cristalina: no hay viajero ni peregrino que no apure unas cuantas copas.

He vuelto rendido de cansancio, pero conservando viva y despejada en mi mente la imagen del agreste paisaje, del tupido bosque, de las barbas con hebras de plata de esos venerandos ermitaños trapenses...

Roma, Abril 6.

No nos detendremos ya á describir las otras suntuosas basílicas que adornan la Eterna Ciudad y que fueron objeto de nuestros minuciosos estudios.

Todo es grande, todo es venerando en Roma.

Se diría que cada piedra lleva el sello de antiguas grandezas: que cada trozo de mármol es una página de gloriosa historia.

Mal á pesar nuestro, hemos de desistir del deseo de trazar en el papel las impresiones que han venido agitando nuestra alma en estos días de afanosas visitas. Sólo anotaremos algunos datos más importantes.

En la basílica llamada *Santa Cruz en Jerusalén,* tuvimos la satisfacción de ver tres grandes fragmentos de leño de la Pasión, traídos de Jerusalén por Santa Elena, y uno de los clavos de la Crucifixión.

A fines del siglo XV, el mismo día del año 1492 en que los moros fueron expulsados de Granada, se hizo un gran descubrimiento en la parte superior del ábside de la iglesia.

Los obreros que llevaban á efecto ciertas reparaciones, encontraron encajado en el muro un pequeño cofre de plomo, y dentro de él una tabla de dimensiones muy

pequeñas, donde se podía leer con alguna dificultad esta frase: *Jesús, rey nazareno,* en los tres idiomas antiguos, hebreo, griego y latín.

Era la misma tabla que Pilatos había hecho poner sobre la cruz de Nuestro Señor. Esta preciosa reliquia de la Pasión está ahora encerrada en un relicario de plata.

Esto nos impresionó vivamente, y removió en el fondo de nuestra alma sentimientos de fe.

Teníamos en nuestra presencia objetos que nos hablaban del extremado amor del buen Dios hacia los hombres, y de la generosidad de su sacrificio.

Casi podíamos tocarlos, estos objetos, con nuestras manos, cercionarnos con nuestros propios ojos, como el apóstol Tomás, cuando vió y tocó con su dedo la llaga del Costado del Salvador.

A propósito, ese dedo se venera aun hoy día en esta iglesia, como testimonio perenne de la verdad de nuestra religión, como motivo de fe para las almas agitadas por la duda ó por la incredulidad.

Estuvimos á punto de exclamar con ese Apóstol:

—*Dominus meus et Deus meus:* ¡Mi Señor y mi Dios!; (1). porque como él, habíamos visto y palpado la verdad...

*

Entremos en la grandiosa basílica de *Santa María Mayor.*

No nos ocupemos de su estilo estrictamente basilical, ni de la doble fila de preciosas columnas jónicas traídas de las canteras griegas del Himeto, ni del espléndido y colosal baldaquino que corona el altar papal.

Aquí se conserva en magnífico relicario de plata la preciosa reliquia de la Cuna, dentro de la cual el niño Jesús fué transportado á Egipto.

---

(1) San Juan, XX, 28.

Vale la pena de mencionar también que en esta basílica reposan las cenizas del evangelista San Lucas, compañero de San Pablo y narrador de su martirio.

Al inclinarnos ante el altar mayor, recordamos dos episodios históricos ocurridos á Pontífices mientras allí celebraban la Misa.

El exarca Olimpio había enviado un soldado para tomar preso y asesinar á San Martín I durante el Sacrificio. Pero al llegar al altar el soldado se puso ciego repentinamente, y tocado por la gracia divina, echóse de rodillas pidiendo perdón. Esto acontecía á mediados del siglo VII.

Pocos siglos más tarde, la víspera de Navidad, el año de 1075, en una noche de terrible tormenta, se vió al anciano Papa Hildebrando con un cortejo de sacerdotes y fieles avanzar hacia la iglesia de Sta. María Mayor, con el objeto de orar ante la Virgen Deípara y ofrecer el Sacrificio.

En esto estaba cuando el patricio Cencio y sus secuaces lanzáronse violentamente contra el Papa, lo despojaron de sus vestiduras pontificales, lo maltrataron y le condujeron á una habitación fortificada en el interior de la ciudad con la intención de poner fin ocultamente á su vida.

Pero el pueblo enfurecido se agolpó en masa á las puertas del castillo y amenazaba arrasar con él si no dejaban en libertad al Papa. Se estremecieron muros y puertas con los golpes de aquella muchedumbre furiosa, que pronto invadió la casa.... Cencio se echó á los pies de su víctima, implorando quisiera salvarle la vida. Hildebrando no trepida en conceder el perdón á su victimario, y le salva de la furia de sus libertadores. Después entre las aclamaciones del pueblo se dirige nuevamente á Santa María Mayor para dar término á las solemnidades de Navidad.

*

La basílica de *Santa Praxedes* es célebre por haber hecho trasladar á ella el Papa Pascual I, dos mil trescientos cuerpos de mártires.

Debajo del altar dentro de su sarcófago antiguo quedaron depositados hasta hoy los cuerpos de las dos hermanas Praxedes y Pudenciana.

Sobre el pavimento de la nave central se ve un pozo de piedra, que es el mismo que santa Praxedes conservaba en su casa, en el cual recogía la sangre de numerosos mártires.

Al fondo de la iglesia se ve una plancha de rico mármol oscuro, incrustada en la pared. Fórmanle marco, á manera de dosel arquitectónico, dos columnas de mármol. Un letrero moderno reza así: *Sopra questo marmo dormiva la Santa Vergine Praxede*: sobre este mármol dormía la santa virgen Praxedes.

En la Capilla de san Zenón, la más célebre y rica por sus mosaicos bizantinos, verdadera joya artística del siglo IX, hemos visto, en un pequeño recinto en comunicación con la capilla, la columna á que fué atado Nuestro Señor durante la flagelación. Es de mármol sanguíneo jaspeado.

La trajo del Oriente, como recuerdo de la quinta Cruzada, á principios del siglo XIII, el Cardenal Juan Colonna, cuyo nombre por especial coincidencia quiere decir columna ó *colonna* en italiano.

La Capilla cuenta además con tres espinas de la Corona con que los judíos ciñeron la cabeza del Redentor, traídas de Tierra Santa por San Luis de Francia.

Confieso que ante tales venerandas reliquias, el ánimo queda sobrecogido como si presenciase la gran tragedia de la Pasión de Cristo.

Todo habla el lenguaje de la fe; todo despide el perfume de la piedad; todo proclama muy alto el amor de Dios, amor infinito como su omnipotencia, dilatado como su gran Corazón....

Y no hay más que exclamar lo del Apóstol: *¡Tanto amó Dios al mundo (1)!*

Lo amó con toda la capacidad de un corazón que no conocía las estrecheces del tiempo ni del espacio.....

Roma, Abril 8.

Es imposible salir de Roma sin haber estudiado la obra maestra de Miguel Angel.

Trasladémonos, pues, á la iglesia de *San Pedro in Vínculis*, iglesia hecha construir por Eudoxia, esposa de Valentiniano III, con el fin de conservar allí las cadenas de San Pedro.

En efecto, allí aun hoy en día se conservan esas cadenas, como testimonio imperecedero de los trabajos y tribulaciones del príncipe de los apóstoles.

Estamos de frente al célebre Moisés de Miguel Angel. Nuestra admiración no tiene límites. Un soplo de vitalidad parece que anima ese mármol al cual sólo falta el habla.

El mismo Miguel Angel, asombrado de su obra, sugestionado por esa figura escultural que representa vivo y ceñudo al gran Caudillo del pueblo hebreo, dijo un día, en un arrebato de entusiasmo, mientras daba la última mano á la estatua, golpeándole con un martillo la rodilla:

—*Perchè non parli?* —¿por qué no hablas?

Moisés está en actitud de levantarse de su asiento, irritado contra el pueblo que había vuelto á la idolatría.

Sin embargo, á pesar de estar sentado, Moisés hace temblar.... y hace recordar el *Júpiter tonante* que con una mirada hace estremecer el Olimpo.

Es un coloso: sus músculos son los de un gigante; su barba poblada le cubre el ancho pecho; su mirada es fulmínea, su actitud imponente...

---

(1) San Juan. III. 16.

Me acerqué como si quisiese palparlo y darme cuenta de que ese mármol era frío ni corría sangre por esas venas. ¡Era tanta la seducción y el encanto!

Y me senté cerca de ese mármol, como para sorprender en él algún latido de vida, mientras mi mente iba vagando ya por las orillas del Nilo, ya en el alcázar de los Faraones, ya por la inmensidad del desierto.... y reconstruyendo página por página la brillante historia del Legislador del pueblo hebreo.

Con cuánta razón cantó Ariosto:

Michel più che mortal Angel divino:

Miguel más que mortal es Angel divino.

Porque sólo una inspiración divina puede dar calor al mármol y aliento á una estatua.

Nápoles, Abril 9.

Vedi Napoli e poi mori, venía repitiendo á mí mismo, como para endulzar el amargo pesar de dejar á Roma.

Así lo había oído muchas veces: *Ver á Nápoles y después morir*, porque sus bellezas naturales y panoramas encantadores, hacen de esta ciudad como un pedazo de cielo.

En esto estaba cuando un compañero de viaje me avisa que *Mori* es un pueblo de las cercanías de Nápoles; por tal modo se podía entender:

Ver á Nápoles y después el pueblo de Mori. Nos reímos de esta ocurrencia napolitana, y seguimos soñando...

Aun se proyectaba obscura y atrevida sobre el cielo la silueta de la cúpula de San Pedro; aun el tren corría por la llanura del *Agro romano* costeando las series de arcos de antiguos acueductos, cuando ya pensaba en la dulce Parténope, colonia un tiempo de la Grecia y después de Roma, lugar de veraneo de la nobleza romana, campo de lucha durante la invasión de los Bárbaros, capital de Cárlos I de Anjou, hija

predilecta de Ferdinando I de Aragón, y ciudad esplendente bajo Carlos III de Borbón...

Eran miles de recuerdos que vagaban perdidos en mi mente; millares de nombres, sepultados en la fosa del olvido, que iban resucitando; miles de sombras de hombres ilustres, evocados por mi memoria, las cuales, pálidas como el alabastro del sepulcro y vetustas como el tiempo, iban adquiriendo aliento y vida...

*

Acabóse la ilusión, y nos encontramos á las puertas de Nápoles.

Nos lanzamos á la ventanilla del tren y buscamos con los ojos el Vesubio...

Allá se levanta como un gigante que con bocanadas de negro humo amenaza la ciudad; ese humo revuelto se dispersa por la ladera, y forma al Vesubio como una crespa cabellera desgreñada.

Nápoles está tendida muellemente á orillas del golfo, como para mirarse en sus aguas azules. Los montes que la circundan rebosan de frescura de primavera. Las calles, en especial la aristocrática Vía Caracciolo, ostenta fastuosidad y lujo; los suburbios están atestados de gente alegre que ríe con gracia napolitana y engulle en un santiamén en plena calle sabrosos y largos *macarroni*.

Circulan por todas partes carruajes con sus escudos heráldicos en las portezuelas y sus lacayos con sombrero de copa alta y botas de vueltas rojas, así como coches de plaza y carretones de origen democrático, tirados por caballejos, hermanos legítimos, según parece, de Rocinante.

No escasean los burros y borricos para completar el cuadro abigarrado que ofrece esta ciudad.

A este propósito, al ver tanto rucio se me escurrió de entre los labios, espontánea y natural, esta exclamación:

—¡Oh! cuántos borricos: no había visto tantos en mi vida, ni en mi pueblo...

El *cicerone* que me acompañaba, me lanzó una mirada investigadora, y entre chamuscado y sorprendido, vuelto á mí, dijo: — Señor, de quién habla Ud?

Caí en la cuenta del *quid pro quo* del pobre hombre y me apresuré en sacarle de duda.

—Hablo de cuadrúpedos...

El *cicerone* parece que no vió claro, quiso pedir explicaciones, meterse en distingos... y acabó por tragar saliva.

Una observación de mi *cicerone*, que tenía sus puntas y ribetes de filósofo, me hizo notar cuán frescos se conservan los rostros en Nápoles.

Se diría que el tiempo ó la muerte no se atreven con un napolitano.

—Aquí, á orillas del golfo,—decía perorando el *cicerone* —se respiran aires oxigenados, no se conocen enfermedades, y se vive largos años... Y para darle á Ud. un dato más preciso—seguía diciendo con aire de cronista, —ha de saber que el año pasado ha habido una huelga de... médicos, por no encontrar enfermo á quien curar.

—Casi no os creo,—contesté,—á pesar de que en Nápoles todo es posible...

Esto era sin duda un *canard*.

Nápoles, Abril 11.

Tengo prisa, y dejo en el tintero un sinnúmero de ideas que se pelean y atropellan para salir á la luz.

Y escojo dos, para encarnarlas en estas líneas: San Jenaro y Virgilio.

Me dirijo, pues, á la Catedral, dedicada á San Jenaro, al Santo popular, patrono de Nápoles; y sin detenerme en particulares, me voy en derechura á la capilla del Santo.

Preguntar quién ha sido San Jenaro á un napolitano, sería casi una ofensa: á estos buenos hijos de Nápoles se les figura que no hay más que Dios y San Jenaro.

Fué obispo de esta ciudad, bajo el imperio de Diocleciano.

El año 205, por haberse negado á adorar á los ídolos, fué arrojado por orden del prefecto Timoteo á una hoguera; pero las llamas prodigiosamente le respetaron.

Atormentado de varios modos, fué echado á las fieras en el anfiteatro, pero éstas, como mansos corderos, reverentes le acariciaron.

El tirano ordenó fuese degollado en la plaza pública, pero al pasar el santo junto á Timoteo, éste quedó ciego. Se suspendió la sentencia, y Jenaro alcanzó de nuevo la vista á su perseguidor.

Ante tal prodigio, se convirtieron cinco mil personas.

A poco, Timoteo, temiendo caer en desgracia del Emperador si dejaba en libertad á Jenaro, ordenó que fuese decapitado.

Dios aceptó el sacrificio, y los fieles se apresuraron á recoger la sangre del mártir, con la cual se han obrado milagros sin número.

Esta sangre se conserva aun hoy día en una redoma de vidrio, de forma ovalada, engastados en oro sus cantos, y se liquida tres veces al año: el primer domingo de Mayo, el 19 de Septiembre y el 16 de Diciembre.

En las dos primeras épocas la liquidación dura ocho días.

En esos días, un Canónigo saca la redomita de una pequeña caja de plata, y la muestra á la muchedumbre apiñada al rededor del altar. Todos miran con ansiedad. La sangre está coagulada.

Y se reza con fe. Después de media hora más ó menos de ansiosa expectativa é intensa plegaria, la sangre de color café parduzco, junto con liquidarse, poco á poco se enrojece hasta presentar el color de sangre fresca.

Una corriente de delirante entusiasmo invade todos los ánimos, y mil labios exclaman á una: ¡El milagro, el milagro!

Cien voces entonan el *Tedeum*, una lluvia de flores cae sobre las reliquias del Santo, las campanas se echan á vuelo, y el estampido del cañón anuncia á la ciudad el suspirado acontecimiento.

Negar este milagro, sería como negar la luz del día.

*

¡El Pausílipo!

Me sentía sugestionado por el panorama encantador que se explayaba ante mi vista.

Es una corona de montes que se refleja en las aguas azules del golfo; es un tupido bosque de verdura que se baña en el mar; es un espirar de aromas que embalsaman el aire; es el misterioso ruido de las olas que se rompen contra los peñascos; es el copo de las espumas que se allega tímidamente á besar los fastuosos casinos y hoteles que se levantan á flor de agua.....

Todo esto es el Pausílipo. Desde sus alturas, sumergido en la contemplación de tanta belleza, bebía á raudales la luz y la felicidad.....

Flotaban en mi mente las estrofas:

«¡Bello es vivir, la vida es armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas.....

Y el inmenso tapiz del firmamento
cambia su azul en franjas de colores;
y susurran las hojas en el viento,
y desatan su voz los ruiseñores.....

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado;
camina cada sér con una historia
de encantos y placeres que ha gozado (1).»

Augusta, veneranda, imponente surgía, desde el fondo de mi alma, la sombra de Virgilio, y vibraban en mis oídos sus palabras cadenciosas, sus églogas pastoriles, sus idilios de amor.

Sentía bullir en mi mente el recuerdo de lo pasado, y caminar en mi presencia al gran poeta.....

Porque Virgilio tuvo aquí una villa, respiró estos aires, se inspiró en este cielo, cantó sobre estas playas..... y dejó á Nápoles sus cenizas.

No muy lejos de la *Grotta Nuova*, larga galería abierta en el Pausílipo, se encuentra la tumba del poeta.

Se sube á ella por una empinada escalerilla de piedra tosca y húmeda, se sigue por senderos estrechos, se trepa por atajos húmedos é incómodos.....

La tumba es un antiguo *columbarium* romano, donde se conservaban las urnas cinerarias.

Entramos adentro, y á media luz divisamos en el suelo polvoroso, unas piedras, una inscripción, unos escombros..... ¡nada!

---

(1) José Zorrilla.

¡Triste desilusión! ¿Y es ésta la tumba del poeta de la *Eneida* y de las *Geórgicas?*.....

Auténtica ó apócrifa, es ésta la tumba de Virgilio; la inscripción latina dice:

Qui cineres? tumuli hæc vestigia: conditur olim
Ille hic qui cecinit pascua, rura, duces.

«¿Qué cenizas?... Vestigios son éstos de un túmulo. Aquí reposa quien cantó un tiempo los pastos, los campos y los guerreros.»

El *cicerone* desgajó una hoja de laurel, que guardamos como recuerdo. ¿Qué recuerdo más significativo podíamos llevar de este paraje, lleno de poesía y leyendas?

Es fama que Petrarca, el dulce y tierno poeta, al visitar con el rey Roberto esta tumba, plantó un laurel.

¡Qué bien dice el laurel al lado de Virgilio! Yo sentía pasar su sombra á mi lado, envuelta en sus pliegues de su clámide greco-romana y con su corona de lauro en la cabeza.

Bajamos del monte, cuando la tarde comenzaba á desnudar á la ciudad de las galas del día y dejaba entrever sólo, al través de su tamiz obscuro, una mancha blanquecina, que se iba borrando.

Pompeya, Abril 13.

He ido á recoger, en las blancas ruinas de Pompeya, la sensación de las grandes catástrofes; he ido á buscar la huella de los siglos sobre montones de escombros.

El año 79 de nuestra era se levantaba la ciudad al pie del Vesubio, bella y sonriente como una villa de recreo.

En una noche pavorosa, el terrible volcán amortajó la ciudad en sus cenizas; vomitó después gran cantidad de piedra pómez, que derribó los techos, sin derrumbar los muros

de los edificios; y, por fin, arrojó ríos de lava, que sepultaron á Pompeya y la convirtieron en un inmenso túmulo.....

Sobre este túmulo abrió surcos el labrador, el pastor apacentó sus rebaños, y la tierra dió, durante dieciocho siglos, los frutos de su seno.

El descubrimiento de esta ciudad fué un acontecimiento felicísimo para la historia y un tesoro interesante para la arqueología.

*

Al entrar en Pompeya, sentimos el peso de los siglos gravitar sobre las series de columnas destrozadas, sobre las crestas desgastadas de las paredes ribeteadas de ceniza, y sobre toda la ciudad que yace derruida y muerta.

Ruinas pompeyanas

Las calles son angostas, con pavimento de losas irregulares de lava, surcadas por las huellas de las ruedas de los carros.

A los lados hay aceras altas de piedra desgastada, y una serie de lienzos de muro roto y agujeros cuadrados.

La construcción de las casas, por lo general de un solo piso, es uniforme. El plano de una casa romana se puede descomponer de esta manera:

Un *vestíbulo* da acceso al *atrium*, ó sea un patio á cielo descubierto, con habitaciones al rededor, y al centro el *impluvium*, fuente con agua.

Avanzando hacia el interior, se encuentra otro patio, rodeado de columnas, el *peristylium*, con otra fuente en el medio. Al fondo de dicho patio hállase el recinto de honor de la morada, el *tablinum*, y á sus costados, detrás de las columnas, corredores abiertos, *fauces*, que comunican con el *viridarium*, ó jardín.

Los comedores, *triclinium*, son cómodos; las piezas elegantes y pintadas; el zaguán ostenta, reproducido en mosaico, un perro, con la leyenda *cave canem*, ó un oso, con el expresivo saludo *ave*.

Todo esto hemos visto, visitando algunas casas principales de esta ciudad desenterrada; hemos visto las paredes cubiertas aún á trechos de pinturas: figuritas flotantes de tonos claros, danzadoras aéreas, amorcillos, Nereidas..... La corrupción ha dejado ahí su huella repugnante; Pompeya es un esqueleto con pústulas que mana podredumbre: *putredo ossium*, que dice la Sagrada Escritura.

*

Un ancho espacio abierto contiene las ruinas del Foro. En medio de escombros se hierguen unas columnas que parecen gigantes que velan los despojos destrozados de otros gigantes que sucumbieron en la lucha titánica contra el Tiempo.

Más allá, los templos de Venus, de Júpiter, de Augusto, de Isis.

En éste, escaleras secretas permitían introducirse y colocarse detrás de la estatua de la diosa para hablar por su boca y mirar por sus ojos.

Y más allá, el *Anfiteatro*, el *Odeón*, la *Escuela de Gladiadores*.... Todo pasa ante la vista como el inmenso esqueleto, raspado y ceniciento, tendido y descoyuntado, de un monstruoso cuerpo que un día tuvo palpitaciones de vida.

Llegamos hasta el límite actual de las excavaciones. Sorprende y no se concibe cómo la pequeña capa de ceniza y lava y tierra que encubre la ciudad, haya podido ocultar al mundo durante tantos siglos el misterio de Pompeya.

Pisa, Abril 15.

Estoy costeando las riberas del mar Tirreno, de vuelta hacia Génova.

Están pesando aún sobre mi alma las ruinas de Pompeya ; estoy leyendo aún la pavorosa historia de una ciudad sepultada ; estoy sintiendo aún el espíritu de los siglos, hosco y sombrío, flotar por encima de esos escombros....

Doy treguas á la obsesión de ruinas que me domina, para bajarme en Pisa, la eterna rival de Génova, la ciudad anatematizada con palabras de fuego por el Dante.

Es Pisa una reina destronada, que conserva aún sus timbres de gloria y sus gloriosas tradiciones.

Su numerosa flota surcaba los mares é imponía respeto. Los Pisanos en cincuenta y tres galeras trajeron desde Palestina tierra bendita, hollada por las plantas del Redentor, para sepultar en ella á sus muertos.

El célebre *Camposanto*, de estilo gótico toscano, es una reliquia de arte. Las paredes de su amplia galería están cubiertas de frescos, que se remontan al siglo XIV y XV, obra de pintores toscanos.

Al lado del Cementerio surge la masa del *Duomo*, gran catedral románica, toda de mármol, con imponente frontón triangular y magníficas puertas de bronce, y el *Baptisterio*, de forma circular, todo de mármol.

El guía que nos abrió la puerta del *Baptisterio*, después de habernos lanzado una mirada escrutadora desde la coronilla hasta los pies, lanzó varios gritos prolongados y agudos que repercutieron en las paredes y fueron á perderse en las alturas de la cúpula cónica, con las inflexiones y vibraciones de un órgano....

Con íntimo placer gustamos buen rato, nosotros de las armonías del eco, y el guía de la esperada propina.

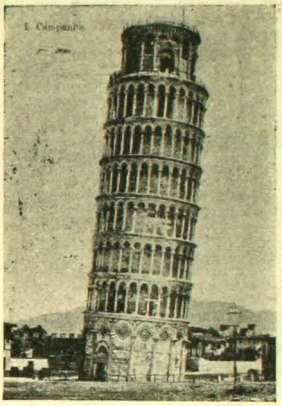
Porque á estos guías hay que pagarles contribución hasta por el aire que respiramos.

Pero la maravilla de Pisa es su torre inclinada, que se levanta al lado del *Duomo* como un gran tronco redondo de árbol seco.

Está circundada por ocho blancos anillos de arcos iguales, sobrepuestos y sostenidos por tenues columnillas.

Tiene una altura de metros 54 y 50 cm., y una desviación de la línea vertical de metros 4 y 30 cm.

Parece que se bambolea, que está por caer.... Hace trescientos años que esta torre se está cayendo.... pero se está cayendo eternamente.



(Pisa) Torre inclinada.

Atravesamos el río Arno, y pasamos delante de la casa donde nació Galileo Galilei, como para rendir homenaje á este grande astrónomo italiano. Este, poniendo atención en la Catedral á una lámpara que oscilaba, descubrió las leyes del *isocronismo* del péndulo.

No dejamos de dar una mirada furtiva al torreón *dei Gualandi*, donde es tradición haya tenido lugar la tragedia de la familia Hugolino, muerta de hambre, como sombríamente lo describe el Dante en el Canto 33 de su *Infierno*.

Marsella, Abril 20.

De Génova á Marsella.

El tren sigue las curvas de la costa, una línea sinuosa á orillas del mar.

A un lado las aguas azuladas que murmuran mansamente, y al otro castillos, chalets, caseríos engastados en el espléndido y tupido arbolado de los cerros.

El tren corre desatentado y respira jadeante: ya entra en un matorral, ya vuelve á correr por el llano, y ya se sumerge de nuevo en un túnel ó en una espesura.

El panorama es variado y siempre encantador.

El céfiro cargado de aromas nos orea la faz; y el viento juguetea con lánguido rumor con las hierbas de las lomas....

Saludamos á Montecarlo y á Mónaco, dos grandes nidadas de águilas sobre la roca.

Hemos llegado á Niza, ciudad hermosa, de amplias calles tiradas á cordel y rodeadas de jardines. Aquí todas las calles y casas tienen luz, aire, limpieza y flores: todo esto es patrimonio común.

Seguimos. A la derecha casas blancas salpican el extenso manto de verdura que cubre los cerros; á la izquierda, el mar, las olas que asoman blancas, ruedan y vienen á formar un encaje en la playa ó á acurrucarse mansamente bajo las rocas de la costa....

Aquí está Hyères, patria de Massillón, del gran orador que transfundía el calór divino de su corazón con las vibraciones de su voz.

Estamos en Marsella, la antigua colonia griega, fundada seis siglos antes de nuestra era. Su historia nos cuenta cómo fué sitiada por Julio César, el año 49 antes de Jesucristo, y cómo tuvo por primer obispo á San Lázaro, el mismo que fué resucitado por Nuestro Señor.

Marsella reclina su cabeza por un lado en las últimas vertientes del valle meridional del Ródano, como metrópoli

del valle, y por el otro baña sus plantas en el mar, como emporio que es de las costas del Mediterráneo.

*

Lo primero que llama la atención en Marsella es el cerro que domina toda la ciudad. Sobre el cerro se levanta un Santuario, iglesia original de hiladas blancas y negras, la cual termina en esbelta torre bizantina. Sobre ésta se asienta nítida y colosal una estatua dorada de la Virgen, que se proyecta en el cielo, y sonríe con sonrisa celestial. Mide la estatua cerca de 10 metros de altura. El cerro es la atalaya de la Garde, la iglesia es el santuario de *Notre-Dame de la Garde*, patrona del pueblo.

Desde lo alto contemplamos el panorama más encantador.

Jorge de Scudery cantó en extático arrobamiento lo que de allí se atalayaba: « La mar sin orillas, el cielo sin brumas, la inmensa y pajiza población despidiendo ecos y murmurios sin nombre, el sol y las nubes con sus carmines de poniente, las millaradas de barcas pescadoras, las quintas orladas de viñedos, los olivares ralos y las pinedas espesas en los entrepanes de las alturas . . »

*

El 7 de Mayo de 1857 se echaron los cimientos de la grandiosa basílica, que surgió como por encanto.

Marsella se vió acrecida con la avenida de 100.000 peregrinos. Sus calles estaban empavesadas y adornadas á porfía con tapices, banderolas, gallardetes, oriflamas y otros arreos de gran gala.

La procesión triunfal de Nuestra Señora iba dividida en cinco cortejos simbólicos. Al ir llegando los cortejos á lo alto, el entusiasmo se desbordó.

Escribe Carlos Garnier:

« Hincábanse á una todas las rodillas, y de todos los pechos salían los gritos de *¡Viva María!*: gritos que iban á mez-

clarse con el rumor de las olas del Mediterráneo; y de todos los puntos de sus montañas, rebosaban hacia el centro de la villa los ecos del himno *Triunfad, oh Soberana.*

Ni las salvas de los morteretes ni el campaneo de la basílica podían dominar ese imponente y piadoso tumulto.

Radiantes con sus ricos pluviales y con tembladoras lágrimas en los ojos, apoyaban en el báculo el extenuado cuerpo los cincuenta Prelados .. y mirándose unos á otros decían: — *Después de una fiesta como ésta, sólo el cielo, sólo el cielo.*

*

La basílica es de estilo romano-bizantino, obra de Vaudoyer. Tiene 47 metros de largo por 16 de ancho. Está construida con piedra blanca de Calisana, entreverada con hileras azuladas de colfatina de Florencia.

En el interior del templo llaman la atención las pilastras y arcadas, compuestas de hiladas de mármol blanco de Italia, combinado con vermejo de Brignoles, y á trechos con pórfido de Fréjus y granito rojo.

Magníficos mosaicos alfombran el pavimento á manera de rico tapiz.

En la boveda, así como en los tímpanos y mochetas de la nave principal, encajan mosaicos de gran precio.

En el ábside semicircular, coronado por un casquete esférico, se levanta el precioso altar y trono de la Virgen.

*

Bajamos del monte para sepultarnos y confundirnos entre el tumulto de esta ciudad, que cuenta medio millón de habitantes.

Rodamos con la ola humana á lo largo de la *rue Noailles*, hasta llegar á la *de Cannebière*. Esta, que es la arteria principal de la villa, es el orgullo de los marselleses.

Es tanta la magnificencia y lujo de este gran *boulevard*, que se suele atribuir á un marsellés aquel dicho, algún tanto

presuntuoso: — *Si Paris avait une Cannebière, ce serait un petit Marseille.*

La *rue de Cannebière* termina en el puerto, uno de los más notables del mundo.

Innumerables vergas y mástiles, alineados á lo largo de los malecones y metidos dentro de la ciudad; cordajes que se cruzan y forman como una inmensa telaraña; banderas de todos los colores que ondean al viento; grandes barcos en hilera, con el casco sucio y bauprés levantado, que semejan pájaros enormes con el vientre hinchado; negras chimeneas que arrojan bocanadas de humo espeso que se revuelve y atropella en el aire; silbatos quejumbrosos que parecen lamentos de gigantes; chorros intermitentes de vapor, que arrojan los buques por sus branquias de hierro, como si fuesen la respiración de monstruos marinos; todo esto da un tinte especial de belleza á este puerto y una nota de variedad é interés á Marsella.

*

Hay otras bellezas de que van con justicia orgullosos los marselleses: el paseo del *Prado*, vasta alameda que se prolonga por más de tres kilómetros; el paseo *de la Corniche*, que corre entre el mar y las colinas que rodean la ciudad; el palacio de *Longchamps* con su Museo de Historia Natural y su fuente monumental; la nueva Catedral de estilo romano-bizantino, de piedra blanca y negra; la iglesia de San Vicente de Paul, de estilo gotico, toda de piedra blanca... Pero tengo prisa: siento la misteriosa atracción de Lourdes .....

Tolosa, Abril 22.

Es una ciudad cuyos principios se ocultan entre las brumas de la leyenda. Se cree tan antigua como Roma.

Las persecuciones de los primeros siglos contra los cristianos hallan eco en Tolosa, que enrojece con sangre cristiana los atrios de los templos de Júpiter y Minerva.

Desfilan por ella, al través de los siglos, monarcas gloriosos como Clodoveo I, Carlomagno, Pipino II, Carlos VIII; es baluarte de los albigenses capitaneados por los Raimundos; es campo de lucha donde aparecen las grandes figuras de Simón de Montfort, Santo Domingo de Guzmán, San Bernardo y Luis IX.

Sus muros parecen aun resonar con las vibraciones del acero y de la palabra de estos adalides de la fe.

*

La gloria y el orgullo de esta ciudad es *Saint Sernin*, arca santa de Tolosa, una de las mejores iglesias de Francia.

Es uno de los mejores ejemplares del estilo romano. Sobre el ábside se eleva una torre octágona, alta 64 metros, de un estilo todo particular que llaman tolosano.

La cripta es todo un relicario. Ahí se veneran los cuerpos de seis apóstoles: Felipe, Bartolomé, Simón, Santiago el Menor, Bernabé y San Judas.

Por este último hay devoción especialísima: se le invoca en las causas y en los casos desesperados: y no sin fruto, como lo atestiguan los *exvotos*, de que está cubierto su sepulcro.

Una urna encierra buena parte del cuerpo de Santiago el Mayor; una caja de plata el cuerpo de San Saturnino *(Saint Sernin)* patrono de la ciudad, su primer Obispo y su primer mártir.

Aquí se guardan las reliquias de San Esteban, primer mártir de Cristo; aquí, los huesos de Santa Susana, la celebrada mujer de la Biblia; aquí, San Egidio, San Ramón, San Guillermo y cien otros Santos que duermen el sueño de la eternidad.

En una capilla de esta Basílica se venera el cuerpo de Santo Tomás de Aquino. Este murió en viaje hacia Lion, donde debía asistir al Concilio; y el Papa Urbano V adjudicó

el cuerpo del Santo á Tolosa, donde existía el primero y más antiguo convento de la Orden Dominica.

¡ Cuántos tesoros de piedad cristiana encierra esta Basílica! Bajo sus cinco naves parece que flota el espíritu adusto de nueve siglos, el alma virgen de Tolosa, y la palabra viva de tantos varones ilustres.

Nos llamó la atención una cruz muy venerada, la misma que empuñaba Santo Domingo cuando predicaba contra la herejía.

Y una escultura en madera, de uno de los sillones del Coro, la cual nos representa á Calvino, bajo la figura de puerco, predicando desde una tribuna....

Salimos de la iglesia, y nos encaminamos por la *rue du Taur*, llamada así porque ahí se rompió la cuerda, que, atada á la cola de un furioso toro, arrastraba el cuerpo de San Saturnino.

Desembocamos en la plaza del *Capitole*. Aquí donde se levantaba un tiempo el antiguo Capitolio, se levanta ahora un edificio imponente. En él tiene su asiento la Academia *des Jeux Floraux*—de Juegos Florales,—la cual tal vez es la más antigua de Europa, fundada en 1323.

Una noble dama, Clemencia Isaura, legó á la Academia una buena suma, por lo cual se aumentó el número de *flores*, es decir de premios—que son flores de oro y de plata—adjudicados á los mejores poetas y escritores.

*

No podríamos dejar á Tolosa sin haber antes visitado la vetusta Catedral de *Saint Etienne*, y habernos acercado al famoso púlpito, desde el cual predicaron el Beato Roberto d'Arbrisseles, San Bernardo, Santo Domingo, San Antonio de Padua y San Vicente Ferrer.

Al pie de esta cátedra sagrada, sentí despertar en mi mente recuerdos adormecidos; y en mi alma, las palabras de esos apóstoles de la verdad, como ecos perdidos en las profundidades de los tiempos....

Nuestra última impresión artística en Tolosa fué el cuadro que recuerda el milagro acaecido en esta ciudad, merced á las oraciones de San Antonio, de la burra que adora la Sagrada Eucaristía.

Es obra de Van Dyck.

Lourdes, Abril 25.

Atravesamos los Pirineos.

Nuestros ojos no se cansan de admirar los panoramas encantadores que se van desarrollando en este vasto escenario.... y nuestra mente va en busca de esos versos de Alfredo Musset:

Monts gelés et fleuris, trône des deux saisons,
Dont le front est de glace et les pieds de gazons.

Estos montes, cuya frente es de hielo, y cuyos pies de flores, son el trono de dos estaciones.

Entramos en un frondoso valle, como pensil interpuesto por la mano del Creador entre áridos montes, y vamos á desembocar en una hondonada, donde todo está en perpetua flor.

Ya se divisa sobre el cerro cubierto de vegetación una blanca iglesia de torre puntiaguda. Debajo, la roca de Massabielle, tapizada de verdura. Allí ha de encontrarse la gruta, la Virgen, el misterio...!

Ya estamos en Lourdes. Es esta ciudad un girón de cielo, un oasis en nuestro desierto, un vergel flotante regado por las mansas aguas del Gave que serpentean esparciendo hilos de plata....

Heureux qui voyage,
En ces lieux bénis!
On y prend passage
Pour le Paradis....

*

¡A la gruta!

Sin darnos cuenta de las bellezas y poesía que nos rodea, nos hemos lanzado hacia la célebre gruta, cavada en la roca, á orillas del Gave....

Era el caso de repetir lo de David:

« Como suspira el ciervo por la fuente cristalina, así mi alma por ti, » oh Señora. Ahí está.

« Es un dulce rostro radiante de amor, rodeado por una nube más bella que el día. Su mirada tiene un reflejo divino, y con dulce sonrisa dice: — No temas nada.

« Ella tiene la semejanza de un lirio inmortal y lleva en la cintura una cadeneta de cielo, y sobre cada uno de sus pies benditos, se ve una rosa fresca, abierta en el paraíso.

« Miradla, por sus manos se ve deslizar un rosario, que nos marca la senda de la oración.... »

Así cantaban miles de voces ante la gruta, intercalando estas estrofas con el *Ave....* cuyo eco iba á mezclarse con el murmurio de las aguas y á perderse entre las angosturas de los montes.

Una conmoción profunda me dominaba, y una lágrima me saltó á los ojos.

La plegaria se hace más intensa; el canto más apasionado; las miriadas de antorchas lagrimean, aireadas por el vaivén de las ondas sonantes de aquel mar humano; arde la atmósfera bañada en los resplandores de las antorchas y de la fe; y la avenida de gente crece como olas que van rebalsando.

El coro seguía:

Elle était si belle!
Je veux la revoir....

¡Era tan bella!
Quiero volverla á ver.

Miré de nuevo á la Virgen. La lumbre de los cirios daba un tinte dorado á su blanco ropaje; el rosal se mecía como

balanceado por el aliento de todo un pueblo, y nadaba en la luz; los labios de María, como sonrosada flor, se abrían para sonreír; sus ojos, su semblante virginal, sus manos juntas, la cinta azul, ese movimiento de éxtasis é imperceptible ascensión de esta estatua dictada al arte por la inocencia de una aldeana, todo arrebataba el alma.

Elle était si belle!

Campea, cual blanca aparición, en el fondo obscuro de la roca, cubierta por centenares de muletas, y le hacen una verde corona las tupidas enredaderas que tapizan la parte superior del cerro...

Parece que repite las palabras de los Libros Sagrados:— «Me he levantado como el cedro del Líbano; me he levantado como un olivo en el campo, como un plátano aromático sembrado en el camino al borde del agua.»

*

El escultor Fabisch, después de haber modelado la estatua según las indicaciones de Bernardita, creyendo haber reflejado el ideal de la niña, preguntóle si tal le había parecido la Virgen.

Bernardita exclamó:—¡Qué hermosa! Pero... no es Ella; ¡oh, no! la diferencia es la misma que del cielo á la tierra.

Se le preguntaba á quién se parecía la Señora, y Bernardita decía en su ingenua sencillez: — A nadie.

Se le preguntó qué edad tendría la Virgen, y ella dió, sin vacilar, la siguiente respuesta: — La Señora no tenía edad.

¡Era tan bella!

*

Comienza la procesión. La avalancha de peregrinos se lanza á la gran explanada circular que se extiende al frente de la iglesia del Rosario. Y se derrama... y sube por la rambla que da acceso á la Basílica superior.

Todos cantábamos; ¿y era posible no cantar?... Todos repetíamos dos solas palabras, que se cruzaban en el aire, subían, bajaban, repercutían en las laderas de los montes y se extinguían á lo lejos: *Ave María*.

Sentíamos palpitar en nuestro interior, llenos de vida y de verdad, esos versos:

«¡Estrella de la mar, Virgen María,
De la infinita creación Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora;
y al corazón del hombre da alegría,
miel á sus labios, música sonora
á su oído, á su ánimo consuelos
en el afán de sus mortales duelos.
Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra (1)...»

. . . . . .

En toda mi vida no han sacudido mi corazón latidos tan vehementes como los que han despertado en él estas baterías de fe, de amor y de entusiasmo...

*

El último cántico rebotó por los valles del Lavedán... Los peregrinos se iban retirando: muchos habían vuelto á la Gruta.

Ahí quedaba velando la hoguera votiva de los hachones; ahí seguía velando la Virgen, con sus ojos en el cielo estrellado; ahí, entre las sombras, grupos de peregrinos y de enfermos que suspiraban.

Esos suspiros, impregnados de penas, arrancaban del fondo del alma, y se confundían en ese ambiente lleno de misterios, y formaban una nube cargada de lágrimas á los pies de María...

¡Oh, noches poéticas y misteriosas que os deslizáis á orillas del Gave, junto á la roca de Massabielle! Menos

(1) José Zorrilla.

lágrimas habéis llorado en el cáliz de las flores, que las que han caído aquí á los pies de María...

Lourdes, Abril 27.

Un poco de historia.

Hace medio siglo, se aparecía la Virgen á Bernardita Soubirous, de 14 años de edad, hija de un oscuro molinero, mientras recogía en el interior de la gruta de Massabielle algunas ramas para alimentar el fuego de su hogar.

Esa Virgen era encantadora: nadaba en nimbos de luz. Vestía un ropaje de extraordinaria blancura, ceñía su talle un cendal que parecía arrancado al velo azul del firmamento. De uno de sus brazos pendía un largo rosario, cuyas cuentas eran blancas y brillantes, y cuya cadena y crucifijo relucían como el oro. Sus labios dibujaban dulce sonrisa.

En presencia de esta visión, Bernardita se sentía como arrancada de la tierra...

Dieciocho veces se apareció sucesivamente la Virgen á la tierna niña.

En una de esas apariciones díjole:

—Anda á beber y lavar los pies á la fuente...

Bernardita mira atónita á su alrededor: no había, ni había habido nunca ninguna fuente en la gruta.

Y creyendo interpretar los deseos de la celestial Señora, se dirige hacia el torrente.

Mas Ella le indicó el punto donde debía brotar el agua. Era el fondo de la gruta, á la izquierda del espectador.

Bernardita se inclina, escarba la tierra, y encuentra el agua, que empieza á correr á manera de delgado hilo...

Acababa de abrir, sin saberlo, el manantial de las curaciones y de los milagros.

El hilo es hoy una fuente abundante que arroja un agua pura y natural por quince surtidores, y alimenta las piscinas en que se bañan los enfermos. Esa fuente, según

medidas exactas, está arrojando desde las primeras semanas, 85 litros por minuto.

Más de 98.000 litros se despacha todos los años á las más diversas regiones de la tierra.

Los sabios han hecho el análisis químico del agua, y la han reconocido como perfectamente natural, sin ninguna virtud terapéutica.

*

Fué en la aparición del 25 de Marzo cuando esa noble Dama, que aun no se había revelado, descubrió su nombre á Bernardita. Esta le dijo con ingenuidad:

—¿Queréis, Señora mía, decirme quién sois?

Desde el centro de la luminosa aureola resplandece más radiante el rostro de la celestial Aparición. Esta hace deslizar en su brazo el rosario que tenía en sus dedos, junta sus manos delante del pecho, dirige la vista hacia el cielo, y abre sus labios, como pétalos encarnados de una rosa, y exclama:

—*Je suis l'Immaculée Conception!*

Yo soy la Inmaculada Concepción.

Era ella, la Virgen María, la Madre de Dios.

No cabía duda: quería ser honrada bajo este título, quería descubrir el venero de gracias que encerraba ese nombre.

*

Mientras tanto se multiplicaban los milagros bajo la acción del agua de la gruta, como brotan las flores bajo la acción del rocío de primavera.

Por otro lado se multiplicaban las investigaciones, pruebas médicas, indagaciones de todas especies.

Se necesitaron nada menos que cuatro años para que el obispo de Tarbes, Monseñor Maurence, pronunciara el siguiente fallo:

«La Inmaculada María Madre de Dios ha aparecido realmente á Bernardita Soubirous el 11 de Febrero de 1858 y días siguientes, en número de dieciocho veces, en la gruta de Massabielle, á inmediaciones de la ciudad de Lourdes.»

La *Ciencia*, aquella pobre ciencia humana que la impiedad pretende monopolizar, desarmada ante mil hechos extraordinarios, después de haber agotado inútilmente todos sus esfuerzos contra la fe, apeló á la auto-sugestión.

Y la Virgen respondió curando el cáncer, la lepra, la tisis, llegadas al último grado.

Sanó de una desviación á la rodilla á un niño de 30 meses, de mala conformación en los pies á una niñita de 23, etc.

¿Pueden ser víctimas de auto-sugestión niños en la cuna?

¿Debía acaso su curación á una exaltación de fe, aquel empleado de correos, aplastado por un ferrocarril y curado súbitamente en Londres, hombre escéptico, que se resistía aún á mirar la cruz que le presentaba su madre?

Y como éstas, dos mil seiscientas cincuenta y nueve (2,659) curaciones sobrenaturales han sido constatadas por la Oficina de médicos.

Cuando se efectúa una curación, el favorecido se presenta á la Oficina de comprobación—creada en 1882, instalada bajo los arcos que rodean la plaza del Rosario, y presidida por el doctor Boissarie.

Asisten ahí facultativos de todas las escuelas y opiniones, católicos y protestantes, creyentes é incrédulos.

Estos examinan el caso sólo cuando el enfermo presente un certificado de su doctor que acredite la enfermedad.

En catorce años, 2,712 médicos han asistido á la Oficina de comprobación.

Estas cifras hablan muy alto de las bondades de María y de los prodigios de Lourdes (1).

---

(1) A este propósito se lee en *The New York Times:*

La literatura de lo sobrenatural, que ha llenado tantas columnas de la prensa francesa, recibió hace poco un notable incremento con la conferencia dada sobre Lourdes por L'Abbé Coubé ante un auditorio semi-científico. Muchos miles de peregrinos de todas partes del mundo continúan visitando la famosa gruta del Sur de Francia, y cada año aparecen nuevos relatos de curaciones milagrosas.

Para establecer el carácter sobrenatural de estas curaciones, el conferencista dijo que no necesitaba apelar á la fe de sus oyentes. Basaría sus conclusiones en verdades científicas. Ha habido hombres de ciencia que, sin penetrar absolutamente en el terreno de la fe, han observado y dado á conocer curaciones instantáneas, radicales y definitivas, de enfermedades, así nerviosas, como orgánicas, reputadas como incurables. En otras palabras, ha habido casos de milagros auténticos.

«Hay, como todos vosotros sabéis — decía el instruído sacerdote, — dos clases de enfermedades, nerviosas las unas y orgánicas las otras. Llego á admitir que, respecto de las primeras, la sugestión, la hipnosis, la electricidad, la luz, pueden producir hiperestesia, de la cual puede derivarse notable mejoría. Pero en las enfermedades orgánicas estos métodos no tienen resultado. ¿Qué puede hacer la sugestión cuando un hueso está carcomido por la gangrena, ó un organismo está devorado por la tuberculosis? Para efectuar una reconstrucción de las partes enfermas, es necesario una vigorosa y, sobre todo, perseverante aplicación de los medios terapéuticos. La sugestión no tiene aquí lugar absolutamente.

»Sin embargo, de tiempo en tiempo, según testimonios de respetables testigos y de altas autoridades médicas, tales reconstrucciones — notadlo bien, que decimos reconstrucciones, — se han efectuado instantáneamente en la Gruta de Lourdes. La tuberculosis ha desaparecido. Las heridas gangrenosas se han curado al instante. Se conserva la memoria de 650 casos, cuidadosamente reconocidos, de enfermos de tuberculosis y cáncer, en que se ha obtenido una curación radical y permanente.»

Sin embargo, ¡cuánto mayor es el número de agraciados que no se han sujetado á este examen médico, y cuya curación ha sido presenciada por millares de testigos!

Baste decir que sólo en el año jubilar de 1897, 2,000 enfermos milagrosamente sanados vinieron á dar gracias á los pies de María.

¿Y quién podrá contar las conversiones prodigiosas obradas en esta tierra bendita?

¡Cuántas almas, muertas á la gracia, han encontrado aquí la vida! ¡Cuántas almas, agobiadas por el dolor, han encontrado bálsamo para sus heridas, alivio en sus penas, luz en sus dudas, fuerza para sus combates!

Estos prodigios que se obran en la intimidad de un alma no son menos espléndidos que los que se obran sobre los cuerpos mutilados ó acabados por la enfermedad (2).

El señor Coubé añadió que existen actualmente las informaciones de no menos de 3,000 médicos que en diferentes épocas se han detenido en Lourdes, y todos reconocen la realidad de las curaciones efectuadas ahí. Algunos de estos médicos dan testimonio del influjo del elemento sobrenatural en lo que han visto. Otros solamente dan cuenta de los hechos físicos, objetivos. «Ningún observador imparcial, sin embargo, de cualquiera denominación religiosa que sea — concluía L'Abbé, — puede negar que ha habido en Lourdes manifestaciones repetidas de una fuerza que no se halla citada en los tratados de la ciencia médica.»

(2) Hace pocos meses ha muerto en Tolosa un religioso, ferviente apóstol de la devoción á Nuestra Señora de Lourdes, el Padre María Antonio, de la Orden Capuchina. Su palabra elocuente, entusiasta, llena de elevación y originalidad, y su celo infatigable habían hecho de él una persona de las más populares del Sur de Francia. Todos los años se le veía en Lourdes en las grandes peregrinaciones; y, por medio de astucias que sólo los santos saben inventar, conseguía conversiones inesperadas, sorprendentes. He aquí cómo narra él mismo una de esas transformaciones maravillosas, realizada á los pies de la Virgen Inmaculada:

«Un pecador inveterado, empedernido, había venido de muy lejos á visitar el santuario de Lourdes; pero no había venido más que por pura curiosidad. Encontróse conmigo en la Cripta, y me

Lourdes es el *triunfo de lo sobrenatural*, el desafío lanzado por Dios al *naturalismo*, á la falsa ciencia y á la impiedad moderna.

---

ofreció dinero, diciendo: — Padre, me han hecho el encargo de mandar decir una misa en este santuario; tome Ud. la plata.

— Amigo,—le contesté,—no es plata lo que necesito; lo que yo quiero es su alma; ¿se ha confesado Ud.?

—No, Padre,—dijo con viveza; — no me he confesado, y buen cuidado tuve de imponer la condición de no confesarme, cuando se me invitó á tomar parte en esta peregrinación. ¿Y Ud., sin conocerme siquiera, lo primero que hace es quererme confesar? ¡Esto es intolerable!

— Lo intolerable es venir á la Gruta con esos pecados que Ud. trae, y querer marcharse sin haberlos confesado. Parece, mi amigo, que Ud. no conoce el poder de la Santísima Virgen. ¿No ha ido á rezar á la Gruta?

—No, Padre; acabo de llegar y aún no he bajado á ella.

—Entonces permítame que yo le lleve.—Y bajamos juntos. El espacio que hay entre la Gruta y el río Gave se hallaba invadido por la numerosa concurrencia.

—Amigo,—le dije;—desde aquí Ud. no puede ver con tranquilidad á la Santísima Virgen. Entremos á la Gruta.

Yo tenía la llave en el bolsillo. Abrí. Entramos.

—Padre, ¿y qué hay que hacer aquí?

—Lo primero que hay que hacer aquí, amigo, es rezar.

—Pero ¿cómo? Padre; ¡si hace más de cincuenta años que no rezo!

—Razón mayor para que lo haga Ud. ahora.

Me puse de rodillas y, como una dócil oveja, mi acompañante hizo lo mismo. Ese hombre que, desde hacía más de medio siglo, no sabía proferir una plegaria, permaneció en la actitud de la más ferviente oración, con los ojos fijos en la imagen de María. Por mi parte, yo también pedía á la Santísima Virgen la salvación de esa alma.

Amigo,—le interrumpí después de algún rato;—cuando se ruega á la Virgen con tanto fervor como Ud. lo ha hecho, no se le puede negar nada. ¿Sabe Ud. lo que ella desea de Ud.?

—Sí, Padre; sí, lo sé.

Y tomándolo de la mano, lo conduje detrás del altar. Cayó de rodillas y se confesó. Lo que pasó en el alma de ese pecador sólo Dios lo sabe; sollozos y gritos espontáneos de alabanza y alegría revelaron la dicha de aquel corazón. La Virgen Inmaculada en un instante lo había transfigurado.»

Un médico de Montpellier dijo, hace años, que en Lourdes *el milagro había quedado en estado de permanencia.*

Así lo han reconocido los mismos incrédulos.

Hablen los hechos.

*

El diario *L'Express de l'Ouest* ha publicado una carta interesante, suscrita por un médico incrédulo, el cual asistió á la última peregrinación nacional.

He aquí una parte de aquélla:

«La oficina de comprobaciones ejercía sobre mí irresistible atracción. ¡Ah!..... ¡cuánto he visto en esta semana! Quería ver firmas de médicos de fama en los certificados: he leído los apellidos más ilustres, los menos sospechosos de clericalismo. Más aún, he atendido personalmente enfermos en el hospital de Sept Douleurs, y al examinar ciertas llagas en algunos de los muchos enfermos que allí acuden en busca de curación, decía para mis adentros: he ahí, por cierto, algo incurable. Y de esas llagas las hay que al siguiente día he visto curadas.

»He examinado á dos tuberculosos en último grado, condenados ambos á una muerte rápida.

»El uno, según me dijeron, había ofrecido su vida para la curación del otro.

»El primero falleció al día siguiente, en el momento en que el segundo salía de la piscina completamente curado, sano. Tuve oportunidad de comprobarlo en la oficina de comprobaciones: sus pulmones funcionaban normalmente.

»He examinado á un hombre afligido de ceguera hace cinco años. Se había presentado al hospital Rothschild, donde no fué admitido á consecuencia de ser caso incurable; ingresó entonces en el Quinze Vingts. Los médicos habían constatado una retinitis pigmentaria, afección ante la cual la ciencia médica se declara impotente. Ahora bien: ese hombre, sé perfectamente, ha recobrado no solamente la cuarta parte de su vista, como ingenuamente pedía, sino toda, completamente sano.

»Preciso es ser médico y conocer la desesperante lentitud de la naturaleza, para no trastornarse ante tan súbitas transformaciones.

»En cuanto á aquellos que atribuyen á los nervios, á causas nerviosas, la fabricación de nuevos tejidos, de nuevos pulmones, la devolución de la vista, etc., y eso instantáneamente, les considero como insanos.

» Cuando reflexionaba que el remedio empleado era un baño en agua tan fría, capaz de hacer tiritar al más robusto; que dicha agua, por el contrario, debía concluir con la corta vida de los pobres tuberculosos, no tener virtud alguna para abrir los ojos, soldar los huesos, cerrar las llagas; hallábame confuso.

» A veces ni se aplica el remedio (lavado ó inmersión en la piscina) y repentinamente, y sin causa aparente, cúranse los enfermos; muchos de ellos lo son en la gruta, otros durante la procesión, siempre en el momento menos pensado.

» Uno siente que una fuerza superior pasa entre la muchedumbre: los creyentes dicen que es la Virgen. Sabes, amigo mío, que no puedo ocultar mis impresiones. Hallábame conmovido. Felizmente, no soy judío ni masón, y llevo una vida honrada. No tengo prevención contra los católicos. Deseo la verdad y ella es... te la diré: Creo en el milagro, porque lo he comprobado. No concluyas de ahí que me he convertido. No me he confesado; hice mi peregrinación á Lourdes sin comulgar.

» Pero siento que la incredulidad en que vivía con relación á lo sobrenatural era una tontería. Ante hechos así comprobados, sólo por razones personales, pero no por razones científicas, podrá uno negar la acción divina. He prometido volver el año que viene. ¡Quién sabe!... Puede ser que la Virgen se incline hacia mí y cure mi alma... No será ése el menor de sus milagros... Adiós.»

*

Acabo de leer en una acreditada Revista este suelto:

UNA MENTIRA INFAME DESENMASCARADA

« En la investigación canónica practicada para comprobar la curación milagrosa de que fué objeto en Lourdes, hace años, una mujer conocida con el nombre de Grivotte, interrogada ésta bajo juramento, declaró que el impío novelista Zola le aseguró que si ella se iba á alguna aldea aislada de Bélgica, él mismo podría atender á sus necesidades; y para moverla á ello el obsceno escritor, le dió un par de billetes, diciéndole: — « Vete, con esto tienes para un mes.» Pero el marido de la Grivotte no quiso realizar esta expatriación, y Zola, en su impía novela *Lourdes*, dió por muerta á esta favorecida de la Virgen, que aun vive, alabando á la celestial Señora y siendo testimonio perenne de aquella patraña del indecente novelista.»

Lourdes, Abril 29.

En la aparición del 23 de Febrero, la Virgen había dicho á Bernardita:

—Hija mía, vé á decir á los sacerdotes que aquí debe levantarse un santuario, y que á él debe venirse en procesión.

El santuario fué levantado en la cumbre, con piedra traída de los montes cercanos, y después, á fuerza de martillo y escalpelo, fué cavado el seno de la montaña para formar la cripta. Más tarde, cavando las entrañas del monte, se formó la Iglesia del Rosario, de estilo lombardo.

Esta fué la grande obra, realizada en menos de medio siglo. Una montaña de setenta metros desapareció en su forma basta: en sus entrañas tiene dos iglesias y en la cúspide un hermoso santuario.

Este santuario, de estilo gótico del siglo XIII, tiene una sola nave y muchas capillas laterales, con bellos altares de mármol.

Ahí se respira una atmósfera de fe y patriotismo.

Las paredes están cuajadas de *exvotos*, cuadros, medallones conmemorativos. Abundan aquí y en la cripta corazones de oro y de plata, como si quisiesen indicar que ahí han dejado el suyo, rendido á los pies de la Inmaculada, las turbas de agraciados.

Desde lo alto cuelgan centenares de banderas, homenaje de amor y gratitud de todos los departamentos y ciudades de Francia.

Junto con las banderas nacionales, flamean también muchas otras de Italia, Inglaterra, Austria, España, y otras de las Américas y de la Oceanía.

¡Cuán bien están estas banderas formando pabellón al trono de María! (1).

---

(1) A este respecto, leemos en la *Revista Católica*, de Santiago de Chile, del 15 de Febrero de 1908, este párrafo:

«La República de Colombia acaba de confiar á su embajador

—*A él,* al templo, *debe venirse en procesión,* —había dicho la Virgen.

Y toda la Francia escucha, se levanta y se pone en marcha hacia el país de la *blanca Aparición.*

La France l'écoute,
Se lève soudain;
Et se met en route,
Chantant ce refrain.....

Y canta, alborozada, el *Ave María.*

Sólo las peregrinaciones de hombres organizadas hacia el fin del siglo XIX reunieron sucesivamente 30,000, 55,000 60,000 hombres.

Los números tienen también su elocuencia.

No sólo la Francia, sino el mundo entero viene cada año á orillas del Gave á presentar el homenaje de su fe.

---

en Francia la misión de prosternarse ante la Virgen de Lourdes, rindiéndola homenaje de adoración y de fe.

«El hombre que de esa manera ha honrado á su patria, es el general Vargas, enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Colombia en París.

«Después de haber enviado al Superior de los Capellanes de la gruta la bandera amarilla, azul y roja de la República de Colombia, rogándole que la enarbolara en la Basílica *como testimonio de la amorosa confianza de aquel país á Nuestra Señora de Lourdes,* el distinguido diplomático ha ofrecido al Santuario, en recuerdo de su acto, una lápida conmemorativa de mármol, con una inscripción en letras de oro, que dice así: «El general Vargas, Ministro plenipotenciario de Colombia en Francia, en nombre de su Gobierno, que se enorgullece de ser católico, y en su propio nombre, ofrece la bandera colombiana á Nuestra Señora de Lourdes, como prueba de veneración y de filial reconocimiento.»

«La tarde del mismo día en que la bandera llegó á la Basílica, fué izada en lo alto de la capilla de San Francisco de Asís, mientras los fieles, testigos de una tan piadosa manifestación, pedían á Dios concediera á la joven República Sudamericana los dos beneficios inestimables que constituyen su divisa: *Libertad y orden.*»

De 1867 á 1903 han llegado á Lourdes 4,271 peregrinaciones, que por sí solas han conducido casi cuatro millones de peregrinos (1).

Sólo en la Octava del Tránsito, año 1908, cupo á los Asuncionistas la dicha de guiar á los pies de María 150,000 peregrinos, y de colocar ante la Gruta más de 1,200 enfermos, de los cuales más de 100 volvieron sanos á sus hogares.

Y este movimiento hacia Lourdes aumenta sin cesar, á la manera de esos ríos caudalosos que engruesan sus aguas á medida que se acercan al Océano.

*

En estas peregrinaciones es algo que arrebata, asistir á la procesión del Santísimo Sacramento. El paso triunfal de Cristo por la ribera bendita es la hora suprema de los milagros.

A los lados de la explanada, con la ayuda de los camilleros y enfermeros voluntarios, toman colocación los enfermos. Es una inmensa y tristísima exposición de miles de miserias humanas, que esperan un rayo benéfico del que es luz del cielo y tierra.

Hay enfermos que parecen esqueletos, de rostro cadavérico, de mirada lánguida; niños pálidos, con los ojos hundidos en las órbitas moradas, con la cabecita lacia y caída, como la corola de una flor agostada; ancianos sin fuerzas, con la cabeza cubierta con la nieve de los años y los pies casi como hundidos en la tumba; ciegos que miran intensamente para divisar un rayo de luz en medio de las tinieblas que los envuelven; paralíticos, que parecen cadáveres que respiran... y mil otros, que rezan con los labios, con los ojos, con el corazón. ¡Oh fe divina, que das vida á los muertos y salud á los enfermos!

---

(1) Véase el hermoso libro del abate Bertrin, *Historia Crítica de las Apariciones*.

Durante la peregrinación nacional de 1888, se inauguró la costumbre de las *aclamaciones al Santísimo.*

Relata el *Journal de Lourdes*:

«Una inspiración del cielo había germinado repentinamente en el corazón de un eclesiástico. ¿Por qué no hacer una ovación triunfal al Santísimo Sacramento? ¿Y por qué, mientras el Dios de la Eucaristía sea paseado por entre la multitud de enfermos, toda la muchedumbre no le ha de dirigir las mismas aclamaciones con que lo saludaban los Judíos, al ser testigos de los prodigios que el Salvador sembraba á manos llenas?

Este proyecto encontró acogida favorable. En pocos instantes se entresacaron del Evangelio las frases apropiadas; luego fueron impresas en hojas sueltas y distribuídas á los peregrinos.

A las cuatro de la tarde, la Hostia Santa salía de la Basílica precedida y seguida de una muchedumbre que la acompañaba con un cirio en la mano.

Después que se dió la bendición en la Gruta, comenzaron las invocaciones con un fervor y entusiasmo indescriptibles.... ¡Aquello era el cielo sobre la tierra!.... Una curación, un milagro, se produjo en ese momento solemne.»

Jesús—Hostia se adelanta bajo dosel de oro. Sanos y dolientes Le aclaman: todos vociferan, todos alzan sus manos al cielo....

«*Jesús, Hijo de David, tened piedad de nosotros....*» y todos los brazos instintivamente se abren en cruz.

«*Salvadnos, Señor, que perecemos....*» y las manos se levantan y agitan por entre esas olas humanas.

«*¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo! Tú eres la resurrección y la vida! Tú eres nuestro Señor y nuestro Dios!!!*» y las cabezas se inclinan en son de fe y acatamiento.

«*Señor, he ahí que aquel á quien amáis está enfermo.*

«*Señor, sanad á nuestros enfermos....*» y una sacudida violenta como descarga eléctrica pasa por todos los miembros y se resuelve en una lluvia de lágrimas....

«*¡Hosanna al Hijo de David! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor...*» y cada jaculatoria, coreada por el inmenso pueblo, semeja un tumulto de afectos que desborban y hacen explosión....

Jesús pasa.... y las miradas ávidas de todo un pueblo Lo envuelven como en una red de hebras de luz....

Es una sola aclamación: *¡Hosanna, hosanna!*

¿Qué ha pasado? Todos claman, todos se agolpan, todos miran....

Es una enferma, que como la hija de Jairo á la voz de Jesús, ha recobrado el uso de sus miembros. Agil, volandera como un ángel que no rasa el suelo, súbitamente se ha fugado de la camilla, y se ha arrodillado ante la Custodia... ¡Bendita hija de Jairo! un momento ha, eras un cadáver.

Prosigue la pompa, el triunfo de Jesús, y otros Lázaros resurgen de sus parihuelas.... El alma de la muchedumbre es reciamente agitada por una tempestad de afectos, como el roble de la montaña sacudido por el vendaval. Se la ve, el alma, flotar en los ojos, vagar en los labios, como si quisiese ser toda mirada, ó condensarse toda en alabanza....

Se la ve aspirar, como los pulmones el oxígeno del aire, torrentes de luz y vida; y bañarse en claridades de fe, como auroras boreales que surgen del horizonte....

Para esta alma ya no hay misterios; porque éstos se abren como botones de rosa que revientan al sol....

¡Oh claridades de la fe! «Vosotras negáis al orgullo del sabio lo que reveláis á la humildad de los pequeños.»

Y los *Hosanna* se repetían sin cesar, en un *crescendo* y *acelerado* que no podían imitar todas las orquestas más arrebatadoras del mundo.

Por esto decía un bretón honrado:

— Aunque Jesucristo no quisiese hacer milagros, aquí no tendría más remedio que hacerlos.

Y es de ver la procesión de las antorchas por la noche. Aquello es un mar de luces que se forma junto á la gruta, y que, rebosando, sale, convertido en río de fuego, por las márgenes del Gave, y sube, centelleante, por las rampas de la Basílica, y se desliza á lo largo de los caminos, y serpentea en cien vueltas y meandros, y se estanca y se ensancha ante la iglesia, enteramente iluminada, que semeja el palacio de la gloria...

¡Oh! ¡aquello parece el cielo!

—Sombra alada del profeta Ezequiel, que un día convocabas en Salén los huesos áridos de los muertos, préstame por un momento tu inspiración para congregar en este valle de milagros á los descreídos del mundo entero....

Estas almas áridas y heladas como el sepulcro, volverían á la vida, si pudiesen sentir el calor de Lourdes y conocer las bondades de Nuestra Madre....

Lourdes, Abril 30.

Entre los muchos milagros, cuya narración prodigiosa hemos estado leyendo, plácenos recordar éste, con fecha de Septiembre de 1906.

KERSBILCK

«Tres ó cuatro años hacía que vagaba por las calles de Lille pidiendo limosna. Sobre el pecho llevaba un cartel que decía: *Ciego.* Y un pequeñuelo, hijo suyo, lo guiaba de la mano.

A veces el niño se escapaba á jugar con otros camaradas, y el pobre ciego permanecía quieto horas enteras al sol ó á la lluvia, apoyado contra un muro, en plena calle.

A veces lo encontraban así sus antiguos compañeros de fábrica.

—¡Hola, Kersbilck! Vamos á beber unas copas....

Ese era el socorro que le daban. Y Kersbilck aceptaba, y muchas veces lo conducían borracho á su casa.

¡Pobre casa del ciego! Aquella era la miseria negra. La enfermedad había agotado, hacía tiempo, cuanto en ella hubo. Y Kersbilck andaba á la ventura todo el día por las calles de Lille en busca de un pedazo de pan.

La Hermana que dirigía la Casa de Beneficencia de la calle de Fenelón, le socorría algunas veces, y le hacía ir á los consultorios gratuitos de los médicos.

El primer certificado de su enfermedad que Kersbilck poseía, era del doctor Lapersonne, profesor de la Facultad de París; llevaba la fecha del 17 de Junio de 1898, y en él decía: *Ceguera completa, incurable.* Lo mismo y con las mismas palabras certificó después el doctor Desjardins, de la facultad de Lille. Y el doctor Bouchaud, de la misma ciudad, había examinado á Kersbilck en su aspecto nervioso, y no había encontrado en él ningún síntoma de histerismo.

El doctor Thiller, encargado del Dispensario de San Rafael, reconoció al enfermo el 5 de Octubre de 1901, y certificó igualmente: *Atrofia completa de la vista; incurable.*

Otros médicos lo examinaron también, y todos dijeron: *incurable.*

El fondo de sus ojos era blanco, nacarado; la atrofia pupilar era un hecho reconocido por los facultativos; las arterias y venas estaban sensiblemente alteradas.

Y así fué á Lourdes el obrero ciego, y una Hermana de la Caridad lo acompañaba.

El 16 de Septiembre de 1906 llegó allí. El 17 tomó dos baños en la Piscina, y en ellos sufrió terribles dolores de cabeza.

Momentos después, un médico de la peregrinación del Norte le mojó los ojos con agua de la fuente, y Kersbilck, agarrándole de pronto los brazos, lanzó un grito:

— ¡Una cruz!...

Y señalaba la cruz roja que el doctor llevaba en su manga.

Kersbilck creyó que se volvía loco. Corrió á la Gruta, se mezcló con los otros peregrinos, fué á la Basílica, y al fin, en medio de la explanada del Rosario se encontró con la Hermana, de la que se había separado al entrar en las piscinas, y que inquieta lo andaba buscando.

—¡Ah, Hermana!... ¡Yo veo!... ¡la veo á usted!...

La Religiosa lloraba de agradecimiento á la Virgen.

En las oficinas de comprobación médica, la curación fué confirmada.

Días después en Lille, y en París más tarde, sería confirmada también.

Y el 22 de Septiembre de 1906, el tren en que venían los peregrinos de la diócesis de Cambrai fué recibido en la estación de Lille por más de mil obreros, socialistas en su mayor parte.

Esperaban á su compañero Kersbilck.

Aquello era una Babel de gritos y de opiniones; los sentimientos más diversos agitaban aquella masa de trabajadores.

Y el tren llegó, y Kersbilck bajó de él para sumergirse en un remolino de manos y de exclamaciones y preguntas...

Había marchado ciego y volvía con vista. Eso era evidente á todas luces.

Y el poder de Nuestra Señora de Lourdes, reconocido por unos, negado por otros, brillaba á pesar de todo entre el humo denso de las máquinas de los trenes y el resonar de la gran estación; brillaba en el fondo de los ojos claros, de los ojos resucitados de Kersbilck el obrero.

Con la vista del cuerpo recobró al mismo tiempo la del alma.

Kersbilck no se había preocupado jamás de las cosas de Dios; la virtud y la fe eran para él desconocidas, y cuando se le habló de ir á Lourdes no podía comprender lo que era aquello.

Después de la curación, su vida ha cambiado.

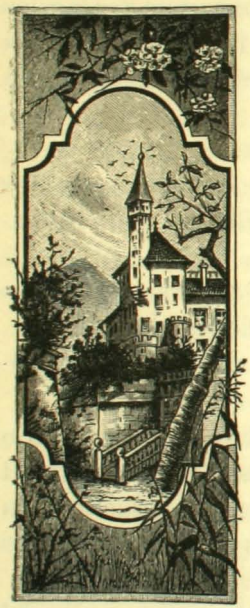
Trabaja en una fábrica de tejidos, y en ella los obreros, en su casa sus hijos, aprenderán de Kersbilck, seguramente, á ser buenos cristianos.»

Barcelona, Mayo 2.

Esta ciudad ha de ser la última etapa de mi *Diario de viaje.*

Siento la nostalgia de Chile.

Apuremos el paso.



Si quisiésemos pedir á Barcelona sus credenciales veríamos que debe su existencia á Amílcar Barca, cartaginés, que al poner los cimientos de la ciudad le dejó su nombre, *Barcino.*

Fué por muchos siglos un campo de Agramante, al cual bajaron Romanos, Godos y Arabes.

Más que el alfanje de Almanzor, la despedazaron sus luchas intestinas, cuando pasó á formar parte sucesivamente de Aragón y Castilla.

Se diría que un genio maléfico ha sembrado sobre ella la semilla de las discordias y de las revueltas.

El alma de Barcelona es tan explosiva como las famosas bombas de sus Ramblas.

Barcelona es una ciudad antigua, pero vestida á lo moderno.

Se está devorando á sí misma para romper el circuito de sus antiguas fortificaciones y lanzarse al campo. Sus ensanches ocupan diez veces más espacio que la ciudad antigua.

Sus grandes avenidas modernas están llenas de animación, de árboles frondosos y de lujo.

La *Rambla* — que arranca del mar, recorre 1,120 metros y desemboca en la espléndida plaza de Cataluña, corazón de la ciudad, — es una de las más bellas avenidas de Europa.

Aquí, en medio del vaivén de las muchedumbres que hormiguean, recordé el *fervet opus* de Virgilio.

Sentía llegar á mi oído, como dice Bécquer,

de las turbas el ronco hervir.

*

Recorrimos el *Paseo Colón*, espléndida avenida á lo largo de la playa, sombreada de palmeras y bañada con las brisas del mar.

Llegamos hasta el monumento de Cristóbal Colón. Es una esbelta columna rostrada, de fierro fundido. Remata en un globo colosal de cobre dorado. Sobre ella posa la estatua del grande Almirante, de ocho metros de altura, con la mirada que se abisma en el cielo y la mano que se extiende, en ademán imperioso, sobre la mar...

El monumento, inaugurado en 1888, es digno de Colón.

Empero, mientras abunda en recuerdos de España, no hay uno solo que recuerde á Italia. Y eso que Italia ha hecho algo también por Colón: ¡le ha dado, nada menos, que la vida!

Por medio de un ascensor hidráulico subimos hasta la cima de la columna, á una altura de 48 metros.

Y contemplamos la inmensidad del Océano, el puerto erizado de mástiles, el barrio de fábricas lleno de chimeneas que humean, sus paseos y jardines que son el orgullo de estos buenos catalanes, y todo el cuadro abigarrado que presenta la ciudad.

La Catedral, de estilo gótico del siglo XIII, con su maravilloso claustro, timbre de piedad y grandeza pasadas, guarda el histórico Crucifijo que fué levantado sobre la capitana

de Don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, y el cuerpo de la patrona de la ciudad, Santa Eulalia, virgen, la cual sufrió el martirio durante la persecución de Diocleciano.

Digna de notar es la *Casa de la Diputación,* bello edificio del siglo XVI, con su capilla de San Jorge, de estilo gótico florido.

Allí se admira la célebre *Batalla de Tetuán,* de Fortuny, el gran poeta del color.

Montserrat, Mayo 4.

Rocas misteriosas, plantadas cual aéreas pilastras; peñones desgajados, que parecen deber rodar á cada momento al abismo; crestas multiformes, caprichosas y gigantescas, que semejan ciclópeos castillos almenados; picachos altísimos, que se esfuman, envueltos en los húmedos pliegues de la niebla... tal se me ha presentado Montserrat.

Trepamos por sus agrestes veredas, nos asomamos con pavor á sus altísimos precipicios, nos sepultamos en medio de los mil y mil arbustos que matizan esta montaña, y quedamos escuchando el murmullo de sus fuentes y los trinos de sus alondras...

¡Cuán poéticas son estas alturas, donde, tendidas y rozagantes, vagan las nubes, formando vaporoso escabel al trono de María!

Como aleteo de ángeles invisibles sentíamos el oreo de la brisa; como himnos de alabanza, percibíamos los misteriosos murmullos del aire, que blandamente suspiraba en derredor del Santuario de María.

*

Montserrat debe su nombre á estas dos palabras catalanas: *Mont Serrat,* que es lo mismo que decir *monte aserrado.*

Ha sido en todo tiempo un altar.

La tradición señala como antiguo emplazamiento de un altar dedicado á Venus, el lugar donde se levanta hoy la bella ermita de San Miguel.

En una de las laderas, otra ermita, que ostenta el sello de la antigüedad más remota, está dedicada á los hermanos Acisclo y Victoria, que sufrieron el martirio por la fe en Córdoba, á principios del siglo IV.

La célebre Orden monacal de San Benito vino á sentar más tarde sus reales en las faldas del Montserrat, á las márgenes del Llobregat, que baña con sus aguas los pies del monte.

Y aquí comenzó á escucharse la grave salmodia de esos monjes, mezclada á las alabanzas en honor de María.

Cuando la invasión agarena estaba inundando, como desbordado río, las comarcas catalanas, los azorados fieles escondieron entre los derrumbaderos de Montserrat, con el fin de salvarla de la profanación, una imagen de María, llamada la *Jerosolimitana,* por suponerse procedente de Jerusalén desde los tiempos mismos del apóstol San Pedro.

Había transcurrido siglo y medio; los catalanes habían reconquistado su profanado suelo; era una deliciosa tarde de Abril del año 880.

Unos pastorcillos que guardaban sus rebaños al pie de Montserrat, vieron unas como estrellas resplandecientes que del cielo caían sobre uno de los extremos de la montaña...

Se repitió la visión; acudió todo el pueblo.

El Obispo se dirigió impávido al lugar señalado por las estrellas, y encontró entre arbustos y malezas, en una cavidad de la roca, la imagen de María, la Jerosolimitana.

Desde entonces no ha abandonado la Virgen este agreste palacio de flores, rocas y nubes... Aquí, desde mil años, recibe la Reina de los cielos, los homenajes de sus buenos hijos.

La imagen es de muy correcto perfil, de tipo rigurosamente bizantino. Está sentada sobre un trono ó sitial y

vestida con túnica, manto, velo y diadema. Sobre sus rodillas tiene sentado al Niño Jesús.

Es morena, y exhala de su propia madera, desconocida hasta hoy, un olor suavísimo.

*

Las fragosidades de Montserrat se vieron en otros tiempos pobladas de ermitaños que iban á buscar ahí la paz del alma.

Las ermitas aparecían en la cima de los peñones, aisladas en el aire como puntos de esperanza. El suave tañido de las solitarias campanas resonaba misterioso en la concavidad de las hondonadas...

Y en estos agrestes y poéticos lugares, esos ermitaños oraban y trabajaban.

¿Era posible no sentirse inspirados y más cerca de Dios, cuando en esas alturas se formaban las tempestades, cuando se estremecían esas moles grandiosas al retumbo del trueno, y bajaban desde allí las negras nubes que se extendían como un mar sobre la llanura?...

¿Era posible no olvidar el mundo, cuando esos siervos de María, reunidos por el toque lento de la campana, entonaban al declinar el día, sus himnos de alabanzas á la Virgen de Montserrat?...

Pero de esas poéticas ermitas apenas existen ya más que ruinas. Todo lo arrasó la ola devastadora de 1811: y todo quedó destruido por el incendio.

Providencialmente salió intacta la santa Imagen; y pudo surgir nuevamente el Santuario, bello como el cisne que resucita de sus cenizas.

*

Este Santuario, atalaya de la Virgen y corazón de Cataluña, fué muy visitado en todo tiempo.

Corría el año 1522. Rayaba el día, cuando apoyado en un tosco bastón llegaba á las puertas del monasterio un

militar pálido, flaco, extenuado. Se sentó rendido sobre una piedra y pareció descansar de sus fatigas. Era Ignacio de Loyola.

En un pilar de la iglesia colgó sus armas, cambió sus vestidos con los de un pobre, y se estuvo en pie, delante de la Virgen, toda una noche, como si velase las armas, antes de ser armado caballero de Cristo.

Dios le tenía destinado á ser el fundador de la Compañía de Jesús.

Muchos otros santos visitaron á Montserrat; entre los cuales plácenos recordar únicamente á San Pedro Nolasco, que ante la puerta del templo dobló sus rodillas, y sin levantarse llegó hasta el pie del altar.

Barcelona, Mayo 5.

Habría mucho que ver, pero sentimos una atracción irresistible que nos lleva el alma allende los mares.

Es la atracción misteriosa que experimenta el desterrado hacia la patria y el hogar...

Como para despedirnos de España y del Viejo Mundo, subimos al *Tibidabo,* monte que se eleva á una altura de 532 metros sobre el nivel del mar, y domina la ciudad.

La *Gran Avenida* nos lleva á la estación del *funicular.*

Vamos subiendo como suspendidos en el aire, entre pinares. A la izquierda de la vía, varias tablillas indican las sucesivas altitudes que se van alcanzando.

En un montículo, á la izquierda, queda el soberbio Observatorio Astronómico, levantado por la Real Academia de Ciencias de Barcelona.

Estamos en la cúspide, y de pie, sobre los gruesos muros de un templo monumental que aquí elevan al Sagrado Corazón de Jesús los Hijos del Ven. Bosco. El espectáculo que se divisa es imponente.

Tal vez ninguna otra atalaya de Europa ofrece un panorama más variado en sus matices y más grandioso en sus proporciones.

Ahí está Barcelona, tendida á los pies del monte.

Ahí están sus altas torres y puntiagudos campanarios, cuyas puntas se esfuman en las alturas, y hacen recordar lo del poeta inglés:

And spires whose silent finger points to heaven...: Muestran en silencio con su dedo el cielo.

A la vista están los Pirineos, de nieves perpetuas, que no alcanzan á limitar el horizonte. Se nos ocurría el dicho de Luis XIV: *No hay más Pirineos,*—porque con nuestra alma abrazábamos el mundo entero.

Ahí está Montserrat, la montaña de la Virgen, el trono de María, el cual se levanta bajo doseles de rosales silvestres...

Allá el mar, cuyas aguas centellean bajo los rayos del sol.

Hundimos nuestra mirada más allá del horizonte...

Nuestros ojos no alcanzaban á divisar sino una línea indefinida que iba á juntarse con el cielo, pero nuestra alma veía, más allá de los mares y tierras, á la bella Italia, donde habíamos dejado gran parte de nuestros afectos, á las sonrientes Américas adonde nos atraían las misteriosas atracciones de la amistad...

Y al través de los espacios, lanzamos nuestros saludos, envueltos en la frescura de las brisas de mar, como anchas ondas eléctricas al través de los océanos.....

A. M. D. G.

ÍNDICE

	Pág.
Hojas de un diario de viaje	3
Concepcion de Chile, Enero 10 de 1908	5
En viaje, Enero 11	5
Cordillera, Enero 14	6
La Cumbre, Enero 14	10
Hacia Buenos Aires, Enero 15	13
Buenos Aires, Enero 16	15
» Enero 17	16
» Enero 18	17
» Enero 19	19
» Enero 20	20
Montevideo, Enero 21	22
» Enero 22	23
» Enero 23	25
A bordo del *Sicilia*, Enero 26	26
» Enero 27	28
» Enero 28	30
» Enero 29	32
Santos (Brasil), Enero 30	33
Río Janeiro, Enero 31	36
Alta mar, Febrero 5	29
» Febrero 6	40
» Febrero 9	41
» Febrero 10	42

Pág.

Las Palmas, Febrero 11.. 43
Febrero 12..... 45
Gibraltar, Febrero 13..... 47
En el Mediterráneo, Febrero 14..... 51
Barcelona, Febrero 15..... 51
Febrero 16..... 52
Génova, Febrero 17. 53
» Febrero 18..... 57
Turín, Febrero 19..... 62
» Febrero 20..... 68
» Febrero 21..... 70
» Febrero 22..... 72
Milán, Febrero 23..... 74
» Febrero 24..... 77
» Febrero 25..... 80
» Febrero 26..... 83
» Febrero 27..... 85
Verona, Febrero 28..... 87
Venecia, Febrero 29..... 89
» Marzo 1.º..... 96
» Marzo 2..... 100
Padua, Marzo 3..... 101
Bolonia, Marzo 4..... 102
» Marzo 5..... 104
» Marzo 6..... 105
» Marzo 7..... 106
Al rededor del hogar, Marzo 8..... 108
» » Marzo 13..... 109
Imola, Marzo 14 109
Santuario del Piratello, Marzo 16..... 111
Ravena, Marzo 17 113
En tren, Marzo 18 117
Florencia, Marzo 19..... 119
» Marzo 20..... 121

	Pág.
Florencia, Marzo 21	123
» Marzo 22	126
» Marzo 23	130
Hacia Roma, Marzo 25	133
Roma, Marzo 26	135
» Marzo 27	142
» Marzo 28	148
» Marzo 29	151
» Marzo 30	153
» Marzo 31	156
» Abril 2	162
» Abril 3	169
» Abril 4	175
» Abril 6	178
» Abril 8	182
Nápoles, Abril 9	183
» Abril 11	186
Pompeya, Abril 13	189
Pisa, Abril 15	192
Marsella, Abril 20	193
Tolosa, Abril 22	197
Lourdes, Abril 25	200
» Abril 27	204
» Abril 29	212
» Abril 30	217
Barcelona, Mayo 2	220
Monserrat, Mayo 4	222
Barcelona, Mayo 5	225

FIN

DE LAS HOJAS

de un

DIARIO DE VIAJE